



DÍA 9

UN THRILLER DE APOCALIPSIS ZOMBIE

NICK CLAUSEN

Carne Muerta

Día 9

Copyright © 2021 Nick Clausen

Edición en español 2024

Traducido por Beatriz Palomares.

El autor hace valer sus derechos morales sobre esta obra.

Por favor, respete el arduo trabajo del autor.

Si no lo hace, los zombis se comerán su cerebro.

CONTENIDO

DÍA 9

LIBRO GRATIS

1. UNO

2. DOS

3. TRES

4. CUATRO

5. CINCO

6. SEIS

7. SIETE

8. OCHO

9. NUEVE

10. DIEZ

11. ONCE

12. DOCE

13. TRECE

14. CATORCE

15. QUINCE

16. DIECISÉIS

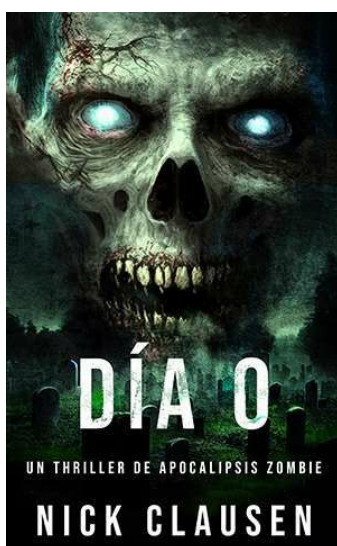
17. DIECISIETE

18. DIECIOCHO
19. DIECINUEVE
20. VEINTE
21. VEINTIUNO
22. VEINTIDÓS
23. VEINTITRÉS
24. VEINTICUATRO
25. VEINTICINCO
26. VEINTISIETE
27. VEINTIOCHO
28. VEINTINUEVE

DÍA 9

Lo siguiente sucede el Domingo, 3 de agosto en Dinamarca

LIBRO GRATIS



Descubra cómo empezó todo

Lee Día 0 gratis ahora.

Disponible solo en nick-clausen.com/dia0

UNO

—Bien, ¿cuál es su número?

La voz de William hace que Dan se sobresalte. Mira a su alrededor, y le toma varios segundos darse cuenta de que está sentado en una silla en el búnker de Holger.

William está junto a la computadora, mirándolo. —¿Estabas durmiendo?

—No... no lo sé —dice Dan, frotándose los ojos.

William estudia su rostro. —Creo que deberías tomar una siesta antes de que salgamos a buscar a tu padre.

—No, estoy bien.

—¿Seguro? Te ves hecho mierda.

—Estoy bien.

William se encoge de hombros. —Si tú lo dices. Entonces dame su número.

Dan cierra los ojos y busca en su memoria. Siente que está lenta y poco cooperativa. Pero, uno a uno, los dígitos aparecen y los dice en voz alta.

William los escribe, luego presiona enter.

Dan se esfuerza por mirar el monitor mientras el mapa se carga. Se acerca a una costa, mostrando mitad océano, mitad tierra. Luego, aparece una delgada línea roja y rugosa, que va desde el agua hacia la tierra. Al final de ella, un punto rojo parpadea.

William deja escapar un jadeo. —Mierda santa, estamos de suerte. Llegó a tierra. Y parece que sigue en movimiento.

—¿Dónde es eso? —pregunta Dan—. ¿Es Noruega? La idea de cruzar el mar de nuevo es suficiente para duplicar la sensación de cansancio en sus huesos.

William aleja la vista, haciendo un zoom out, para poder ver así más del mapa. Dan siente una punzada de emoción al reconocer la zona.

—Está aquí —dice William, mirando a Dan con una sonrisa nerviosa—. Está en Dinamarca. Y mira, es incluso mejor de lo que pensé. —Señala el monitor, siguiendo la línea roja—. Debe ser donde lo dejamos. Estábamos mucho más cerca de la costa, de lo que me di cuenta, y tu padre fue directo hacia allí. Sólo pasó como quince minutos en el agua, como máximo.

—Eso es más que suficiente para que sus pulmones se llenen de agua —murmura Dan, mordiéndose el labio.

—No sabemos si los zombies siquiera respiran —lo alienta William—. Y ya que sigue caminando, eso significa que no puede estar tan mal, ¿verdad? Quiero decir, probablemente no se rompió nada vital en la caída.

—Parece prometedor —una voz viene desde atrás, haciendo que Dan se sobresalte una vez más. No oyó a Liv entrar al búnker. Ella sostiene dos tazas humeantes, y le entrega una a Dan—. Aquí, pensé que la necesitabas.

Dan toma la taza. El olor del café no es precisamente su aroma favorito; de hecho, nunca ha aprendido a beberlo, pero Liv probablemente tiene razón, así que toma un sorbo del líquido caliente.

—Muchas gracias —dice William, extendiendo la mano.

Liv no le da la taza, en su lugar, toma un sorbo ella misma. —Lo siento, no hice para ti.

William la fulmina con la mirada, luego mira a Dan. —¿Qué te dije? Está loca por ti.

Dan traga un sorbo demasiado grande de café y tose.

—En realidad, no —le dice Liv a William con frialdad—. Sólo pensé que, dado que Dan y yo no hemos dormido en toda la noche y que saldremos pronto, necesitaremos toda la ayuda para mantenernos alerta...

—Espera —dice William, frunciendo el ceño—. ¿Vas a ir con él?

—Voy.

William abre los brazos. —Podría usar tu ayuda aquí. Con todo respeto, estamos tratando de salvar al mundo, y el reloj está corriendo.

—Dennis se quedará a ayudar —dice Liv—. Ya se lo pedí. Además, Lars también quiere ayudar.

Dan supone que ese es el nombre de uno de los que despertaron de la maldición.

—De acuerdo —dice William, encogiéndose de hombros—. Bueno, si estás decidida a ayudar a Dan a encontrar a su padre, ¿quién soy yo para discutir?

—No sólo lo hago por Dan —dice Liv, bajando la mayor parte del café, haciendo una mueca por el calor en su boca—. Mis padres también están ahí afuera.

—Oh —dice Dan, sintiéndose estúpido. Ni siquiera pensó en preguntar—. ¿Sabes dónde están?

—Sé dónde podrían estar. Mi hermana me dijo que tuvo que salir de casa, cuando mi madre despertó y... y atacó a mi padre. —Hay un breve destello de vacilación en el rostro de Liv. Luego, la determinación regresa—. Si tengo suerte, todavía están en la casa.

—¿Y dónde está la casa? —pregunta Dan.

—En Viborg.

—Maldita sea —dice William, asintiendo hacia el monitor con una sonrisa—. Eso tiene que ser el destino, porque eso está en el camino hacia el padre de Dan.

Dan asiente, sorbiendo su café. Es caliente en su garganta y cae como lava en su estómago. Pero ya se siente un poco mejor, un poco más optimista. —Estaré más que feliz de tener compañía —dice—. Podemos llevar la furgoneta.

—Creo que deberías optar por algo un poco más todoterreno —dice William—. Holger tenía un cuatrimoto en el garaje. Será mucho más fácil si necesitas salir de la carretera.

Dan mira a Liv. —¿Sabes cómo...?

—¿Cómo conducir un cuatrimoto? —pregunta ella, dejando su taza vacía—. Claro.

—Entonces está decidido —dice William, levantándose—. Pásame tu teléfono, Dan. Instalaré la aplicación de rastreo. Ah, y no olviden abastecerse de agua bendita.

DOS

Cuando William regresa a la sala después de despedir a Dan y a Liv, encuentra a Dennis ya ocupado instalando la cámara de Holger en un trípode. Uno de los chicos lo está ayudando.

—Buen trabajo —dice William—. Pero, ¿no crees que deberíamos hacerlo afuera? Parece menos arriesgado.

—Hay demasiada luz afuera —dice el chico—. Ya lo probamos. —Cuando William lo mira, dice disculpándose—: Soy Lars. Soy diseñador gráfico.

—Vaya —murmura William—. ¿Cuáles son las probabilidades?

La mayoría de las otras personas que despertaron están sentadas o de pie alrededor de la sala, hablando en voz baja o simplemente siguiendo la conversación. Algunos parecen haberse ido. William no puede imaginar cómo debe ser despertar después de varios días de estar clínicamente muerto, sin recuerdos de lo que ha pasado o cuántas personas has matado, sólo para encontrar que el mundo está en un peor estado y con muy poca esperanza de encontrar a algún miembro de tu familia aún con vida...

—Obtendremos un video de mucha mayor calidad si lo filmamos aquí —continúa Lars, sacando a William de sus pensamientos—. Y cuanto más puedas ver lo que está pasando, mejor, ¿verdad?

—Correcto —acuerda William—. De eso se trata.

—También está el problema de controlar el entorno —continúa Dennis—. Es mucho más fácil aquí dentro. Allá afuera, un grupo de ellos podría aparecer en cualquier momento y causar problemas.

William lo mira. Aunque no conoce a Dennis desde hace mucho tiempo, la transformación que el chico ha experimentado sigue siendo asombrosa. Cuando William lo conoció, Dennis nunca habría usado una palabra como “entorno,” o cualquier otra palabra de más de tres sílabas, en

realidad. Y no es sólo su vocabulario lo que parece haber mejorado; William puede decir con mirarlo a los ojos, que una bombilla mucho más grande y brillante se ha encendido de repente entre sus orejas.

—Correcto —dice William—. Entonces, ¿cómo traemos a un zombie aquí dentro? Creo que llevaría demasiado tiempo volver a usar la táctica de la lona.

—Podemos simplemente atraerlo —dice Dennis, asintiendo hacia el patio—. Ya hay un par de ellos ahí afuera. Si abrimos la puerta principal, entrarán voluntariamente.

—Maldición —dice William—. ¿Por qué no? —Asiente hacia la cámara—. ¿Estamos listos?

—Lo estamos —dice Lars después de revisar la cámara una vez más—. Está transmitiendo en vivo.

—¿Transmitiendo?

—Sí, la conecté a mi cuenta de YouTube. Pensé que podríamos transmitirlo en vivo y luego subir el video después.

—Mierda, eso es genial —dice William—. ¿Alguien está viendo?

Lars se encoge de hombros. —Tengo unos pocos miles de seguidores. Reciben una notificación cada vez que empiezo una transmisión en vivo, así que si aún están en línea, algunos podrían estar viendo.

William mira pensativamente a la cámara. —Si tan sólo pudiéramos enviar el enlace a todos los que aún están vivos para que pudieran verlo en tiempo real...

—Podemos —dice Lars—. Nada se propaga más rápido que un video viral.

—Pero primero necesitamos hacer el video para el ejército estadounidense, ¿verdad? —les recuerda Dennis—. Esa tiene que ser nuestra prioridad. Siempre podemos averiguar cómo difundir la noticia al resto del mundo después, pero primero necesitamos enfocarnos en eliminar la amenaza de un ataque nuclear.

—Tienes razón —dice William, asintiendo. Se vuelve y junta las manos—. Muy bien, escuchen, amigos. Un muerto entrará en la sala en breve. Así que sugiero que todos vayan al dormitorio y cierren la puerta. Vamos a curar a nuestro invitado, pero hasta que eso suceda, sólo por precaución, mantengamos a la clientela al mínimo. No queremos arriesgarnos a que alguno de ustedes sea mordido de nuevo, ¿verdad?

A ninguna de las personas presentes parece gustarle esa idea, y todos se apresuran rápidamente hacia el dormitorio, dejando a Dennis, William y Lars solos en la sala de estar.

—Bien —dice William, mirándolos—. Entonces, ¿quién hace qué? Seamos absolutamente claros en el plan para no joder nada.

Dennis y Lars se miran entre sí, luego miran a William.

—Así es como pensé que podríamos hacerlo —comienza Dennis—. Salgo y abro la puerta principal. Atraigo a uno de ellos. Una vez que llegue a esta sala, correré detrás de la cámara, para que el muerto venga directamente hacia mí. Entonces ustedes entran por cada lado y le echan agua al hombre. De esa manera, sucederá justo frente a la cámara.

William se muerde el labio. —No es un mal plan. ¿Y estás bien con ser tú quien corra el riesgo?

Dennis se encoge de hombros. —No se están moviendo muy rápido. Mientras me mantenga bien adelante de él, debería estar bien.

—Y mientras no jodamos nuestra parte —añade William, mirando a Lars—. No podemos fallar con el agua. Dennis quedará atrapado en una esquina si lo hacemos.

—Por eso prefiero que lo hagan ambos —dice Dennis—. Así tenemos una segunda oportunidad, por si acaso.

—Claro, eso es...

—Espera —dice Lars, interrumpiendo a William—. ¿Quién cerrará la puerta principal de nuevo? Después de que consigamos que uno de ellos entre a la casa. Si William y yo estamos aquí, esperando que Dennis traiga al infectado, eso dejará la puerta principal completamente abierta.

—Buena observación —dice William, señalándolo—. Tal vez uno de nosotros tendrá que quedarse en la cocina, y una vez que Dennis y el muerto estén en la sala de estar, el otro va a cerrar la puerta principal.

—Podemos hacer así —dice Dennis—, o podríamos pedirle a uno de los demás que ayude.

—No parecían muy dispuestos a ayudar —comenta William—. Me quedaré en la cocina. Pongámonos en marcha.

TRES

—Entonces —dice Liv por encima del hombro—. Aquí estamos de nuevo, ¿eh?

Dan sonríe mientras la sostiene firmemente por la cintura. —Parece que sí.

El ATV recorre la carretera rural vacía a más de cien kilómetros por hora. El cielo está cubierto de nubes pesadas, pero la lluvia aún no ha llegado y el aire es denso y caliente. El cabello dorado de Liv se agita en todas direcciones, haciendo cosquillas en la cara de Dan. No puede evitar inhalar su olor, y eso le provoca una cálida sensación en la entrepierna.

—Parece que es nuestra idea de cita —dice Dan sin poder detenerse. Sólo cuando las palabras salen se da cuenta de lo que acaba de decir.

Por suerte, Liv sólo le envía una sonrisa por encima del hombro.

—Entonces, ¿dónde vivía tu familia? —pregunta Dan, cambiando rápidamente de tema.

—Cerca del parque. En Ash Lane.

—Creo que conozco esa zona —dice Dan—. Una chica de mi clase vivía allí.

—Oh. ¿Cómo se llama?

—Susanna Karlsen. ¿La conoces?

Liv lo mira de nuevo. —Es nuestra vecina de al lado.

—¿En serio?

—¡En serio! Ella iba a la escuela privada.

—Sí, yo también —dice Dan.

—Vaya. ¿Tus padres eran ricos?

—No particularmente.

—Yo fui a Southern High. Es curioso cómo vivíamos en la misma ciudad pero nunca nos conocimos.

—Bueno, era una ciudad bastante grande.

Liv se encoge de hombros. —Supongo que sí.

Dan piensa por un momento. —Es extraño, ¿no? Cómo hablamos de todo en pasado. Nuestros padres, la ciudad, la escuela, la gente que conocíamos. Hace dos semanas, todo era normal. Y ahora todo... —Busca la palabra.

—¿Se jodio? —sugiere Liv.

—Iba a decir: ha desaparecido, pero sí... eso también.

—Es increíble lo rápido que pueden cambiar las cosas —concuerta Liv—. Es como si la sociedad fuera un árbol viejo y podrido, todo hueco y poroso. Como si sólo estuviera esperando una tormenta lo suficientemente fuerte para derribarlo.

—Lo sé —murmura Dan—. Parecía tan... sólido. Todas las instituciones, las fuerzas del orden y el ejército. Todas las reglas y sistemas que existían. Pensarías que una sociedad moderna sería capaz de resistir los desafíos. Pero todo se derrumbó cuando esto se salió de control.

—Vi un documental en Netflix hace poco —dice Liv—. Sobre el Imperio Romano y cómo se derrumbó lentamente bajo su propio peso. Fue realmente fascinante. Pero lo que más me impactó fue cuánto tiempo duró esa sociedad. ¡Duró más de mil años! ¿Puedes creerlo? Todos en ese entonces pensaban que nunca desaparecería. Y ahora mira. Es historia antigua. —Ella lo mira de nuevo—. Creo que esto es la historia repitiéndose. Creo que en unos cientos de años, quienquiera que siga vivo mirará hacia atrás y verá nuestra sociedad como algo que una vez fue. Algo que parecía prometedor pero que, en última instancia, terminó devorándose a sí mismo desde dentro, literalmente.

Dan no puede evitar estremecerse ante el pensamiento. —Tal vez no tenga que llegar tan lejos —dice—. Tal vez aún podamos salvar a la sociedad del abismo.

—Tal vez —dice Liv, y Dan puede escuchar que en realidad no lo cree. No puede culparla. Es una posibilidad muy remota.

—Ahora depende de William —continúa Dan—. Y de Dennis. Estoy seguro de que llegarán a los estadounidenses antes de que sea demasiado tarde y les mostrarán que hay una mejor manera que lanzar bombas nucleares a medio mundo. Todo lo que podemos hacer es centrarnos en encontrar a nuestros padres.

El pensamiento lo lleva a sacar su teléfono. Activa la pantalla y ve el mapa del GPS. El punto rojo que indica la ubicación del teléfono de su padre sigue allí, en la parte norte de Viborg. Se ha movido un poco, pero no mucho.

La visión de ello hace que su estómago se tense. Teme lo que encontrarán una vez que lleguen a ese pequeño punto rojo.

¿Estará su padre en buen estado?

¿El agua bendita podrá curarlo?

¿O lo matará de verdad?

Todas estas preguntas han estado dando vueltas en la mente de Dan desde que dejaron la casa de Holger. Tiene que prepararse para lo peor. Lo más probable es que no recupere a su padre.

Y aun así, no puede evitar tener esperanza.

Porque la voz de su padre en el sueño que tuvo, sigue sonando en su mente también.

«Puedes venir a buscarme si quieres. No es demasiado tarde».

Eso tenía que significar algo. Tenía que ser una señal. Su padre seguía por ahí. No era demasiado tarde. Dan tenía que creer eso.

—Ahí está —dice Liv, señalando hacia adelante.

Dan mira por encima de su hombro. A unos kilómetros de distancia, puede ver los edificios más altos de Viborg, muy bien resaltados debido al cielo gris.

—Quedamos en pasar por mi casa primero, ¿verdad? —pregunta Liv, sin girarse esta vez—. Y si mis padres no están allí, iremos a buscar a tu padre.

—Claro —dice Dan. Por dentro, siente una impaciencia casi desesperada por encontrar a su padre lo antes posible. Pero pasarán justo por el vecindario donde podrían estar los padres de Liv, y no debería tomarles más de diez o veinte minutos como máximo detenerse y verificar.

Aun así, son diez o veinte minutos más, antes de que Dan sepa con certeza si recupera a su padre o si verdaderamente está solo en este mundo.

CUATRO

Las calles de Viborg están casi vacías, sin mostrar signos de vida. Es decir, si no cuentas a los muertos reanimados como “vida”.

Dan ve varios zombies mientras recorren la ciudad. Algunos están ocupados rascando puertas cerradas o ventanas tapiadas, otros deambulan sin rumbo. Los más cercanos se vuelven en dirección al ATV e intentan perseguirlos, pero Liv conduce lo suficientemente rápido como para que pronto desaparezcan de su vista.

El cuatrimoto demuestra ser increíblemente útil para atravesar la ciudad. En varios lugares, los autos están estacionados de manera desordenada o se han estrellado contra edificios u otros autos, bloqueando las carreteras. En algunos lugares, hay montones de vehículos, y tienen que retroceder y tomar la siguiente cuadra, pero la mayoría de los bloqueos de carreteras pueden pasarse con Liv conduciendo sobre la acera, cruzando jardines frontales o incluso maniobrando a través de una tienda destrozada, donde el vidrio roto se escucha crujir bajo las llantas resistentes.

Dan está impresionado con las habilidades de conducción de Liv. No puede evitar imaginar a Liv como alguien que, si el mundo se derrumbara por completo, se las arreglaría bien. Es decidida, inteligente y valiente. Es una superviviente.

—¡Vaya, ¿qué es eso?! —exclama Liv, frenando en medio de la carretera, haciendo que el ATV se detenga.

—¿Qué? —pregunta Dan alarmado, mirando alrededor.

—¡Eso! —Liv señala hacia la calle de abajo.

Dan lo ve de inmediato. Una columna gruesa de humo se eleva por encima de los tejados. Viene de al menos tres cuadras más allá, pero es lo suficientemente grande como para que puedan verla desde aquí sin problemas.

—Algo está ardiendo —murmura Dan.

—Sí, claro —dice Liv—. Algo enorme. Eso no es sólo una barbacoa en el patio trasero.

Dan mira alrededor de la calle, comprobando si hay algún movimiento. —¿Podemos seguir? No me gusta detenerme.

Liv acelera el motor y continúa por la calle, todavía observando la columna de humo negro. —Viene del estadio —dice.

Dan se da cuenta de que tiene razón al entrar en una intersección, desde donde pueden vislumbrar el borde superior del gran edificio rectangular que solía ser el Estadio de Fútbol de Viborg. Dan no es un gran fanático de los deportes, pero fue allí una vez con su padre y Jennie para ver a Viborg jugar la final, la cual perdieron. Pueden ver que el humo sale desde dentro del estadio.

—Se incendió —dice él.

—Creo que alguien lo incendió —lo corrige Liv—. Ocurrió en los últimos diez minutos. No había humo cuando entramos a la ciudad. Un incendio accidental no se propagaría así.

—¿Por qué alguien quemaría el estadio? —pregunta Dan mientras Liv gira a la izquierda, alejándolos del incendio. Nota que ahora ella conduce más rápido.

—No tengo idea —dice ella—. Sólo espero que el fuego no se extienda al resto de la ciudad.

Dan ni siquiera había pensado en eso. Entiende por qué Liv está acelerando de repente; si Viborg está a punto de incendiarse, necesitan apresurarse aún más en encontrar a sus padres.

Entran en lo que parece haber sido una zona residencial bonita y tranquila. Las casas son en su mayoría nuevas y de aspecto costoso. También están desiertas y marcadas por peleas; ventanas rotas, puertas tapiadas, objetos esparcidos y huellas de neumáticos en los jardines delanteros. Algunos debieron haberse marchado de aquí tan pronto como se dieron cuenta del peligro. El resto probablemente se atrincheró dentro de sus casas.

Dan ve una buena cantidad de cadáveres, del tipo que no se mueve, tirados por la calle. A juzgar por los agujeros de bala que decoran muchas de las fachadas, supone que alguien pasó por el vecindario para reducir la manada de muertos vivientes. Podrían haber sido las fuerzas armadas. Podría haber sido algún vigilante que consiguió un arma automática.

—¿Cuál es tu casa? —pregunta Dan.

Liv responde deteniéndose y mirando hacia una casa de ladrillo rojo. Ninguna de las ventanas está rota y la puerta principal está cerrada e intacta. Buenos señales, supone Dan.

—¿Crees que... todavía están ahí? —murmura Liv, hablando más para sí misma.

—Podrían estar —dice Dan, bajándose del ATV. Se quita la mochila, la coloca en el asiento y la desabrocha. Saca una de las botellas de Coca-Cola que preparó en la casa de Holger.

Liv apaga el motor y el cuatrimoto queda en silencio. La tarde temprana es inquietantemente tranquila. En algún lugar lejano, un perro está ladrando. Eso es lo único que Dan puede oír. No hay coches. No hay voces. Ni siquiera pájaros cantando. Viborg se siente más como una ciudad fantasma, que cualquier otra cosa.

Puede oler el humo en el aire, y eso lo hace volverse hacia el estadio. —Vaya —dice, señalando—. Parece que lo apagaron.

La gran columna de humo oscuro se ha transformado en una serie de finas tiras de humo más claro que se elevan hacia el cielo.

Liv no lo escucha. Ella sigue sentada en el ATV, mirando hacia la casa. Sin apartar la vista, mete la mano en la bolsa y saca otra botella de agua bendita. Desenrosca la tapa y, antes de que Dan tenga tiempo de reaccionar, toma un sorbo.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo?

Ella lo mira. —Tengo sed.

—Eso es el agua bendita.

Ella mira la botella. Escribieron AGUA BENDITA con un marcador negro sobre la etiqueta de Coca-Cola. —Mierda —murmura, luego saca la botella sin inscripción y bebe de esa.

Dan se acerca a su lado. —¿Quieres que lo haga yo? Podrías quedarte aquí si quieres—.

Liv parpadea y lo mira. —No, lo haré yo. —Cambia las botellas con determinación y se baja del vehículo.

—Está bien. Pero creo que es mejor que me quede aquí afuera. Te llamaré si nos tenemos que ir.

Liv asiente, luciendo distraída mientras se queda ahí, con la botella en la mano.

Dan le agarra el brazo cuando ella está a punto de caminar hacia la casa.

—¿Qué? —chilla ella, lanzándole una mirada feroz.

—¿Estás segura de que estás bien con esto?

—Por supuesto que no estoy bien con esto —dice, mostrando los dientes en una media sonrisa, medio gesto de disgusto—. No estoy nada bien con esto. Estoy a punto de ir y encontrar a mis dos padres muertos. O, peor, no encontrarlos en absoluto.

—Lo sé —dice Dan con suavidad—. Por eso me ofrecí a hacerlo. Sería mucho más fácil para mí si están ahí.

Liv niega con la cabeza. —Tengo que hacerlo. Tengo que ser yo.

Dan lo considera, luego la suelta del brazo. —Lo entiendo. Por favor, ten cuidado, ¿de acuerdo?

—Lo tendré —dice Liv, tomando una profunda respiración.

Ella comienza a caminar por la entrada.

Dan mira de nuevo la calle. Aún no hay señales de movimiento. Él mira el cadáver más cercano, que es una mujer acostada boca abajo, con el torso en la acera y las piernas en la calle. Ha sido atropellada por un vehículo, su piel está desgarrada, sus huesos rotos son visibles.

Dan toma una profunda respiración.

Mira hacia la casa. Liv está de pie frente a la puerta, aparentemente reuniendo valor. Ha desenroscado la tapa de la botella.

Luego, extiende la mano y abre la puerta. Se abre sin problemas.

Liv duda.

Cuando nadie sale, ella entra y desaparece de la vista.

De repente, Dan es muy consciente de que no trajeron armas, sólo el agua bendita. La segunda botella sigue en su mochila. La saca. La sensación de tener el agua al alcance lo hace sentir un poco menos ansioso mientras examina la calle de un lado a otro.

CINCO

Liv se prepara mientras entra en el vestíbulo.

Los olores le resultan inmediatamente familiares, lo cual es una gran sorpresa. Esperaba que nada fuera como lo recordaba, sin embargo, por lo que puede ver, las cosas parecen terriblemente normales. Por un breve momento, considera la idea de que Solveig estaba equivocada, que todo ha sido un gran malentendido, que mamá y papá están bien.

Luego recuerda la voz sollozante de su hermana al teléfono: —Papá... papá la llevó al baño y cerró la puerta, pero... era demasiado tarde... ella ya lo había mordido, Liv... oh, Dios mío... no puedo creerlo... me dijo que... que me fuera... así que lo hice... simplemente lo dejé allí, Liv... lo dejé en la casa...

Liv no puede imaginar el valor que debió tener su hermana para dejar la casa con su madre muerta y su padre moribundo. Salir a un mundo que se derrumbaba a su alrededor, sola y asustada, con sólo una pequeña esperanza de sobrevivir.

Y, sin embargo, Solveig hizo justamente eso. Tomó la furgoneta y salió de la ciudad. Llegó hasta la bahía, donde algún imbécil la mató.

Liv respira hondo nuevamente, susurrando mientras deja salir el aire por los labios fruncidos: —Estoy haciendo esto por ti también, Sol.

Luego avanza más dentro de la casa.

Primero revisa la cocina. Parece lo suficientemente normal, no hay platos sucios ni nada. La única excepción al habitual orden de su madre es el botiquín de primeros auxilios en la encimera. Ha sido abierto y hurgado con prisa. Liv mira hacia abajo y ve manchas oscuras y secas de sangre que llevan a la sala de estar.

Está a punto de seguir el rastro, cuando se le ocurre una idea. En lugar de eso, abre el armario y saca su taza de té favorita. La sostiene firme, lo cual es difícil con una mano temblorosa, y vierte

una buena cantidad de agua bendita en ella.

Luego avanza, armada tanto con la botella abierta como con la taza de té. Esto duplicará sus probabilidades en caso de que algo suceda. Como que se le caiga la botella. O que sus padres se unan y vengán por ella a la vez.

En algún lugar de la calle, un perro comienza a ladrar.

Liv ignora el sonido y avanza lo más silenciosamente posible sobre el piso de madera, sus ojos y oídos están escaneando los alrededores mientras entra en la sala de estar. Se siente incómoda sosteniendo la botella y la taza como si estuviera a punto de servir agua a invitados invisibles.

La sala de estar está vacía. Pero el sofá está desordenado; alguien claramente se acostó aquí antes. Hay sangre manchada en la tela y un charco se ha formado en el suelo.

«Eso nunca se quitará», piensa Liv para sí misma con la voz de su madre.

En la mesa de centro hay vendas desechadas, todas empapadas en sangre seca. También hay una botella de desinfectante y lo que parece ser un kit de costura con una aguja y trozos de hilo.

Papá intentó limpiar y coser sus heridas, se da cuenta Liv, sintiendo un nudo en la garganta demasiado grande para tragar.

¿Sabía que no serviría de nada? Debió saberlo. Vio la infección matar a su madre, después de todo, por lo que probablemente no tenía ninguna ilusión de que un chorrito de desinfectante común haría algún bien.

Entonces, ¿por qué se tomó la molestia de detener el sangrado? ¿Por qué quiso prolongar el sufrimiento?

Liv conocía a su padre como un luchador. Claro, ahora sólo era un empleado de banco, pero había sido un boxeador aficionado en su juventud y pasó seis años en el ejército después de eso. Tenía agallas, y tanto Liv como Sol heredaron esa cualidad. Liv siempre había...

Un fuerte golpe la hace girar, gritar y casi dejar caer la botella. La taza derrama agua por toda su mano.

Liv mira la puerta del dormitorio. Está cerrada.

Otro golpe en ella.

Luego, un gemido.

Liv mira hacia abajo y nota las manchas de sangre en el suelo que llevan al dormitorio. Sus labios comienzan a temblar. —Papá...

Por el sonido, parece que sólo hay una persona ahí dentro. Tiene que ser su padre.

Las piernas de Liv no quieren acercarse más, pero ella las obliga. Está en tal estado de alerta que, sólo cuando se detiene a cinco pies de la puerta, se da cuenta finalmente de la hoja de papel

clavada en ella. Está justo a la altura de sus ojos. Escrito con la letra de su padre. Hay una huella ensangrentada al lado.

Liv entrecierra los ojos y lee el breve mensaje.

«A quien lea esto: Estoy en el dormitorio. Estoy muerto por la infección. No abras la puerta. Mi esposa está en el baño. Ella también está muerta. No abras esa puerta tampoco.

Para Solveig: ¿Qué haces aquí de nuevo? ¡Ve a buscar a Liv! Te quiero.

Para Liv: En caso de que Solveig no te encontrara y de alguna manera llegaras aquí. Ve y encuentra un lugar seguro. No hay nada que puedas hacer por mí o mamá. Ambos te amamos».

Liv se muerde el labio para evitar romper en llanto. Su padre se arroja contra la puerta otra vez, haciendo que el papel se agite. Gime desde el otro lado.

—Sí hay, papá —susurra—. Hay algo que puedo hacer por ti.

Liv mira la estantería junto a la puerta. Decide que la taza es la mejor opción para esto, así que deja la botella, liberando su mano izquierda. Luego, coloca esa mano en la manilla de la puerta, cierra los ojos y se prepara por unos segundos. La puerta tiembla cada vez que su padre se estrella contra ella desde el otro lado.

«Bien, hazlo ahora», se dice a sí misma. «No mires su cara. Sólo abre y lanza. A la cuenta de tres. Uno... dos... ¡tres!»

Liv muerde fuerte, abre la puerta de un tirón, retrocede y arroja la taza de agua hacia la figura que entra por la abertura.

Grita y se tambalea hacia un lado, alcanzando a ver el rostro de su padre mientras el agua lo golpea en el pecho. Está agradecida de haber lanzado el agua ya, porque si lo hubiera mirado primero, no habría podido hacerlo. Verlo como un muerto viviente es más que espantoso. Su piel gris, sus labios retraídos, sus ojos blancos como de pez. Pero lo peor es que aún lo reconoce.

De una expresión de furia, pasa al instante a una expresión de estar completamente en blanco, y luego se desploma al suelo.

Liv deja caer la taza, sus manos van a su boca. Es todo lo que puede hacer para no desplomarse junto a él. En su lugar, se apoya contra la pared, mirando a su padre, conteniendo la respiración, contando los segundos, esperando.

SEIS

Un movimiento capta la atención de Dan desde la casa vecina.

La puerta de la terraza se abre lentamente. Está cubierta por una especie de malla para insectos y no puede ver a través de ella, así que no puede ver quién la está empujando. Agarra la botella, preparándose para lo que sea que aparezca.

Una cara peluda se asoma a la altura de las rodillas. Una lengua rosada cuelga de la boca abierta del perro mientras mira alrededor. Aparentemente satisfecho de que todo está bien, se pasea por el porche y baja al césped delantero. Es un terrier de algún tipo, no mucho más grande que un gato. Lleva un collar y parece muy bien cuidado. Por la forma en que se mueve, Dan asume que solía vivir en la casa.

Se dirige hacia una gran piscina infantil azul que está en el medio del césped. Ropa, chanclas e incluso un osito de peluche están esparcidos por el pasto alrededor de la piscina inflable, lo que hace romper el corazón de Dan.

Al terrier no le importan los restos de los jóvenes habitantes de la casa; simplemente se inclina sobre el borde de la piscina, baja la cabeza y lame el agua.

Dan se da cuenta que así es como ha sobrevivido solo durante días en el calor.

Como si escuchara su pensamiento, el perro de repente levanta la vista. Sus ojos se posan sobre Dan, y sus orejas se levantan.

Por favor, no empieces a...

El perro lanza un ladrido agudo y se acerca.

—Está bien —dice Dan en voz baja, levantando la mano—. Por favor, cállate.

El perro se detiene en el borde del césped. Aunque no hay cerca ni arbustos ni nada que lo impida salir a la acera, el terrier obviamente ha sido entrenado para quedarse dentro de la propiedad, y así lo hace, quedándose allí, ladrándole a Dan.

Él retrocede unos pasos, esperando mostrarle al perro que no es un intruso. Pero el perro sigue ladrando.

Dan mira para todos lados en la calle. No está completamente seguro de si el sonido atrae a los zombies. Sabe con certeza que los no muertos están impulsados ante todo por algún instinto depredador que los guía hacia la presa viva más cercana, pero ¿quién puede decir si la audición funciona como un sentido secundario?

Algo sugiere que podría ser así, o tal vez sólo sea coincidencia. En ese momento, al final de la calle vienen tres, no, cuatro zombies.

—Mierda —murmura Dan, mirando la botella en su mano. Está llena hasta el borde, conteniendo dos tazas. Lo que podría ser suficiente para darle cuatro intentos de lanzar el agua a los que se aproximan. Pero lo dejará sin nada. Necesita hacer más poción rápido, y su cerebro conecta los puntos al instante.

Se acerca al perro y este ladra aún más ferozmente, retrocediendo un poco.

—Tienes que dejarme entrar —le dice, señalando hacia la calle, como si el perro pudiera entenderlo—. Están viniendo.

Ya sea que el perro realmente entienda el significado de sus palabras, o simplemente reaccione a su mano señaladora, mira en la dirección y ve las cuatro figuras, que, nota Dan, se han convertido en siete, ya que tres más se han unido desde los céspedes adyacentes.

El terrier corre hacia el otro borde del césped, ladrando frenéticamente a las personas muertas, mientras se tambalean en la propiedad, prestando cero atención a seguir de guardia.

Dan ya ha corrido hacia la piscina infantil. Está medio llena, el resto del agua se ha evaporado bajo el sol, pero aún contiene varios galones. Moscas, avispas y mariposas han encontrado su destino aquí, y ahora flotan en la superficie junto con un cubo de juguete rosa y un par de gafas de natación.

Dan destapa la botella y vierte una buena cantidad. No hay ningún cambio visible en el agua. No hay humo ni siseo del viento. Nada ocurrió cuando lo probaron en la casa, pero Dan no puede evitar pensar: ¿Y si no funciona? ¿Y si sólo funciona en la casa de Holger?

Por lo que sabe, el ritual podría estar de alguna manera conectado al lugar donde se realizó por primera vez. Tal vez las habilidades mágicas del agua desaparecieron tan pronto como desenroscó la tapa. Tal vez está a punto de enfrentarse a un grupo de zombies y su única armadura es una piscina infantil con agua corriente tibia.

Dan aparta esos pensamientos, asegura la tapa firmemente de nuevo y deja la botella en el césped. El zombie más cercano, una mujer joven, de la edad de la madre de Dan, con una herida

de mordida en el cuello, se dirige hacia él, con los brazos extendidos, las manos ansiosas. No presta atención al terrier, que corre a su alrededor, ladrando furiosamente, mordiendo sus tobillos desnudos.

Dan se inclina y agarra el cubo, llenándolo hasta la mitad. Se da vuelta y lo lanza hacia la mujer.

Dan nunca fue bueno en deportes, y lanzar agua desde un cubo resulta más difícil de lo que imaginó. El agua no sale en un chorro como esperaba, sino que se dispersa. Incluso con la mujer a sólo unos centímetros de distancia, la mayor parte falla. Sin embargo, algo le salpica los pies, y eso es suficiente.

La mujer se derrumba con un suspiro.

El terrier le ladra, convencido de que sólo está jugando a estar muerta, mientras el siguiente zombie pasa junto a ellos.

Dan ya ha recogido otro medio cubo. Esta vez prueba una táctica diferente, lanzando el agua más en un movimiento horizontal, creando una ola mientras sale del cubo y salpica la cintura del muerto, dejándolo inmóvil en el suelo. Las gotas de lluvia destellan un breve arco iris ante Dan.

De repente, el terrier se lanza más allá de Dan, y él se da vuelta para mirar, luego siente que el estómago se le cae.

—Oh, mierda...

Desde el otro extremo del césped, varios zombies se acercan, el más cercano ya está en el césped. Deben ser al menos una docena, y aún más vienen desde más abajo en la carretera.

Dan mira la piscina y el cubo en sus manos, dándose cuenta de que nunca podrá mantenerse firme. Necesita llamar a Liv; tienen que largarse de aquí.

Entonces ve la pistola de agua justo al lado de su pie. Es una grande, con un tanque lo suficientemente grande como para contener medio galón, más o menos. Dan se arrodilla, desenrosca el tanque y lo sumerge en la piscina.

Tarda unos segundos en llenarse de agua, y Dan es dolorosamente consciente de las figuras que se acercan desde ambos lados.

—Vamos, vamos —murmura.

Una vez que el tanque está lleno, lo atornilla rápidamente. Como está mojado ahora, se le resbala de la mano y casi lo deja caer. Un gruñido detrás.

Dan deja escapar un grito mientras una sombra se cierne sobre él. Sin siquiera mirar, sumerge una mano en la piscina y lanza un chapuzón de agua por encima del hombro.

La persona muerta se derrumba detrás de él, golpeándolo en la espalda. Dan lo ignora, se concentra en cambio en atornillar el tanque de nuevo en la pistola.

Luego, una vez que está en su lugar, se pone de pie y comienza a bombear el gatillo, mientras apunta la pistola a los que se acercan. Están formando un semicírculo a su alrededor, casi al alcance de la mano. Si Dan no hubiera estado armado con el agua bendita, habría muerto en segundos.

Pero la pistola de agua funciona de maravilla. Lanza un chorro delgado y fuerte de agua, que es increíblemente fácil de apuntar, y tan pronto como toca a uno de los muertos, este se derrumba como si alguien hubiera tirado del enchufe.

Dan dispara frenéticamente, girando como el héroe en una mala película de acción, rociando agua en todas direcciones.

Los zombies caen como moscas, tres, seis, diez. Más están llegando, pero Dan crea constantemente más distancia entre ellos y él. Los muertos caídos forman un muro improvisado a su alrededor, lo que resulta útil ya que a los zombies que aún están de pie les resulta difícil caminar sobre ellos, dándole a Dan un poco más de tiempo para apuntar y derribarlos.

El terrier también está ayudando, corriendo alrededor de las piernas de los que se acercan, ladrando y mordiendo, haciendo que algunos de ellos tropiecen y caigan.

Dan dispara al último zombie, una niña, no mucho mayor de diez años, y cuando cae sobre la verdadera pila de cuerpos, Dan mira alrededor, jadeando y sudando.

Por ahora, ha despejado el césped. No podría contar los cuerpos inertes ni aunque lo intentara, hay tantos, y están todos enredados. Pero hay al menos treinta.

En algún lugar lejos, al final de la calle, dos nuevas figuras están saliendo de un césped, tambaleándose hacia aquí.

Dan revisa el tanque y ve que está peligrosamente cerca de estar vacío. Aún así, la pistola fue mucho más eficiente que el cubo, habiendo usado sólo una onza más o menos por cada persona. Dan desenrosca el tanque y lo sumerge en la piscina para volver a llenarlo.

El terrier ha dejado de ladrar. En cambio, ha venido a olfatear el zapato de Dan.

—Eso es —le dice Dan—. Estamos en el mismo equipo, ¿verdad?

El perro le da una mirada comprensiva. Luego ve algo detrás de Dan y comienza a ladrar de nuevo.

Dan se da vuelta para ver a tres zombies que vienen alrededor de la esquina de la casa.

«Segunda oleada», piensa para sí mismo, apuntando con la pistola de agua. Por favor, date prisa, Liv. No puedo contenerlos para siempre...

SIETE

Liv no tiene sentido del tiempo. Necesita mirar el reloj de la sala de estar para determinar cuánto tiempo ha pasado desde que arrojó el agua a su padre. Por lo que sabe, podrían ser segundos o podrían ser horas.

En realidad, se da cuenta que han pasado seis minutos.

Lo cual es suficiente.

Más que suficiente.

La realización la golpea como un puño en el pecho. Su padre no está despertando. Está realmente muerto.

Aun así, se arrodilla y coloca una mano en su espalda, empujándolo suavemente. —¿Papá? ¿Puedes... puedes oírme?

No hay respuesta.

Lo sacude un poco más fuerte, dice su nombre varias veces.

Su padre no se mueve ni reacciona de ninguna manera.

—Oh, papá... —susurra, mientras las lágrimas finalmente comienzan a brotar por sus mejillas—. Realmente esperaba que... todavía estuvieras...

Le acaricia el cabello, sintiendo la frialdad de la piel debajo de él. Luego se levanta de nuevo, sus rodillas están casi cediendo.

—Lo siento —le dice—. Siento no haber podido estar aquí antes. Y siento que tenga que irme.

Se queda allí un momento más. Quiere quedarse, pero para su sorpresa, también hay una parte de ella que quiere seguir adelante. Esa parte anticipaba este desenlace. Estaba lista para el dolor.

Liv se limpia los ojos, suspirando. —Adiós, papá. Te quiero.

Luego recoge la taza de té y la botella, sale de la sala de estar, camina por el pasillo y se acerca a la puerta del baño.

Ya a varios pasos de distancia, puede escuchar los sonidos a través de la puerta. Gemidos, gruñidos. Pero no hay golpes, ni rasguños.

Liv se detiene por un segundo, mirando el picaporte. No se mueve. Coloca una palma en la puerta. Nada. Nadie está empujando desde el otro lado.

Sin embargo, definitivamente puede escuchar a alguien allí dentro.

Vierte agua en la taza, con la intención de repetir su estrategia, mientras pone la botella en el suelo después de asegurar la tapa.

Gira el picaporte y trata de girarlo. Está cerrado. La llave está de este lado, lo que debe significar que su padre fue quien la cerró.

Gira la llave y luego el picaporte.

El aire en el baño está cálido y rancio. Liv inhala por la boca mientras la puerta se abre. Mantiene la taza lista, pero tal como sospechaba, nadie sale hacia ella. Los gemidos se hacen más fuertes.

Inmediatamente ve las manchas de sangre en el corredor. El lavabo está lleno de suministros médicos y más sangre seca.

La cortina de la ducha se mueve. Está medio corrida, ocultando la mayor parte de la bañera. Hay un sonido chirriante mientras quien está acostado en la bañera se mueve, se puede escuchar la piel frotándose contra los lados.

Liv entra en la habitación, estirando el cuello para ver dentro de la bañera. Le toma un momento entender lo que ve.

Es su madre, y se ve tan familiar como Liv esperaba. Está usando su blusa amarilla favorita y su falda. Sus piernas desnudas y bronceadas están pateando contra la bañera, tratando de empujarla hacia arriba. Pero sus manos están aseguradas detrás de su espalda, y la forma en que está acostada es como una tortuga en su caparazón.

Al ver a Liv, en lugar de eso, trata de levantar la parte superior de su cuerpo, estirando el cuello, chasqueando los dientes. Aún así, el hecho de que sus brazos estén atados le impide sentarse.

Papá debió haberlo hecho, piensa Liv con una mezcla de emociones que revolotean en su corazón. Después de que murió. Para que no saliera y causara problemas.

Liv mira a su madre durante unos segundos más. —Hola, mamá —dice—. Soy yo. Liv.

Su madre reacciona a su voz tratando con más ansias de alcanzarla. No hay reconocimiento en su rostro, ni un rastro de emociones humanas.

Aun así, Liv no puede evitarlo: —Te voy a curar, mamá. Vas a despertar en un minuto. Confía en mí.

Incluso mientras las palabras salen de su boca, Liv puede escuchar lo tontas que suenan. Cómo pretende decirlas por el bien de su madre, cuando en realidad están destinadas a ella misma. Destinadas a alejar la casi certeza de que su madre no despertará.

Ella ha estado muerta aún más tiempo que papá. Y no era ni la mitad de luchadora que él. Ella nunca...

Liv sacude la cabeza para detener esos pensamientos. En cambio, fuerza una sonrisa, levantando la taza. —¿Lista, mamá? Aquí va.

Inclina la taza y el agua cae, salpicando todo el pecho y el estómago de su madre. Ella se queda inerte de inmediato, su cuerpo se hunde, su cabeza cae sobre su hombro. De repente, simplemente parece alguien durmiendo.

—Te esperaré, mamá —dice Liv, arrodillándose frente a la bañera.

No hay un reloj aquí, así que en lugar de eso cuenta sus respiraciones. Mientras lo hace, observa de cerca el rostro de su madre. Buscando un espasmo, un movimiento, cualquier cosa.

Cincuenta respiraciones.

Su madre no se ha movido. Liv extiende una mano y siente su cuello. La piel está demasiado fría. El pulso no está allí.

Hay tiempo. Sigue contando.

Cien respiraciones.

Aún no hay señales de vida.

Liv aprieta los labios. No es justo. No pueden estar ambos muertos. No es justo.

Ciento cincuenta respiraciones, ya temblorosas.

—Por favor, mamá —dice Liv, su voz espesa—. Por favor, despierta por mí.

Su madre no despierta.

Doscientas respiraciones. Se convierten en sollozos. Liv deja de contar y empieza a llorar. Lloro sobre el borde de la bañera, sollozando como no lo ha hecho desde que era una niña pequeña.

Todos se han ido.

Todos.

Ella es la única que queda.

Ya lo sabía, y aun así no pudo evitar tener un poco de esperanza. Esa pequeña esperanza es lo que la abandona ahora, y causa que su mundo entero tiemble al irse.

«No puedo levantarme», se le ocurre un pensamiento. Me quedaré aquí.

«¿Qué pasa con Dan?» otro pensamiento argumenta. Suena como Solveig.

«Dan seguirá sin mí».

«No, no lo hará. Te necesita».

«Tonterías. Estará bien».

«Él también ha perdido a todos, ¿sabes? La única diferencia es que él todavía tiene esperanza. Levántate y ayúdalo».

«Liv sacude la cabeza. —No puedo...»

«Claro que puedes. Hay calidez en la voz de Solveig ahora. Puedes y lo harás. Lo harás por mí».

Liv toma una última respiración temblorosa. Luego abre los ojos, echa una última mirada a su madre muerta y se pone de pie. Se siente como escalar una montaña. Pero lo logra.

—Adiós, mamá —susurra—. Te quiero.

Se da vuelta para irse, cuando una figura aparece en la puerta.

Liv mira a Ludwig desde el otro lado de la calle. Tiene la misma edad que Liv, y ha tenido un enamoramiento tanto por Liv como por Solveig desde que eran niños. Ni Liv ni su hermana estuvieron interesadas en él, de hecho, lo veían como un tipo bastante raro, con sus arañas de mascotas y mantis religiosas y otras cosas espeluznantes.

Ludwig sólo está usando un bañador, revelando sus delgadas y peludas piernas, su torso es huesudo y blanco como el mármol. Tanto su frente como su pecho están cubiertos de granos rojos brillantes. Sus costillas están al descubierto bajo su brazo, donde alguien le arrancó la piel. Sus ojos vacíos miran directamente a Liv.

Es entonces cuando se da cuenta de que dejó la botella fuera de la puerta del baño.

Liv no tiene a dónde correr. Nada con qué defenderse. Está completamente acorralada.

Cierra los ojos y espera el dolor.

OCHO

Dan dispara agua rápidamente a los tres zombies del patio trasero.

Tres más siguen desde la otra dirección. También les rocía agua tan pronto como están al alcance de la pistola de agua.

Es entonces cuando los ve.

Parecen un desfile. Excepto que no hay música, ni ropa colorida, ni baile. Hay tantos de ellos que ocupan toda la calle. Al menos un centenar. Probablemente más como doscientos.

—Oh, demonios —murmura Dan.

El perro ve a los que se acercan y corre hasta el borde del césped, ladrando furiosamente.

Dan mira hacia la casa y grita: —¡Liv!

Es entonces cuando la ve ya parada en la puerta principal abierta.

—Oh, ahí estás. ¡Vamos! ¡Tenemos que irnos!

Corre hacia el ATV, salta sobre él y gira la llave. Mira hacia atrás para ver a Liv aún parada en la puerta.

Le hace señas frenéticamente. —¡Vamos, maldita sea!

Los primeros zombies entran en el césped, con el terrier ladrando y mordisqueando sus pies, lo que les causa sólo un pequeño problema.

Dan acelera el motor, conduciendo el ATV sobre el césped y hasta la puerta. Se detiene frente a Liv, indicándole que suba.

—¡Vamos, date prisa! ¡Tenemos que irnos!

Liv simplemente se queda allí, con los brazos a los costados. Está sosteniendo la botella de agua bendita en una mano. Está medio vacía.

—¡Liv! —grita Dan, mirando de ella a los zombies que se acercan—. ¡Reacciona, por favor!

Liv parpadea y lo mira. —Está bien.

—¡No, no lo está! ¡Sube! ¡Tenemos que salir de aquí, ahora! ¡Tenemos que... maldita sea!

Dan agarra la pistola de agua y dispara a los que van al frente. Caen inertes al suelo. Otro se acerca por la parte trasera, y Dan lo acierta con un chorro en el pecho.

Se inclina y agarra a Liv por la muñeca, tirando de ella. —¿Vas a subir?

Liv no sube. Simplemente lo mira, con una expresión inescrutable en su rostro. Levanta la botella. —Toma.

—¡No hay tiempo! Tenemos que...

—Toma un sorbo.

—¿Qué? —La voz de Dan se quiebra mientras tiene que disparar a la siguiente fila de zombies. En cuestión de segundos, serán cortados del acceso a la calle y ni siquiera el ATV los salvará—. ¡Mira, me voy ahora! ¡Contigo o sin ti! ¡Así que tienes que decidir...!

Se interrumpe cuando Liv coloca la botella en sus labios y la inclina. Un buen trago de agua bendita rueda en su boca, y él se atraganta y escupe. —¿Qué demonios? —exclama, empujando la botella—. ¿Qué estás haciendo?

Liv mira más allá de él, una débil sonrisa formándose en su boca. —Está funcionando.

—¿Qué estás...?

Dan se corta a sí mismo al girar la cabeza, esperando ver a los zombies acercarse. En cambio, los ve a todos simplemente parados allí.

Hay menos de dos metros hasta los más cercanos. Y, sin embargo, simplemente han dejado de caminar.

Durante varios segundos, los muertos no hacen nada más que mover la cabeza, emitiendo gruñidos y gemidos bajos.

Y luego simplemente comienzan a dispersarse.

Uno por uno, los zombies se giran y se tambalean en una dirección aparentemente aleatoria. Algunos de ellos vienen en esta dirección, y Dan instintivamente apunta la pistola de agua hacia ellos, pero simplemente pasan junto a él, como si no pudieran verlo. Uno de ellos incluso roza el ATV, pero no le presta atención.

Dan mira del ejército zombie disperso a Liv, quien lo está mirando de vuelta con una sonrisa serena. —Te lo dije. Está bien.

Dan mira la botella en su mano. —El agua bendita... ¡te hace... inmune!

Liv asiente.

Un movimiento detrás de ella. Liv apenas se inmuta cuando un zombie, un tipo de la edad de Dan, pero más alto y aún más delgado, pasa junto a ella. Se detiene justo frente a ellos por un

instante, como si decidiera hacia dónde ir. Luego procede a tambalearse justo al lado del ATV y baja por el camino del jardín hacia la calle. Casi choca con Liv, al pasar junto a ella. A todos los efectos, ella es invisible para él.

Dan sigue al tipo con la mirada, sintiendo una creciente euforia en su pecho. —Esto es increíble. ¡Es una gran noticia!

Liv asiente. —Lo sé.

—¡Tenemos que decírselo a William! —Dan saca el teléfono, luego mira de nuevo a Liv—. ¿Estás...? ¿Estaban tus padres...?

Liv respira hondo, sin mirarlo. —Estaban aquí. Los ayudé.

—Pero ellos no...

Ella sacude la cabeza una vez.

—Lo siento —dice Dan.

—Está bien. Me mostraron esto. —Levanta la botella—. Creo que por eso teníamos que venir aquí. Quiero decir, esperaba... por supuesto esperaba que ellos... pero está bien.

Dan puede ver que ella está luchando por contener las lágrimas, y no dice nada.

Liv respira hondo otra vez, luego repite en un susurro bajo: —Está bien.

Dan le da un momento más, luego dice: —Voy a llamar a William. Luego deberíamos movernos. —Encuentra el número del teléfono satelital y hace la llamada. Suena cuatro veces, luego seis, luego ocho. Nadie contesta. Dan cuelga—. No respondió.

Liv lo observa. —¿Crees que están bien?

—Dijo que mantendría el teléfono con él en todo momento. Pero tendría que llamar al soldado estadounidense, así que tal vez la línea esté ocupada ahora. Volveré a intentarlo en unos minutos. Hasta entonces, es mejor que nos movamos.

NUEVE

El sargento Christian Everton está rezando cuando su teléfono suena.

Está en la cabina, con los codos apoyados en las rodillas, las manos entrelazadas frente a él y los ojos cerrados. Está pensando en su esposa, en sus hijas y en su perro allá en Utah. También está pensando en sus hermanos, en su padre y en su abuela.

La última vez que habló con alguno de ellos, estaban siendo trasladados a una base en un lugar seguro. Una de las ventajas de servir en la fuerza aérea es que, ante una inminente guerra nuclear, tu familia tiene ventaja para llegar a un lugar seguro.

Por supuesto, no podía decirles por qué. Pero ellos lo sabían. Han estado siguiendo las noticias y las redes sociales. Y por mucho que el gobierno trate de minimizar lo que está sucediendo en el extranjero, los rumores los superan.

Christian ha estado rezando mucho últimamente. Por lo general, reza por su familia o su comunidad local. Nunca antes había intentado rezar por el mundo.

Ha estado muy consciente del tiempo. Todos los hombres lo han estado; los ve consultando sus relojes con frecuencia. Es como si hubiera un gran temporizador invisible colgando sobre ellos, contando los minutos.

Y al pasar la marca de las veinticuatro horas, algo tácito recorrió la aeronave. Los hombres intercambiaron miradas. Todos pensaban lo mismo.

El último día había comenzado.

El zumbido de su bolsillo interior lo saca de sus pensamientos. Es su móvil privado. Probablemente sea su familia.

Lo saca, pero ve un número que no está en su libreta de direcciones. Tampoco es de un teléfono normal, ni nacional ni internacional; hay demasiados dígitos. Parece un teléfono satelital.

Lanza una mirada a Dave, que está a su lado.

—Necesito contestar esto.

—Claro —le dice Dave.

Christian responde la llamada a través de su auricular mientras se gira discretamente en su asiento.

—Habla Everton.

Un momento de estática crepitante. Luego la línea se aclara, y una voz se escucha:

—¿Hola? ¿Sargento?

Christian reconoce tanto el acento como el tono de la voz; siempre fue bueno recordando a las personas con las que había hablado antes.

—¿William? ¿Eres tú, hijo?

Se escucha una breve demora.

—Sí, soy yo. Tengo buenas noticias.

Christian no puede evitar enderezarse un poco.

—Háblame.

Esta vez, la pausa es un poco más larga. Como si el chico respirara antes de soltarlo de golpe:

—Lo hicimos. Encontramos la cura.

El pulso de Christian se acelera. Lo calma de inmediato.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. Lo probamos más de cien veces. También tengo el video listo. Lo prueba todo.

Un video no prueba nada. Se puede manipular fácilmente. Hoy en día, incluso un adolescente con un smartphone, puede editar a Barney el Dinosaurio en el video del asesinato de Kennedy en menos de dos minutos. Necesitan más que eso. Sin embargo, Christian confía en el chico y quiere ver el video.

—¿Puedes enviármelo, hijo?

—Enviaré el enlace. Lo estamos subiendo a YouTube ahora.

—Buen trabajo. ¿Cómo lo hicieron?

—Te lo dije, vudú. Encontramos a la mujer que comenzó todo. Hizo una contra-maldición o lo que sea, no sé el término. Sólo sé que funciona.

—¿Cómo? ¿Cómo funciona? —Christian nota que Dave lo está mirando, y se da cuenta de que su voz está demasiado alta, demasiado ansiosa. Se aclara la garganta, y recupera el control—. Por favor, explícamelo.

—Es agua —dice William, riendo brevemente—. ¿Puedes creerlo? Hizo una cura que se puede transferir a través del agua. Todo lo que necesitas es una pequeña gota, y simplemente colapsan; lo verás en el video.

—¿Agua? —repite Christian, frunciendo el ceño—. Disculpa, pero por prometedor que suene, esto no es exactamente lo que esperaba.

—No, yo tampoco. Pero te prometo, sargento: funciona. Todo lo que tienes que hacer es... espera... ¿qué es eso, Lars?

Alguien habla en el fondo.

—Gracias. De acuerdo, sargento, el enlace está listo. Mi amigo te lo enviará por mensaje de texto ahora. Haremos lo que podamos para difundirlo. Todos necesitan ver el video. Lo explica todo. Tienes que hacérselo llegar a tu presidente también. Cancelará los ataques cuando vea esto.

—Todo esto está muy bien, hijo —dice Christian, girándose un poco más lejos de su colega—. Pero para que siquiera considere llevar esto a nuestro comandante en jefe, necesito mucho más que sólo un video. Necesito pruebas físicas. Necesito una forma de utilizar esta cura que dices haber encontrado a gran escala. Necesito...

—Lo sé, lo sé. Y es totalmente posible. El agua se puede distribuir fácilmente. Todo lo que necesitas es una pequeña muestra, y puedes hacer más al instante. Una gota en un regular tanque lleno de agua convertirá todo en agua bendita, ese es el nombre que le dimos.

Las arrugas en la frente de Christian se profundizan.

—Hijo, ¿estás seguro de esto...?

—Mira, sé cómo suena. Yo tampoco me lo habría creído. Por favor, mira el video, sargento. Luego veremos cómo poner algo de agua bendita al alcance de tu gente.

Christian se muerde el labio y luego asiente.

—De acuerdo, espera. Te llamaré lo antes posible. —Desconecta la llamada.

—¿Puedo preguntar quién era?

Christian mira a Dave.

—Dame un momento, por favor.

Abre el mensaje de texto que acaba de llegar. Hay un enlace en él. Christian lo abre. Un video de YouTube comienza a reproducirse. Muestra una sala de estar en una casa con aspecto europeo en algún lugar.

Un adolescente entra en la sala, sus movimientos son rápidos y su expresión seria. Sale de la toma detrás de la cámara. Luego, unos segundos después, un hombre infectado entra tambaleándose en la sala.

Alguien cuenta en voz alta, al menos Christian asume que la persona está contando, aunque habla en danés. Luego, dos jóvenes más saltan a la vista y salpican agua sobre el infectado.

Levanta los ojos hacia el techo y colapsa.

Como un robot al que le cortaron los cables.

Christian siente un sacudón en el estómago.

Puede ver un corte rápido donde aparece el rostro de William, mirando a la cámara. Está sosteniendo una botella de Coca-Cola llena de agua mientras habla lentamente en inglés, obviamente concentrándose en pronunciar cada palabra con la mayor claridad posible:

—Lo que acabas de ver no fue un truco y no fue un engaño. Esto es real. Encontramos una forma de combatir a los infectados. Lo llamamos agua bendita. Funciona instantáneamente, como acabas de ver. Cura a cualquiera con contacto directo. Lo mejor de todo es lo fácil que es hacer más. Cualquier cantidad de agua bendita añadida a otra cantidad de agua, sin importar cuán grande sea, transmitirá instantáneamente el efecto.

Cuando el video termina, Christian siente una vez más la mirada de Dave sobre él. Le devuelve la mirada interrogativa.

—Te enviaré un enlace. Mira el video y dime qué piensas. ¿Estos chicos están delirando o intentando engañarme? —Le envía a Dave el enlace por mensaje de texto.

A su colega le toma menos de dos minutos ver el video. Le sonrío a Christian.

—¿Es el tipo que dejamos en tierra?

—Ajá. ¿Qué opinas?

—Parece y suena demasiado bueno para ser verdad. Si una cura fuera tan fácil de hacer, entonces ¿cómo es que ninguno de los miles de doctores que trabajan día y noche la ha encontrado?

—Porque no es una cura médica.

—¿Entonces qué?

Christian respira hondo.

—Una espiritual. Es vudú, Dave. Eso es lo que inició todo esto.

La expresión de Dave pasa de divertida a escéptica en un instante. Christian sabía que no podría aceptarlo de inmediato.

—Entonces, ¿estás diciendo que todo esto...?

—Lo estoy —lo interrumpe Christian—. Los has visto de cerca, Dave, igual que yo. Los has mirado a los ojos. Dime, honestamente, ¿realmente sientes que estamos luchando contra una infección? ¿Puedes ver algo parecido a un alma cuando miras sus rostros?

Dave lo piensa.

—Entonces, ¿le crees al chico?

—Sí —Christian parpadea, sorprendido por lo rápido que llega la respuesta. La verdad puede ser que necesita creerle a William.

—De acuerdo, digamos, por decir algo, que esto es real —dice Dave, inclinándose más cerca—. ¿Cuál sería el siguiente paso?

Christian se encoge de hombros.

—Intentar que cancelen los ataques.

Dave sacude la cabeza.

—¿Y cómo demonios vas a hacer eso? ¿Llamar al presidente y convencerlo? ¿Pedirle que, por favor, vea el video?

—Tengo un contacto personal en su equipo. Es mi prima, y ella me escuchará. Puede llevárselo.

—Pero incluso si lo viera y lo creyera, lo cual ya es bastante difícil de imaginar, ¿realmente crees que podría cancelarlo ahora, en la última hora? Los bombarderos ya están en el aire, Christian.

—Lo sé —dice Christian, dándose cuenta de que sus palmas están sudorosas—. Pero ¿no lo ves, Dave? Si lanzamos esas bombas, será el fin. El mundo caerá en la próxima edad oscura.

—Ya lo ha hecho.

—No, aún no, maldita sea. Podemos salvarlo del abismo, Dave. Si podemos difundir la noticia. Si podemos mostrarles a las personas este video, hacer que crean...

Dave parece casi triste mientras sacude la cabeza lentamente.

—Sabes que es demasiado tarde, Christian. Lo siento, amigo. Todos deseábamos que no hubiera llegado a esto, pero lo ha hecho, y necesitamos prepararnos para enfrentarlo.

Christian se pasa una mano por la cabeza, mientras mira hacia la parte trasera del helicóptero. Los sobrevivientes o están durmiendo o mirando al vacío. ¿Cuántos estadounidenses en casa estaban en una situación similar en este momento? ¿Cuántos estaban siendo evacuados en aviones, autobuses y trenes? ¿Y cuántos de ellos llegarían a salvo antes de que los contraataques golpearan el suelo estadounidense? Era inevitable, todos lo sabían. Por muy poderosa que fuera América, simplemente no había forma de que pudieran evitar que la ONU respondiera con un ataque nuclear.

—Que Dios nos ayude a todos —murmura, luego marca de nuevo el número de William.

DIEZ

Es una sensación completamente diferente conducir por la ciudad ahora. No solo porque Dan es el que conduce esta vez, sino también porque ninguno de los zombies que pasan parece notarlos.

—¿Cuánto tiempo crees que durará? —pregunta Dan, lanzando una mirada por encima de su hombro a Liv—. ¿Crees que es permanente?

Liv no responde de inmediato. Parece que estaba perdida en sus pensamientos. Cuando habla, su voz es distante.

—No lo sé. Espero que sí.

—Esto cambia el juego por completo —continúa Dan, sintiendo una renovada esperanza en el destino del mundo—. Si podemos difundir la noticia... ¡la gente puede ser salvada! ¡Pueden ser salvados, Liv!

—Lo sé —dice Liv, sonando como si no le importara en absoluto.

Llegan a una intersección en forma de T donde una calle está bloqueada por un camión de basura mal aparcado en medio de la carretera. Dan se detiene y saca su teléfono para revisar el mapa.

El punto rojo se ha movido ligeramente desde la última vez que lo miró, pero todavía está en la parte norte de la ciudad.

«Estoy a menos de veinte minutos de él», piensa Dan, sintiendo su corazón agrandarse en su pecho. La idea de ver a su padre de nuevo, vivo o muerto, es casi demasiado para soportar.

Está a punto de llamar a William de nuevo, cuando Liv señala hacia la calle.

—Espera. Mira.

Dan ve un coche acercándose. Es el primer vehículo en movimiento que han visto hasta ahora. Dan puede distinguir al conductor y a otra persona sentada en el asiento del pasajero. El coche no

reduce la velocidad hasta que está bastante cerca del todoterreno. Entonces se detiene bruscamente, y ambas puertas se abren.

Dan siente una sensación de tensión creciente, y está bastante seguro de que Liv también la percibe, porque su agarre alrededor de su cintura se aprieta.

Dos hombres saltan del coche, uno de mediana edad con mechones grises en la barba, el otro un adolescente corpulento. El adolescente sostiene un rifle. El hombre mayor no parece tener un arma de fuego, pero en una funda atada a su cinturón, Liv ve el mango de un cuchillo gigante.

—¡Hola! —grita el hombre mayor sobre los motores en marcha, revelando una voz sorprendentemente profunda para su delgada complexión—. No estamos infectados.

—Nosotros tampoco —responde Dan, esforzándose por interpretar las intenciones de los hombres a partir de sus movimientos. El adolescente se queda junto a la puerta del conductor, mientras el hombre rodea el coche hasta la parte delantera. Su mano descansa casualmente en su cinturón, junto al cuchillo.

—Me alegra oírlo —dice, sonriendo. Lleva gafas de sol, lo que hace difícil juzgar si la sonrisa es genuina—. Parecen necesitar ayuda.

—No realmente —dice Liv, sorprendiendo a Dan al intervenir—. Estamos bien.

—Bueno, no estarán bien por mucho tiempo —dice el hombre con calma, mirando a su alrededor—. Esta ciudad está llena de muertos vivientes, por si no lo han notado.

—Lo notamos —dice Dan—. Tendremos cuidado.

Acelera el motor y gira el ATV en un semicírculo. Mantiene un ojo en el hombre mientras lo hace, esperando a medias que se lance sobre ellos. Sin embargo, él se queda en su lugar, el cuchillo aún en la funda.

Justo cuando Dan está a punto de acelerar, ve el otro coche. Es un coche de policía, y ha llegado por detrás, ni Dan ni Liv lo escucharon llegar. Dos hombres han salido y están allí, cada uno con un rifle. Ciertamente no son oficiales de policía.

Dan considera por un momento conducir. Podría acelerar a toda velocidad e intentar pasar junto a los hombres antes de que puedan apuntar y disparar. Pero parecen saber manejar esas armas mejor de lo que Dan sabe manejar el ATV, y si intenta escapar, lo más probable es que reciba una bala en la cabeza.

En su lugar, mira al hombre de barba gris, que todavía está allí, mirándolos.

—¿Qué quieren? —pregunta Liv.

—Miren, no empecemos con el pie izquierdo —dice el tipo, acercándose más—. Puede que ustedes no necesiten nuestra ayuda, pero nosotros necesitamos la suya. Es importante que los

pocos que aún quedamos vivos aquí trabajemos juntos, ¿no creen? Quiero decir, necesitamos hacer algo sobre esta situación...

—Ya lo estamos haciendo —lo interrumpe Liv—. Estamos intentando resolverla.

—¿En serio? —pregunta el tipo, levantando las cejas por encima del borde de las gafas de sol—. ¿Conducir un todoterreno? Disculpen por preguntar, pero ¿cómo ayuda eso?

—Tenemos un... —comienza Dan, cuando uno de los hombres junto al coche de policía silba con fuerza.

—¡John! —grita—. ¡Viene un montón de muertos...!

Dan mira en esa dirección y ve a un grupo de zombies acercándose.

—Bien —dice el hombre barbudo—, necesitamos acelerar esto. Lo siento por ir al grano, chicos, pero vendrán con nosotros.

—¡Claro que no! —exclama Liv.

Antes de que Dan pueda reaccionar, ella se estira a su alrededor y agarra el volante, girando violentamente la manilla del acelerador. El ATV se lanza hacia adelante. Ambos hombres junto al coche de policía reaccionan instantáneamente saltando a los lados, intentando bloquearlos.

—¡Lo quieren por las malas! —grita John desde atrás mientras el todoterreno avanza hacia el coche de policía—. ¡Atrápenlos, muchachos!

Dan está seguro de que los hombres les dispararán. Está seguro de que tanto él como Liv morirán ahora.

En lugar de abrir fuego, ambos hombres se lanzan al coche de policía y aparecen un segundo después de nuevo, sosteniendo lo que a Dan le parecen grandes bolas de red de pescar. Por alguna razón, esto sólo llena de más temor a Dan. A medida que los hombres lanzan las redes, se despliegan en el aire. Como el ATV se acerca directamente a ellos, es un blanco fácil. Una de las redes se envuelve alrededor de Dan y Liv, la otra se enreda en las ruedas delanteras, haciendo que el ATV se detenga de golpe, casi lanzándolos al suelo.

La red es gruesa y afilada y realmente huele a pescado, nota Dan mientras lucha por quitársela. Pero es difícil debido a cómo la red parece adherirse a ellos, y antes de que se den cuenta, ambos hombres se han acercado, agarrando la red y sacándolos del ATV.

—¡Ahora escúchenme! —se escucha decir Dan, antes de que le quiten el aire de los pulmones al caer sobre su hombro con Liv a medio camino encima de él. Ella se retuerce y grita, lo que suena tanto a miedo como a rabia.

Sin embargo, los hombres no escuchan; simplemente arrastran a Dan y Liv hasta la parte trasera del coche y los levantan hasta el maletero.

—Toma las mochilas y sus teléfonos, Simon —dice uno de ellos, mirando por encima del hombro, luego exclamando—: Mierda, están viniendo...

Mientras el otro tipo comienza a desenredar la mochila de la red, el primero pone el rifle sobre su hombro y dispara. El sonido perfora los oídos de Dan y resuena en la calle.

—No, suéltalo —dice mientras lucha por aferrarse a la mochila. El tipo se la quita fácilmente. También toma la de Liv, luego mete la mano en sus bolsillos y les confisca los teléfonos.

Dan logra liberar un brazo de la red y levantarlo hacia la tapa del maletero justo cuando el hombre está a punto de cerrarlo. Pero el tipo simplemente la cierra de golpe de todos modos, y el brazo de Dan se dobla bajo la presión.

Hay gritos, carreras, dos disparos más de rifle, más gritos, puertas de coches cerrándose, y luego el coche de policía está en movimiento.

ONCE

William contesta el teléfono satelital tan pronto como suena.

—¿Hola? ¿Sargento?

—Hablando.

—¿Viste el video?

—Lo vi, hijo. Hiciste un buen trabajo con él.

—Gracias. ¿Ahora me crees?

Una breve pausa. —Te creo, hijo. De verdad lo creo.

William sonríe. —¡Eso es genial!

—Desafortunadamente —continúa el sargento, hablando en un tono sombrío—, mi opinión al respecto no hace ninguna diferencia. Sin evidencia física, me temo que no tenemos un caso.

—Claro, ¿te refieres al agua? Necesitamos llevar una muestra a la Casa Blanca.

—Ese sería el siguiente paso, correcto. Y aquí es donde se pone realmente difícil. Primero, necesitarías sacar la muestra de la zona de la bomba, o de lo contrario no podríamos recogerla después del ataque inicial...

—Espera —dice William—. Un momento. No me digas que van a seguir adelante con el ataque.

—Como te dije, hijo: Sin evidencia física, no hay manera de que podamos convencer a nuestro comandante en jefe de siquiera considerar cancelarlo.

—De acuerdo, entonces llevemos una muestra.

—Lo haremos. Después del ataque.

—¿Qué? Después del ataque apenas importará.

—El ataque es en tres horas. ¿Cómo llevarías una muestra al otro lado del océano en menos de tres horas, hijo?

—Yo... Yo... No sé... ¿Podrías enviar un avión de combate?

—Ni siquiera el avión más rápido del mundo podría hacer ese vuelo. Lo siento, William. Simplemente no hay manera.

—Tiene que haberla —insiste William—. Podríamos tener la solución a todos los problemas del mundo justo en nuestras manos. Debe haber alguna forma de convencerlos. Las palabras viajan más rápido que los aviones.

—Nuestras palabras no cuentan para nada. Lo mismo con tu video. Lo siento, hijo, pero sabes tan bien como yo que estas cosas pueden alterarse fácilmente.

—¡Pero no está alterado, es real!

—Te creo.

—Pero... pero al menos deben estar abiertos a escuchar lo que tenemos que decir.

—Mira, tenemos que tratar esto como un avance positivo. Una vez que el polvo se asiente, podemos comenzar a trabajar en difundir la palabra. Podremos curar al mundo de esta terrible aflicción.

—¿Difundir la palabra? —William resopla—. ¿Difundirla a quién? Esto será la Tercera Guerra Mundial. No quedará nadie para escuchar la palabra, sargento.

El sargento suspira. —A menos que puedas hacer llover agua bendita en Washington, no tenemos ninguna posibilidad de obtener pruebas físicas para las personas encargadas a tiempo.

—Espera un minuto —una voz se oye detrás de William. Se da la vuelta para mirar a Dennis, que ha estado escuchando atentamente—. Tal vez podamos hacer que llueva.

William frunce el ceño. —¿Cómo?

Dennis extiende las manos. —Si el agua bendita realmente no se diluye, no importa cuán grande sea la masa de agua a la que la agreguemos, tal vez podamos integrarla al ecosistema.

William siente un vuelco en el estómago mientras de repente recuerda algo de la clase de geografía. —Mierda, creo que entiendo lo que estás diciendo. ¿No hay algo sobre que toda el agua en el planeta está conectada? Me refiero a la lluvia, los ríos y todo eso. Tal vez si vertemos agua bendita en un río en algún lugar, se extendería por todo el globo.

—Eso es lo que estoy pensando —Dennis asiente—. O podríamos intentar con el océano.

—¿El océano? —pregunta William—. ¿Crees que funcionará en agua salada?

—No tenemos manera de saberlo. Pero ¿por qué un par de porcentajes de sal harían tanta diferencia?

William piensa por un segundo, sintiendo su corazón latir con fuerza en su pecho. —Esto podría funcionar realmente. Sargento, ¿escuchó lo que acabamos de hablar?

—Lo escuché, hijo.

—En teoría, si vertiéramos un poco de agua bendita en el Atlántico, significaría que todos los océanos se convertirían en gigantescos reservorios de agua bendita, ¿verdad? ¿Qué piensa de esto?

—Honestamente, ya no sé qué pensar. ¿A qué distancia están del océano?

—Veinte minutos.

Un momento de silencio antes de que el sargento hable de nuevo: —Bueno, supongo que es nuestra mejor oportunidad, así que sugiero que se pongan en marcha.

DOCE

—¿Qué crees que quieren de nosotros? —pregunta Dan, con la voz ronca en la oscuridad.

Han estado conduciendo durante lo que parecen diez minutos, y a pesar del espacio reducido, han logrado desatarse de la red y empujarla a un lado.

Ahora están acostados uno junto al otro en posición fetal. Después de que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Liv pudo distinguir el interior del maletero. Ya lo ha examinado en busca de algo que puedan usar para defenderse, cualquier cosa afilada o pesada, pero el maletero está completamente vacío.

—No lo sé —dice ella—. Pero obviamente nos querían vivos.

Parte de ella quiere creer lo que dijo el tipo con barba: que quieren su ayuda con algo y nada más. Lo hizo sonar como si sus intenciones fueran buenas, y muy bien podrían serlo.

Otra parte de ella, una parte mucho más grande, no se hace ilusiones. Esta parte sabe que la situación es mala; pudo verlo en la cara del tipo de inmediato. Iba en serio. No tenía emociones hacia ellos. Lo que dijo sobre que los vivos deben permanecer unidos eran sólo palabras vacías. Además...

—No creo que seamos los primeros —dice Dan. Está sosteniendo algo para que Liv lo vea. Es un objeto diminuto, y ella entrecierra los ojos para distinguirlo.

—¿Es eso... un botón?

—De una camisa, sí.

—Joder. Esto no me gusta nada. ¿Por qué demonios están conduciendo por ahí secuestrando gente?

—Ni idea —dice Dan—. Pero necesitamos mostrarles el agua y lo que puede hacer. Tal vez eso cambie los planes que tienen.

Liv no está segura de eso. Depende exactamente de cuáles sean los planes de los hombres. Si es matar a Dan y violarla a ella, entonces descubrir lo del agua bendita podría no hacer mucho para disuadirlos de ese curso de acción.

El coche se detiene.

Ya ha desacelerado algunas veces, pero cada vez fue para tomar una curva. Esta vez, el motor se apaga.

—Supongo que estamos a punto de averiguarlo —susurra Liv, sintiendo que su pulso se acelera. Después de encontrar a sus padres, y darse cuenta de que ninguno de los dos podía ser salvado, estaba segura de que nunca volvería a sentir nada más que tristeza. Ha perdido a toda su familia para siempre, y nada podría eclipsar eso.

Y sin embargo, aquí estaba el miedo, incitándola a luchar por su vida una vez más.

Las puertas del coche se abren, y pueden escuchar a los hombres hablando. Parece que los otros dos, incluyendo al tipo con barba, se han unido a ellos.

—¡Joder, apesta!

—¿Qué esperabas, Jack? Es un trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo.

—Sólo desearía que no me hiciera sentir náuseas.

—Parece que ya vienen nuevos. Mejor prepárenlos a esos dos.

Liv siente que Dan se tensa cuando unos pasos se acercan.

—¿Listos? —pregunta una voz desde fuera del maletero.

—Listos.

—Muy bien, escuchen ahí dentro. Les estamos apuntando directamente con nuestras armas. Voy a abrir el maletero ahora, y si hacen alguna tontería, les dispararemos en la cara. ¿Estamos claros?

Liv y Dan se miran en la oscuridad.

—Clarísimos —dice Dan en voz alta.

—Bien. Ahí va.

El maletero se abre y la luz grisácea de la tarde entra de golpe, lastimando los ojos de Liv. Ella parpadea para ver las siluetas de los hombres que los rodean, el más cercano sosteniendo un rifle apuntado hacia ellos.

—Se desataron —dice uno de los hombres.

—Bien, significa que pueden caminar. Ustedes dos, salgan de ahí.

Liv y Dan se apoyan mutuamente para salir del maletero. Los brazos y las piernas de Liv duelen, por la posición incómoda en la que ha estado acostada, y lo mismo le sucede a Dan.

Ella parpadea y mira alrededor del estacionamiento casi vacío. Todavía están en la ciudad; de hecho, sólo se han adentrado más en el centro. Un edificio gigante se eleva junto al estacionamiento. Hay un gran cartel sobre la entrada que dice: VIBORG STADIUM.

Liv no tiene idea de por qué los hombres los llevaron allí, pero al respirar por la nariz, entiende de qué hablaba el tipo: hay un olor horrible en el aire. Es una mezcla de humo y carne quemada y algo aún peor debajo, algo pútrido. Es como una barbacoa que salió terriblemente mal.

Desde lo alto de las paredes del estadio, una fina niebla gris de humo aún se eleva hacia el cielo.

—¿Qué demonios pasó aquí? —Liv se oye decir, mirando a los hombres.

—No hay tiempo para hablar —dice el tipo con el rifle, instándolos a avanzar—. Entren. Estamos expuestos aquí.

—Mira —dice Dan mientras comienzan a moverse a regañadientes hacia la entrada—. Tenemos algo que necesitamos mostrarles. Es una forma de curar a los infectados.

El tipo con el rifle resopla. —¿De verdad? ¿Hicieron una vacuna?

—Podrías llamarlo así. Pero no necesita ser inyectada. Por favor, solo déjame mostrártelo, lo entenderás. Está en mi mochila. Si sólo...

—No somos idiotas —interrumpe el otro tipo, empujando a Dan hacia adelante—. Ahora muévanse antes de que los muertos aparezcan.

—Es cierto lo que dice —intenta Liv—. Pueden revisar las mochilas ustedes mismos. Hay botellas de agua ahí que...

—¡Atención, chicos! —grita una voz desde arriba.

Liv levanta la vista para ver a un tipo armado en lo alto de la muralla del estadio. Está apuntando a algo detrás de ellos. Liv gira la cabeza para ver a tres zombies apareciendo desde detrás de una furgoneta estacionada. Hay más viniendo desde más lejos, al menos veinte.

—¡Muévanse! —dice el tipo con el rifle, empujando a Liv—. ¡Entren!

El tipo en la muralla comienza a disparar mientras corren hacia la entrada. Hay una gran reja de metal bloqueando el camino. El tipo con barba está justo adentro, haciéndoles señas para que se acerquen a través de una apertura que debe haber sido utilizada para canalizar a los aficionados al deporte uno a la vez.

Dan y Liv se deslizan por la abertura, seguidos por los dos hombres. El tipo con barba cierra la reja rápidamente detrás de ellos y la asegura con una cadena.

Luego saca un walkie-talkie y dice: —Estamos claros, Hanson. Guarda tu munición.

Los disparos desde la muralla cesan inmediatamente.

Liv mira hacia atrás para ver cómo los zombies se acercan a la entrada.

—No te preocupes, resistirá —les dice John, sacando un pañuelo que se envuelve alrededor de la boca y la nariz como una máscara—. Bienvenidos a nuestro pequeño purgatorio. Así es como lo llamamos. Vengan, déjenme mostrarles.

Se da la vuelta y continúa caminando mientras los primeros zombies llegan a la reja y comienzan a empujarla.

Liv mira a Dan, y él le devuelve la mirada. Sus ojos revelan la misma ansiedad que ella misma siente mientras son empujados por el tipo con el rifle.

El hedor se intensifica con cada paso. Al entrar en el estadio, Liv ve inmediatamente la razón.

El campo, que alguna vez fue verde, es ahora un páramo calcinado. O más bien, una fosa común. Cuerpos carbonizados yacen por todos lados, al menos quinientos, probablemente más cerca de mil. La mayoría de ellos están concentrados hacia el centro del campo, donde se encuentra una gran jaula.

—Mierda —susurra Liv.

—¿Eran... eran zombies? —pregunta Dan.

El tipo con barba se detiene para mirarlo. Se quita las gafas de sol, y por primera vez, ven sus ojos, que son de un gris penetrante. —Por supuesto que lo eran. ¿Crees que estamos quemando supervivientes aquí?

—¿Cómo lograron reunirlos a todos aquí? —pregunta Liv.

—Ahí es donde necesitamos su ayuda —les dice el tipo, sus ojos descansando sobre ella por un momento, su frente frunciéndose—. Oye, ¿no te conozco?

Liv sacude la cabeza. —No.

—Sí, estoy seguro de que sí. Te vi justo el otro día. Estabas...

El tipo se detiene de hablar. Es como si su mente continuara, sin embargo. Y Liv lee sus pensamientos por la forma en que cambia su expresión. Es rápido y sutil, pero ella lo capta.

Vio a Solveig, se da cuenta con un sobresalto en el estómago. Vio a mi hermana mientras aún estaba viva...

—Vamos —dice John, recuperando su compostura—. Llévenlos a la jaula.

Dan comienza a forcejear cuando uno de los hombres le agarra el brazo. —No, escuchen. Por favor, sólo escúchenos un momento. ¡Tenemos la cura! Podemos mostrárselo. ¡Realmente funciona!

Liv no lucha contra el tipo que la empuja hacia adelante. Incluso mientras tropieza en el campo de cuerpos quemados, no puede apartar los ojos del tipo con barba. Él lidera el camino,

encontrando un espacio a través del caos de carne.

Dan sigue gritando, suplicando a los hombres, tratando de liberarse, diciéndoles que solo miren en la mochila, hasta que el tipo le da una bofetada en la cara y le dice que se calle de una vez.

¿Por qué me miró así? Liv sigue preguntándose mientras camina, apenas notando el hedor nauseabundo que le ataca las fosas nasales. ¿Por qué dejó de hablar?

La respuesta debería ser obvia, y lo es. Sin embargo, esa pieza final del rompecabezas se le escapa a su cerebro privado de sueño mientras los hombres los llevan a través del campo de matanza.

La jaula es grande, al menos tres metros de ancho y otros tres metros de alto. Está construida con barras de metal sólido que recuerdan a las que se usan para mantener separados a los caballos o al ganado en el establo.

Un movimiento capta su atención desde el otro lado del estadio. Hay otro túnel, que conduce al estacionamiento en el lado este. También está cerrado por una reja, y un grupo de zombies están presionando contra ella, tratando de entrar.

Es sólo cuando se detienen junto a la jaula que Liv nota a las personas dentro de ella. Hay seis o siete, el más viejo siendo un hombre de la edad de su abuelo, y el más joven un niño grande que se aferra a su madre.

—Bien, ya conocen la rutina —dice John, apuntando con el rifle a la jaula—. Apártense y dejen que estos dos entren. Cualquiera que haga algo extraño recibe una bala en la cabeza.

Uno de los otros hombres da un paso adelante y comienza a desbloquear la cadena que sostiene la puerta de la jaula.

—Por favor, señor —dice la madre—. Por favor, déjenos ir. Al menos deje ir a mi hijo. Sólo tiene nueve años.

—Ya nos dijiste eso —dice John.

El tipo con el rifle empuja a Liv hacia adelante mientras el otro hombre abre la jaula.

Dan mira a John, su expresión es oscura. —Lo que están haciendo aquí no es necesario. Sólo miren en la mochila. Intenten salpicar un poco de agua en uno de ellos; eso es todo lo que necesitan hacer.

—Bien, lo entendimos —dice John, sin apartar sus ojos grises de las personas en la jaula—. Ahora, entren.

Dan entra y Liv lo sigue.

Justo cuando está a punto de entrar, se detiene y mira a John, esperando leer su mente de nuevo. Sus ojos se encuentran por un breve segundo antes de que él pueda apartar la mirada.

Es todo lo que Liv necesita. Finalmente conecta los puntos.

—Tú la mataste —dice, señalando su cuchillo—. Tú mataste a mi hermana.

—Métanla ahí —dice John.

El tipo detrás de ella empuja a Liv dentro de la jaula, y los hombres rápidamente aseguran la cadena en su lugar.

Liv se da la vuelta y mira a John. Él se encoge de hombros. —Tu hermana debería haber hecho lo que le pedimos. En cambio, luchó con uñas y dientes.

Liv parpadea. —Por supuesto que lo hizo. Ella no recibe órdenes de psicópatas como ustedes.

Uno de los hombres se ríe ásperamente. —Igual de peleona que su hermana...

Liv sostiene la mirada de los ojos grises de John firmemente, y él no retrocede. —Tuvo suerte de que no la violáramos primero. Tal vez hagamos eso contigo si sigues hablando.

El otro hombre deja de reírse de inmediato, y un silencio sepulcral cae sobre el estadio.

Liv aprieta los dientes. —¿Por qué no entras aquí y lo intentas?

John simplemente se queda allí por unos segundos. El corazón de Liv late con fuerza en su garganta. Está tan llena de rabia en este momento, que parte de ella quiere que él entre en la jaula. Y parece que está a punto de hacerlo.

—¡John! —grita alguien al otro lado del campo.

Él se gira para mirar a un tipo que está agitando la mano desde la boca del túnel. —¿Qué?

—La reja está empezando a ceder. Están viniendo con fuerza. Necesitamos abrir.

—De acuerdo —dice John, mirando a Liv por última vez. No dice nada.

En su lugar, los hombres comienzan a moverse hacia las salidas.

—¡No nos dejen aquí! —grita la madre—. ¡Por favor!

Ninguno de los hombres siquiera se voltea.

TRECE

Los campos abiertos pasan volando mientras el coche de Holger atraviesa el paisaje. William no suelta el acelerador en ningún momento. Aferra el volante, y Dennis puede notar que está forzando la vista para distinguir la carretera vacía frente a ellos. El cielo está tan cargado de nubes ahora que la noche es casi completamente oscura.

—Tal vez deberías reducir la velocidad —sugiere Dennis. Tiene tres botellas de agua bendita en su regazo. En el asiento trasero está el "paquete" principal: una caja de plástico gigante con una tapa sellada, que contiene casi veinte galones de agua bendita. Dennis puede oír cómo se agita en su interior.

—Lo tengo controlado —dice William, quitando una mano del volante para secarse el sudor de la frente—. Pero necesitamos pisar el acelerador. El destino del maldito mundo podría depender de esto. Si no llegamos a tiempo, estamos fritos.

—Si chocamos, también estaremos fritos —señala Dennis—. Y el mundo también.

—No vamos a chocar —dice William—. Estamos a sólo un kilómetro y medio.

Ozzy está sentado en el asiento entre ellos, jadeando y luciendo alerta.

Pasan junto a una señal que es brevemente iluminada por los faros. Dennis apenas tiene tiempo de leer el texto: Playa 1,5 kilómetros.

Todavía le resulta extraño a Dennis la manera en que de repente puede leer sin dificultad; incluso captando palabras más largas de un vistazo, palabras que hace sólo veinticuatro horas tenía que deletrear meticulosamente.

También nota otros grandes cambios en su mente. Puede recordar cosas con mayor detalle, y también sabe mucho más. Aparentemente, ir a la escuela todos estos años no ha sido en vano. Se encuentra capaz de entender cómo funcionan las cosas a un nivel más profundo. Las cosas y las personas. Mirando el rostro de William, puede discernir lo que siente y, a partir de eso, deducir

sus intenciones. Es como tener un superpoder, y sin embargo, Dennis sospecha que esto no es más que una inteligencia ligeramente superior al promedio.

Es lo que tenía su madre. Es lo que la hacía tan buena para entender a las personas. El pensamiento de su madre le provoca un dolor agudo en el corazón, y siente que se le cierra la garganta.

Dennis de repente ve a su madre bajo una nueva luz. No era una superhumana. Era una mujer común. No tenía razón en todo lo que hacía; de hecho, hizo muchas cosas malas. Al principio, cuando se dio cuenta de que estaba cambiando, tenía miedo de que eso significara, que el amor por su madre también cambiaría. Sin embargo, no había sido así. En absoluto. Ella era falible, no siempre fue amable, pero seguía siendo su madre, y su amor por él nunca había flaqueado, ni por un segundo. Siempre había intentado protegerlo, incluso cuando eso terminó lastimándolo.

William parece captar los pensamientos de Dennis y le lanza una mirada rápida.

—¿Estás bien?

—Sí —murmura Dennis, intentando estabilizar su voz—. Sólo... pensé en mi madre.

—Lo siento, amigo. Sé que debe ser difícil.

Dennis niega con la cabeza y mira por la ventana lateral.

—No puedo creerlo. Que simplemente se haya ido. Borrada. ¿Cómo puede ser?

William suspira.

—Ni idea.

—Simplemente no puedo... parece que no puedo entenderlo —continúa Dennis—. Sé a nivel intelectual que ha fallecido, pero... no siento que se haya ido. Es como si alguna parte emocional de mí no se hubiera adaptado al hecho aún. Quiero decir, siempre ha estado aquí. Durante todo el tiempo que puedo recordar. Supongo que simplemente no puedo... imaginar el mundo sin ella, ¿sabes?

William asiente.

—Yo también soy bastante cercano a mi madre. No tengo idea de lo que haría si la perdiera.

Dennis se muerde el labio.

—Es increíble. Cómo puede haber estas diferentes corrientes dentro de mí. Es como si estuvieran peleando entre sí. Pensarías que habría congruencia entre lo que sé y lo que siento, ¿verdad?

William guarda silencio por un momento.

—Nah, así no funciona la gente. Somos más complicados que eso.

—Extraño.

—Créeme, lo que estás pasando es perfectamente normal. Sólo tienes que darle tiempo para... ¡wow!

Dennis salta cuando William pisa el freno. Los neumáticos emiten un chillido agudo y el coche da un salto y se tambalea. En un destello, Dennis ve al desgarrado adolescente que está cruzando la carretera. El chico nunca los ve, sin embargo. El coche lo golpea antes de que pueda girar, enviándolo a volar agitando los brazos y las piernas. Aún está rodando cuando el coche intenta frenar hasta detenerse a varios metros más adelante, y Ozzy casi cae al suelo.

—Mierda —exhala William—. Ese tipo apareció de la nada...

Dennis traga grueso, tratando de obligar a su corazón a volver a su lugar desde la garganta. El adolescente ha aterrizado en medio de la carretera. Iluminado por las luces del coche, parece una muñeca desechada de la que algún niño se cansó de jugar.

—¿Estás bien? —pregunta William, volviéndose para revisar el contenedor—. El agua bendita sigue ahí. No se derramó ni una gota.

—Estoy bien —murmura Dennis, secándose el sudor de la sien. Está a punto de decir algo más cuando un movimiento capta su atención—. Oye, ¿qué es eso?

William sigue su dedo, y mira hacia la oscuridad más adelante en la carretera. Dennis puede distinguir una figura. No, dos. No, varias. Se mueven en los márgenes de los faros.

—Parece que hay más de ellos —dice William, agarrando el volante—. Mejor revisemos.

Vuelve a poner el coche en movimiento, conduciendo lentamente más cerca. Se asegura de evitar el cuerpo del adolescente. A través del parabrisas, Dennis ve que las figuras se hacen visibles a medida que los faros las revelan gradualmente. Hay muchos. Treinta, tal vez más. Bloquean casi por completo la carretera, al lado de la cual está estacionada una furgoneta.

Ozzy gruñe desde lo más profundo de su garganta.

—Vaya —dice William—. Supongo que tuvimos suerte, de no haber chocado con estos tipos en su lugar.

Dennis entrecierra los ojos para ver la furgoneta a través de la multitud de zombies que empujan y se arremolinan para llegar a ella. Pero las ventanas están todas sucias de sus manos frotándose contra el vidrio. No puede distinguir si hay pasajeros.

—Alguien debe estar vivo ahí dentro —murmura—. O los zombies ya se habrían ido.

—Probablemente se quedaron sin gasolina —añade William, mirando a Dennis—. Supongo que necesitamos hacer nuestra magia; de lo contrario, no hay forma de que pasemos por aquí.

Dennis mira las botellas y asiente.

—¿Una para cada uno?

—Sí, pero espera, traje algo... —William se da la vuelta y alcanza la parte trasera. Saca una bolsa de plástico y revela dos botellas de spray vacías—. Holger las usaba para regar sus plantas. Ahora las usaremos para curar zombies. Genial, ¿verdad?

Llenan las botellas de spray mientras Ozzy vigila de cerca a los zombies, gruñendo y gimiendo suavemente. Lanza un ladrido bajo cuando un par de ellos se separan del grupo, y se acercan a la furgoneta.

—Aquí vienen nuestros primeros clientes —dice William, bajando la ventana un par de pulgadas. Espera a que los zombies lleguen al coche, luego saca la boquilla de la botella de spray y aprieta el gatillo varias veces. El más cercano de los muertos vivientes, recibe una buena dosis de agua bendita en la cara y colapsa de inmediato. William rocía al otro, y él también cae—. Funciona como un encanto —dice William con una sonrisa—. ¿Estás listo?

—Déjame probarlo —dice Dennis, apuntando su botella de spray a la palma de su mano y apretando el gatillo. Sale una suave niebla de agua. Asiente—. Funciona.

—Genial. Nos mantendremos cerca. Dejaré mi puerta abierta para que Ozzy pueda salir, en caso de que lo necesitemos. Vamos a quedarnos donde está iluminado por los faros del coche para que ninguno de ellos nos sorprenda y dejemos que se acerquen a nosotros, no vayamos a cazarlos en la oscuridad.

—¿Cuál es el plan? Quiero decir, ¿los curamos a todos?

—Creo que tenemos que hacerlo. Debería haber suficiente agua en las botellas mientras no fallemos mucho.

Dennis siente que el miedo se apodera de su estómago, pero se arma de valor y asiente.

—Está bien. Estoy listo.

—Entonces, vamos a la fiesta —William abre su puerta y salta—. Ozzy, quédate.

El pastor alemán está a medio camino de salir por la puerta, cuando la orden lo detiene en seco. En su lugar, gime con impaciencia, como un niño al que le acaban de decir que no puede salir a jugar.

Dennis también abre su puerta y sale, notando que sus piernas tiemblan un poco. Vamos, puedes hacerlo.

Sorprendentemente, descubre que sí puede. En el pasado, sólo pensar en salir del coche, con una horda de zombies afuera, hubiera sido suficiente para que se orinara en los pantalones. Aparentemente, el nuevo Dennis no sólo es más inteligente, sino también un poco más valiente. O tal vez simplemente es mejor convenciéndose a sí mismo de hacer tonterías.

—¡Oye! —grita William, y da un silbido agudo mientras se coloca frente a la furgoneta, su figura está proyectando una larga sombra que alcanza a los zombies—. ¡Carne fresca, damas y caballeros! ¡Vengan a probar!

Un par de los muertos vivientes se giran al escuchar su voz, y comienzan a avanzar hacia ellos. Ozzy ladra desde el interior de la furgoneta. William da un paso adelante para encontrarse con los zombies, sosteniendo la botella y rociándolos directamente en la cara, tan pronto como están lo suficientemente cerca. Caen al suelo de inmediato.

Cuatro más se separan del coche y se dirigen hacia William. Él lanza una mirada hacia Dennis.

—¿Vienes conmigo?

Dennis se apresura hacia William, colocándose junto a él. Justo cuando William apunta a los nuevos que se acercan, Dennis escucha un ruido desde otro ángulo. Se gira justo a tiempo para ver a una pequeña anciana viniendo hacia él, cojeando con entusiasmo, sus manos extendidas para agarrarlo. Dennis suelta un grito y la rocía frenéticamente en la cara. Ella cae con un suspiro.

—Buen trabajo —dice William, concentrándose en rociar a los demás, derribándolos uno a uno—. Son astutos. Será mejor que lo hagamos de espaldas.

Se colocan de espaldas uno contra el otro, girando al mismo tiempo para cubrir cada uno un lado de la carretera. El alboroto, o tal vez los ladridos de Ozzy, está atrayendo a más y más zombies lejos del coche y hacia William y Dennis. La mayoría de los muertos vivientes simplemente se dirigen hacia ellos, pero otros se tambalean fuera de la carretera hacia la oscuridad, sólo para reaparecer mucho más cerca y desde ángulos engañosos.

Dennis gira la cabeza de un lado a otro, cubriendo su lado lo mejor que puede, disparando agua bendita tan pronto como alguien se acerca lo suficiente. En minutos, se forma un montón de cuerpos a su alrededor. Eso proporciona una modesta ayuda, ya que los zombies tienen dificultades para pisar por encima. Pero no facilita el hecho de acertar en los objetivos porque la mayoría de ellos tropiezan y, en cambio, intentan trepar sobre sus compañeros caídos, obligando a William y Dennis a disparar bajo. Al mismo tiempo, la tasa de zombies aumenta, apareciendo uno nuevo cada segundo.

—Mierda, ¿cuántos hay? —gruñe William, y Dennis puede notar que está ligeramente sin aliento—. ¿Estamos atrayendo a todos los malditos zombies del condado o qué?

—No lo sé —dice Dennis, revisando rápidamente su botella—. Pero ya casi está vacía.

—La mía también. Será mejor que pidamos refuerzos. ¡Ozzy, ataca!

Una serie de ladridos agudos mientras el perro sale disparado de la furgoneta y se lanza hacia el zombie más cercano.

Dennis parpadea para quitarse el sudor de los ojos y se concentra en apuntar y disparar. Su dedo comienza a acalambrarse por la presión constante en el gatillo. Dispara a una joven que está escalando el creciente montón de cuerpos, y ella se lanza hacia adelante justo cuando el agua la golpea, rodando sobre las piernas de Dennis, lo que hace que tropiece.

—¡Cuidado! —exclama William—. ¿Qué estás haciendo allá atrás?

—¡Hay demasiados! ¡Se están acercando demasiado! ¡Necesitamos volver a la furgoneta!

—Ya es demasiado tarde para eso —responde William—. Estamos acorralados. ¡Sólo sigue disparando, lo lograremos!

Dennis no puede evitar mirar hacia la furgoneta, y se da cuenta de que William tiene razón; sin que Dennis lo notara, se han alejado más de la furgoneta para evitar quedar atrapados contra ella. Esto a su vez ha resultado en que estén abiertos desde todos los lados, y los zombies siguen llegando rápido.

—¡Tenemos que movernos! —grita William—. ¡Sigue mi ejemplo!

—¡No puedo... no puedo disparar lo suficientemente rápido! —croa Dennis, luchando por mantener el equilibrio, mientras William se mueve de lado. Casi tropieza al pisar el brazo de uno de los zombies caídos.

—¡Cambia a niebla! —grita William.

—¿Qué?

—¡Gira la boquilla!

Dennis mira la punta de la botella de spray, dándose cuenta de que se puede girar. La gira y comienza a disparar de nuevo—y justo a tiempo, porque tres zombies se abalanzan sobre él al mismo tiempo. En lugar de un chorro delgado y duro de agua, la botella ahora produce una nube de niebla, y eso le permite cubrir un campo mucho más amplio con una sola presión.

Desde detrás de él, puede escuchar a William disparar repetidamente.

—¡Llena el aire! ¡Dispara, hombre, dispara!

Dennis aprieta el gatillo una y otra vez, girando en un semicírculo, rociando agua bendita como loco. Crea una especie de muro de niebla entre él y los zombies, y tan pronto como los muertos vivos entran en él, caen, lo que significa que no tiene que apuntar a cada uno directamente.

Funciona. Mientras Dennis siga lanzando niebla, los zombies no pueden acercarse. Y en otro minuto más, el asalto finalmente se detiene.

—Creo que lo logramos —jadea William desde atrás—. Parece que sólo quedan unos pocos.

Dennis sigue rociando hasta que ya no hay más zombies acercándose a él. Cambia la botella a su otra mano; su mano derecha apenas puede abrir los dedos debido al agarre tenso.

William se separa, sus espaldas sudorosas finalmente pierden contacto.

—Santo cielo... había más de los que pensé.

William no está exagerando; Dennis no puede contar la cantidad de cuerpos, pero debe haber al menos un centenar. La carretera parece un verdadero campo de batalla. Levanta su botella de spray para ver que le queda menos de media pulgada de agua.

—Pero lo logramos —continúa William, soltando una risa cansada—. Mira a todos estos pobres desgraciados que curamos. En cuestión de minutos, unos pocos afortunados volverán a la vida. Qué lástima que no podamos quedarnos para recibirlos. Vamos, ayúdame a moverlos.

Dennis simplemente mira a William mientras coloca la botella en su cinturón y agarra el cuerpo más cercano, arrastrándolo al lado de la carretera.

Un movimiento más allá capta la atención de Dennis y, por instinto, levanta la botella de spray como si fuera una pistola.

—¡William! ¡Mira!

Dennis se da cuenta de que no es otro zombie. Es la puerta trasera de la furgoneta, que se abre.

—Mierda, me olvidé de ellos —dice William, enderezándose—. Oigan, ¿les importaría echarnos una mano aquí? Necesitamos ponernos en marcha lo antes posible.

Ozzy ha notado el alboroto y se dirige hacia él, erizado y gruñendo.

—Ozzy, deja eso —ordena William.

El perro se detiene a medio camino, pero sigue gruñendo.

Dennis se esfuerza por ver la furgoneta. Hay un zumbido, como de un motor eléctrico de algún tipo. Por razones desconocidas, el sonido pone a Dennis muy tenso. Lo ha escuchado antes, recientemente.

Una figura sale de la furgoneta. Es una silla de ruedas motorizada con un anciano sentado en ella. Se vuelve hacia ellos, levantando una mano, protegiendo sus ojos de los faros.

—Oh, mierda —exhala William, mirando a Dennis—. Creo que conocemos a ese tipo...

CATORCE

Dan mira a su alrededor a los demás. —¿Alguno de ustedes sabe exactamente lo que van a hacer?

El anciano señala. —Bueno, primero, van a abrir esa cerca.

Dan sigue su mirada y ve a los hombres subiendo por una escalera hacia los asientos de los espectadores sobre el túnel. Desde allí, comienzan a trabajar en un sistema donde tiran de algo que hace que la cerca se eleve lentamente desde el suelo.

Tan pronto como pueden, los zombies se cuelan por debajo y entran al estadio. Los muertos se dirigen directamente hacia el centro y la jaula.

—Lo están haciendo allá también —dice una joven.

Dan se vuelve para ver el otro túnel, donde también han levantado la cerca, y los zombies están entrando en masa.

—Somos carnada —dice el anciano, sacudiendo la cabeza—. Dios mío, ¿qué le ha pasado al mundo?

Dan ya se había dado cuenta de esa parte. Es obvio que los hombres están tratando de exterminar a la mayor cantidad de zombies posible y que esta no es la primera ronda que hacen.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunta Dan, mirando al anciano.

Él suspira. —Llegué diez minutos antes que tú. Me trajeron aquí junto con ellos. —Señala a la madre y su hijo. El niño está llorando al ver a los zombies acercarse desde cada lado, tropezando con los cuerpos quemados, y la mujer lo sostiene con fuerza, susurrando palabras reconfortantes en su oído.

—¿Y los demás? —pregunta Dan, mirando a los otros.

Algunos de ellos sólo están mirando fijamente al frente, otros caminan de un lado a otro. Un hombre responde: —Yo fui el primero que trajeron aquí. Fue hace media hora.

—¿La jaula estaba vacía cuando llegaste?

El hombre asiente.

Dan se muerde el labio. —Así que ninguno de ustedes estaba aquí cuando quemaron a los zombies.

—No creo que nadie que estuviera aquí en ese momento haya sobrevivido —dice el anciano con gravedad—. Todo el maldito estadio estaba en llamas. Nadie pudo haber sobrevivido a eso.

Dan está a punto de hacer otra pregunta cuando los primeros zombies llegan a la jaula y chocan contra ella. Extienden sus brazos a través de los barrotes, y las personas dentro de la jaula se agrupan hacia el centro, acercándose más.

El niño comienza a gritar, y la madre hace todo lo posible por calmarlo.

Dan intercambia una mirada con Liv, que ha estado aún más distraída desde que llegaron aquí, y ella se enteró de que el tipo barbudo mató a su hermana.

—Esto no pinta bien —murmura.

Ella se acerca a él, bajando la voz: —Tú y yo somos inmunes. Si podemos salir de aquí, podemos abrirnos paso entre la multitud y escapar.

—Correríamos el riesgo de que nos arañen —dice Dan—. Aunque no quieran comernos, tendríamos que abrirnos paso a empujones.

Sólo los zombies más rápidos han llegado a la jaula, y ya está rodeada por todos lados, los muertos empujando y forcejeando para llegar al frente, como adolescentes en un concierto de rock. Y más siguen entrando constantemente desde ambos extremos. A este ritmo, el estadio estará lleno antes del anochecer.

—Estamos atrayendo a todos desde kilómetros a la redonda —murmura el anciano para sí mismo—. Porque somos muchos en un solo lugar. Pueden sentirlo.

Dan se vuelve hacia el primer hombre. —Entonces, ¿el fuego ya se había apagado cuando llegaste?

—Sí, claro. Quiero decir, todavía salía algo de humo.

—Eso no tiene sentido —dice el anciano—. Un fuego de esa magnitud no puede simplemente apagarse así; habría arrasado con todo el estadio y la mitad de la ciudad también.

—Entonces, ¿qué crees que pasó? —pregunta Dan.

—Creo que lo apagaron. Una vez que todos los muertos estaban... bueno, realmente muertos. Y no es la primera vez que lo hacen. Vimos el humo del fuego ayer también, mi esposa y yo. Ella... —El anciano se detiene y en su lugar sacude la cabeza—. Dios mío, ¿en qué nos hemos convertido?

—Así que están quemando zombies sistemáticamente —dice Liv, ofreciendo de repente su opinión—. Y no les importa que cada vez que lo hacen, también maten a la carnada.

La madre cubre las orejas de su hijo con las manos, lanzando a Liv una mirada fulminante. —
¡No digas eso!

—Es la verdad —dice Liv con gravedad—. Una vez que el estadio esté lleno, volverán a prender fuego a todo el maldito lugar, y estaremos fritos. Solo mira... —Se arrodilla y recoge un trozo de cuerda. Está negra y quemada en un extremo—. Esto es un cordón de zapato. Apuesto a que sacaron los cuerpos de la jaula antes de meternos aquí para que no viéramos...

—¡Deja de decir eso! —exige la madre.

Dan se esfuerza por pensar con claridad. No es fácil, ya que su cerebro lleva varios días sin dormir bien, y por el ruido de los zombies trepando por todos lados.

Todavía hay algunas preguntas, como cómo, si los hombres realmente han hecho esto varias veces ya, y cómo apagaron el fuego tan rápidamente, pero ahora entiende la situación. Y comprende lo grave que es.

Si tan sólo pudiera llamar a William...

QUINCE

William corre hacia el coche y agarra la pistola del tablero.

Vuelve corriendo hacia Dennis, se detiene y apunta al anciano en la silla de ruedas mientras se acerca rodando.

—Gracias... —grita, con voz débil.

—No lo menciones —responde William—. Agradécenos quedándote justo ahí, ¿qué te parece?

El anciano no presta atención a la advertencia, simplemente sigue rodando hacia ellos, entrecerrando los ojos contra las luces del coche. William puede ver que está desarmado. Se ve desgastado, cansado y hambriento.

—Estoy agradecido de que hayan llegado —dice el hombre, deteniendo finalmente su silla de ruedas en medio de la carretera—. Estaba seguro de que mis días estaban contados. Bueno, todavía lo están, pero al menos no tienen que terminar con que me coman vivo. No tendrán un cigarrillo, ¿verdad?

William mira a Dennis, que no se mueve ni dice nada. —Sé que tienes una pistola —le dice al anciano.

—La tengo, pero me quedé sin balas hace horas —dice el anciano, tosiendo—. Mi sobrino gastó las últimas intentando abrirse paso a tiros del lío en el que nos metió. Desafortunadamente, los muertos seguían llegando, y finalmente, lo atraparon.

William no baja el arma. Está seguro de que el tipo los está engañando. Después de todo, disparó a Birgit a sangre fría hace sólo unas horas.

—¿Por qué saliste de la casa? —pregunta el hombre—. Si no te importa que lo pregunte. Me parecía el lugar ideal para estar ahora.

—Tenemos que intentar detener esto —se oye decir William—. Nos dirigimos hacia la costa. Es una larga historia. Y tenemos prisa, así que tendrás que disculparnos.

—Por supuesto —dice el anciano, levantando las manos—. No dejen que los retrase.

—¿Dennis? —pregunta William—. ¿Cómo estás?

Dennis parpadea, y gira la cabeza para mirar a William. Está pálido, pero sus ojos están sorprendentemente calmados. —Estoy bien.

—¿Qué quieres hacer aquí? —William baja la voz, pero sospecha que el anciano aún puede escucharlo, ya que la noche está inquietantemente tranquila.

—Quiero seguir adelante —dice Dennis.

—Entonces no sientes... deseos de vengarte de este tipo.

Dennis frunce el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Me refiero a...

—Está hablando de volarme los sesos, hijo.

Ambos miran al anciano. Él les muestra una sonrisa desagradable.

—No vamos a matarte —dice Dennis con sencillez.

—¿No lo haremos? —pregunta William.

Dennis sacude la cabeza. —¿Para qué lo haríamos?

—Bueno... mató a tu madre.

—Lo sé. ¿Matarlo la traerá de vuelta?

—No, pero... podría hacerte sentir mejor.

Dennis parece como si acabara de probar algo amargo. —Estoy bastante seguro de que me haría sentir peor.

—No tiene las agallas —interviene el anciano, sonriendo—. Honestamente, hijo, pensé que te parecerías más a tu madre.

Dennis niega con la cabeza lentamente. —No soy como ella. Y tampoco soy como tú.

William se acerca a Dennis y le dice al oído: —Escucha, este tipo es una basura. Es un sociópata. Se merece recibir una bala en la cabeza, no sólo por lo que le hizo a tu madre.

Dennis lo mira, frunciendo el ceño. —Esta es mi segunda oportunidad en la vida, William. No voy a desperdiciarla haciendo las cosas a la antigua.

William lo mira por un momento. Luego sonrío.

—Está bien, entiendo. Nada de luchar fuego con fuego. —Se vuelve hacia el anciano—. Eres libre de irte. Tenemos un jurado dividido aquí.

El anciano mira de Dennis a William y de nuevo a Dennis. Luego muestra sus dientes amarillos en una mueca despectiva.

—Los jóvenes de hoy en día. No tienen agallas. No pueden hacer lo que es necesario. Son patéticos. ¿Cómo piensan sobrevivir en el mundo? —Su tono va subiendo, hasta alcanzar un tono agudo y entrecortado—. Personas como mis hijos habrían tenido muchas más posibilidades. Ellos sí tenían las agallas y las habilidades. Ellos no habrían...

—Sí, bueno, qué lástima que tus hijos estén muertos, ¿eh? —lo interrumpe William—. Ahora, desaparece de una vez, viejo.

El hombre deja de hablar abruptamente. Mira a William, sus ojos oscuros y llenos de furia.

—Debí haberlos matado a todos cuando tuve la oportunidad.

—Pudiste, debiste, habrías —dice William, apuntándole con la pistola—. Muévete.

El anciano los observa un momento más, luego su silla de ruedas comienza a avanzar. Maniobra entre los cuerpos muertos, abriéndose paso hacia ellos. Pasa junto a William, lanzándole una mirada sombría. Luego sigue adelante, pasando también junto a Dennis.

William guarda la pistola en su cinturón y está a punto de agacharse para arrastrar a un cadáver a un lado cuando, por el rabillo del ojo, ve que la silla de ruedas se detiene justo detrás de Dennis y el anciano se inclina entre sus piernas en busca de algo.

—¡Dennis!

Dennis se da cuenta del peligro en el último segundo posible, saltando fuera del alcance de la silla de ruedas mientras el hombre se inclina y da un golpe con un cuchillo. Dennis tropieza y cae, y el anciano gira rápidamente la silla, apuntando claramente a Dennis con el cuchillo.

William grita y se apresura a sacar la pistola, pero es demasiado tarde; el anciano se inclina y trata de apuñalar a Dennis.

El cuchillo habría perforado el vientre de Dennis, si Ozzy no hubiera aparecido de la nada, para derribar al anciano de la silla de ruedas. El hombre suelta un grito de sorpresa mientras cae, aterrizando bajo Ozzy, quien le muerde el hombro y lo desgarrá con ferocidad.

William oye el cuchillo caer al concreto.

—¡Ozzy! ¡Suelta!

Ozzy suelta al hombre con cierta renuencia y retrocede, gruñendo ferozmente.

William corre hacia Dennis. —¿Estás bien?

Dennis se sienta y se toca el pecho y el estómago. —Yo... creo que sí... No me alcanzó.

William rodea la silla de ruedas para mirar al hombre, que gime y se aferra a la herida de mordedura en su hombro. Mira a William con los ojos desorbitados.

—Acáballo...

William niega con la cabeza. —No voy a matarte. Puedes usar ese cuchillo en ti mismo si lo sientes necesario.

El anciano entrecierra los ojos y sisea entre dientes: —Pedazo de mierda.

—Ozzy —dice William, volviendo a guardar la pistola en su cinturón—. Vigílalo, ¿quieres? Si hace algo raro, muérdele el otro hombro.

Ozzy se acerca más al anciano y gruñe desde lo más profundo de su garganta.

William se vuelve para mirar a Dennis. Intercambian un asentimiento silencioso, luego comienzan a arrastrar los cuerpos muertos a un lado, despejando el camino para que puedan seguir adelante.

DIECISÉIS

John devora su sándwich con gusto.

Es su favorito: camarones, huevos duros y mayonesa. El pan está un poco seco, los tomates un poco blandos, pero aparte de eso, sabe maravilloso. Sabe como si el mundo no se hubiera ido al carajo. Lo disfruta aún más, porque sabe que será el último sándwich de camarones y huevo que comerá en mucho tiempo, tal vez para siempre.

—No puedo creer que nadie pensara en revisar el refrigerador —dice Stefan con la boca llena de su propio sándwich—; roast beef y rémoulade, tampoco es una mala elección.

Tienen el salón VIP para ellos solos; Simon y Jack están vigilando los túneles hasta que sea su turno para comer. El botín del supermercado cubre el escritorio frente a ellos: sándwiches envueltos, yogures, barras de chocolate, latas de cerveza, bebidas energéticas, incluso un cartón de leche que, según la fecha, todavía debería estar bien.

—La gente tiene demasiado miedo para salir —dice John, limpiándose la boca con una servilleta—. Se amontonan en sus casas, esperando que sus provisiones duren hasta que esto pase.

Stefan le lanza una mirada curiosa mientras mastica.

—¿Pasará?

—Por supuesto que no —dice John con amargura, abriendo una lata de cerveza—. Sólo empeorará a medida que más personas se conviertan en esos malditos muertos. Pero los idiotas comunes no saben eso. Creen que su gobierno los salvará. —Toma un sorbo y luego resopla—. ¿Qué gobierno? Todos huyeron como perros, en cuanto la situación se calentó un poco. Ahora están escondidos en algún búnker con los otros jefes de estado, dejando al resto de nosotros encargarnos del asunto. Malditos canallas.

John se da cuenta de que se está alterando, y conscientemente se obliga a detenerse. Se concentra de nuevo en el sándwich, tomando otro gran bocado y saboreándolo.

Stefan, sabiamente, no sigue con el tema, y ambos comen en silencio durante un rato.

John no puede evitar pensar en lo que harán una vez que los supermercados y las tiendas de comestibles se queden sin cosas para comer. El agua no será un problema por ahora; pueden obtenerla fácilmente de la bahía y hervirla. Pero la comida será un asunto diferente. Jack trabajó en una granja fuera de la ciudad, y dijo que el ganado seguía vivo cuando se fue. Quizás tengan que volver allí, y empezar a administrar el lugar, cultivar cosechas y criar animales.

John odia la idea. Odia el olor de la mierda de vaca. Pero es un hombre pragmático, y hará lo que sea necesario para sobrevivir.

Primero, sin embargo, necesitan limpiar tanto como puedan por aquí. A John le gusta el trabajo. Es duro, sucio y huele incluso peor que la mierda de vaca. Pero la satisfacción de ver a esos malditos muertos arder es todo lo que necesita para seguir adelante.

Le hubiera gustado volar los sesos de cada maldito no-muerto en la ciudad personalmente, pero no tiene suficientes balas, y tomaría demasiado tiempo. De esta manera, han logrado poner las cosas en un sistema que funciona, casi tan eficientemente como los campos de concentración en la Alemania nazi. La principal diferencia es que los alemanes mataban a personas inocentes. John y sus hombres están acabando con monstruos sin alma, que ya deberían estar muertos.

Stefan se levanta del escritorio, llevando su sándwich, y se dirige a la ventana que da al campo.

—Mira eso —dice—. Están viniendo aún más rápido esta vez.

—Te dije que lo harían —responde John—. Tenemos más carnada esta vez.

Stefan toma un bocado y mastica pensativamente.

—Hablando de eso —dice—, ¿crees que haya algo de cierto en lo que decía el tipo rubio? Esa cura que decían haber encontrado.

—Por supuesto que no, imbécil —le dice John—. Sólo estaba hablando para ganar tiempo.

Stefan se vuelve hacia la pila de chaquetas, teléfonos, bolsas y otras pertenencias que han despojado de la carnada. También hay una maleta, un par de cascos e incluso un bate de béisbol. Algunos de ellos estaban mejor preparados que otros. Todos se rindieron sin mucha lucha sin embargo, tan pronto como se vieron rodeados por hombres con rifles. Todos menos la chica en la furgoneta.

—No sé —murmura Stefan—. Creo que valdría la pena investigar, ¿no crees?

John se burla.

—Adelante.

Stefan va a buscar la mochila y la abre. Saca una botella de agua. En ella está escrito con marcador negro: AGUA BENDITA.

John no puede evitar reírse.

—Realmente creían en su propia historia. Están aún más delirantes de lo que pensaba. Deben haber colapsado bajo la presión de intentar sobrevivir.

Stefan lo mira sin sonreír.

—¿Y si funciona? ¿No deberíamos al menos intentarlo?

—¿Intentar qué? —se burla John—. ¿Echar agua del grifo a esos malditos muertos? ¿También te has vuelto loco?

—No, pero... pensé que no haría daño intentarlo. Quiero decir, ya hay un par de cientos de ellos ahí abajo. Podría lanzar un poco desde la tribuna.

—Deja de ser tan jodidamente ingenuo —gruñe John, dando un gran trago a la cerveza—. No tenemos tiempo para perder en ese tipo de tonterías.

—Pero, ¿y si...?

—¡Basta! —ruge John, golpeando la lata de cerveza contra la mesa, haciendo que la espuma salga a borbotones por la abertura—. ¡Basta de estas tonterías de cuentos de hadas! ¡No hay cura! ¡No hay vacuna! ¡Tampoco vendrá el ejército! En resumen: no hay esperanza. Sólo muerte y caos. ¿No lo entiendes? Todo se ha ido al carajo. Y nosotros somos los que vamos a limpiarlo. Al menos, tanto como podamos, antes de morir y convertirnos también en mierda. ¿Entendido?

Mira con furia a Stefan al otro lado de la habitación, preguntándose internamente de dónde viene esta ira feroz. El estrafalario adolescente lo mira, con sus labios pálidos temblando.

—Sólo... pensé...

—¿Pensaste qué? ¿Que algún milagro vendría y salvaría el día? Pues no va a suceder. Y más te vale empezar a concentrarte en lo que es real. Esos monstruos ahí abajo... —John señala la ventana—. Son reales. Y la única manera de deshacerse de ellos es volándoles los sesos o freírlos.

Stefan se encoge de hombros.

—Está bien, John. Lo siento.

—No te disculpes, maldita sea —gruñe, terminando su cerveza—. Sólo haz lo que se te dice.

Stefan asiente, volviéndose, con el rostro encendido.

—Y no empieces a llorar, o te arrojaré a esa maldita jaula, marica de mierda.

Stefan se sobresalta un poco, pero no responde ni se da la vuelta.

John toma una barra de Mars y la muerde.

¿Cómo diablos pudo un chico como Stefan haber llegado tan lejos? Cuando John lo encontró hace tres días, estaba acurrucado en un cobertizo rodeado de zombies. Iban a lanzarlo a la jaula, pero en cuanto Stefan se dio cuenta de lo que estaba pasando, les dijo que sabía dónde se escondía una familia de cuatro, y que podía llevarlos directamente a ellos. Si sólo le perdonaban la vida.

Así que lo hicieron. Y consiguieron a la familia.

No era justo, maldita sea. Un chico llorón y cobarde como Stefan debería haber sido de los primeros en ser devorados vivos cuando esto comenzó. Y sin embargo, había encontrado la manera de escabullirse. Mientras que al mismo tiempo, chicos mucho mejores habían perecido.

Como Andreas.

El pensamiento de su hijo envía una punzada de dolor a través del corazón de John con una fuerza que casi lo dobla.

Andreas tenía sólo catorce años, un año menos que Stefan. Y, sin embargo, era mucho más fuerte e inteligente. Habría sido el tipo perfecto para este trabajo. Si hubiera estado aquí, John tal vez incluso habría tenido un propósito en su vida. Habría sentido que había algo por lo que luchar. La próxima generación. Jóvenes con las habilidades para sobrevivir. No debiluchos como el que tiene delante.

De repente, John entiende de dónde viene su ira.

«No pude protegerlo. Ya era demasiado tarde».

El pensamiento es cierto, pero no aligera la carga. No había manera de que John pudiera llegar a Andreas a tiempo. John estaba a trescientos kilómetros de distancia cuando todo se desató. Andreas lo llamó y le explicó lo que estaba pasando. Él y sus compañeros de clase estaban siendo llevados al puerto. Los iban a enviar a Inglaterra para estar a salvo.

John había confiado ingenuamente en que el gobierno llevaría a cabo una tarea tan simple. Llevar a un grupo de estudiantes universitarios en un autobús, y conducirlos sesenta kilómetros, luego embarcarlos en un ferry y cruzar el mar.

El autobús nunca llegó al puerto.

John escuchó la noticia por la radio, cuando aún se transmitían noticias.

Al principio, estaba convencido de que Andreas había logrado salir de allí. Por supuesto que sí. Era un chico fuerte. Unos cuantos malditos no-muertos no podrían derribarlo.

Cuando sacó su teléfono para llamar a su hijo, vio la llamada perdida que había llegado apenas cuarenta y cinco minutos antes. Andreas había dejado un mensaje. John lo escuchó, esperando oír a su hijo diciéndole que estaba bien y pidiéndole que lo encontrara.

En su lugar, Andreas estaba llorando. Sollozando, en realidad. Era tan poco característico de Andreas, que John pensó que era otra persona al principio. Luego, cuando empezó a hablar, John reconoció la voz de su hijo. Las palabras se habían grabado en su memoria.

—Lo siento, papá... Lo siento tanto... No pude... Lo intenté... me atraparon... Estoy sangrando... No lo lograré... Lo siento...

Luego se escuchó un alboroto en el fondo, Andreas gritó, alguien gruñó cerca, y el mensaje se cortó.

John se había quedado allí, detrás del volante de su coche, mirando su teléfono durante una hora.

Parpadea y vuelve al presente.

Stefan se ha girado para mirarlo. El chico ha logrado controlar un poco sus emociones, aunque sus ojos están un poco rojos.

—Supongo que... debería volver al trabajo —dice Stefan.

John le asiente una vez.

Stefan se dirige a la puerta.

—Ya estamos todos muertos —dice John en voz alta—. Sólo que no lo sabemos todavía.

Siente que Stefan duda. El chico se queda allí durante unos segundos, esperando que John diga algo más. Luego se va de la oficina sin decir una palabra.

Una lágrima se desliza por la mejilla de John, y la limpia ferozmente. Aprieta los dientes con tanta fuerza que hace ruido.

—Te veré pronto, Andreas. Pero primero, voy a matar a tantos de esos malditos no-muertos como pueda.

John se pone de pie y se dirige al micrófono.

DIECISIETE

Llegan a la bahía en cuestión de minutos. Es hermosa bajo el sol poniente, pero ninguno de los dos tiene tiempo para notarlo realmente.

William conduce hasta el agua, cruzando el campo cubierto de hierba y deteniéndose cuando llegan a la arena.

Deja el motor en marcha, respira hondo y mira a Dennis.

—¿Estás listo?

Dennis asiente.

Ambos salen del coche, y Ozzy salta también. William abre el maletero y juntos levantan el contenedor con el agua bendita. Es pesado y se esfuerzan por llevarlo hasta el agua.

Lo dejan justo donde las pequeñas olas tocan la arena. William empieza a quitar la cinta adhesiva.

Ozzy ladra. William mira para ver al perro parado allí, mirando hacia la oscuridad.

—Debe haber detectado algo —dice William, entregándole la pistola a Dennis—. Vigila, ¿de acuerdo? Yo me encargo de esto.

Dennis toma la pistola sin decir una palabra y se une a Ozzy.

William siente que le tiemblan las manos mientras despega la cinta. No puede evitar pensar en el anciano. La forma en que lo dejaron allí. Tarde o temprano iba a llamar la atención de los no-muertos. Tal vez ya lo había hecho.

Al menos tenía el cuchillo. Podría cortarse la muñeca.

Antes de irse, después de haber despejado la carretera, algunos de los muertos comenzaron a volver a la vida. William y Dennis acordaron que no tenían tiempo para quedarse y explicarles la situación. Debe ser aterrador y confuso para ellos despertarse así, en medio de la nada, rodeados

de cadáveres, con sólo un vago recuerdo de lo que ha pasado, pero tendrían que descubrirlo por sí mismos; Dennis y William tenían cosas más importantes que hacer. Así que se fueron.

Justo cuando logra quitar la tapa, Dennis grita:

—Se acerca un grupo.

—Estoy en ello ahora —dice William.

Toma el borde del contenedor y lo inclina hacia el agua. El agua bendita se derrama y se mezcla con el agua de la bahía. William esperaba algún tipo de reacción, pero no sucede nada.

Mira la bahía, sintiéndose ansioso. ¿Y si no funcionó? ¿Y si todo esto fue en vano?

Si es así, entonces sólo queda un resultado. Y no sirve de nada pensar en eso. Lo único que pueden hacer ahora es probarlo y rezar.

William corre hacia el coche.

—Se están acercando —dice Dennis, señalando.

—Sube al coche. Nos vamos. ¡Ozzy, aquí!

Todos saltan al coche, cerrando las puertas de golpe. William gira la llave y el motor ruge. Acelera para salir de allí y volver a la carretera, pasando por el grupo de zombies.

—¿Qué tan lejos vamos? —pregunta Dennis, mirando hacia atrás.

—Casi un kilómetro debería ser suficiente —responde William.

Conducen durante dos minutos en silencio. Luego William se detiene de nuevo y alcanza la botella vacía en el asiento trasero.

—De acuerdo, lo haré —dice—. Es el momento de la verdad.

—Será mejor que te apures —dice Dennis, señalando afuera—. Hay otro grupo acercándose.

—Perfecto —dice William, abriendo la puerta—. Serán nuestros sujetos de prueba.

Corre hacia la bahía, se agacha y llena la botella. Mira el agua a través del plástico transparente.

Esto es todo. Más vale que funcione.

Ozzy ladra detrás de él.

William se vuelve para ver a Dennis y a Ozzy parados allí. Las figuras se materializan en la oscuridad mientras un grupo de ocho o diez zombies se acercan.

—¡William! —grita Dennis.

—Voy, voy —responde William, corriendo de regreso al coche. Los zombies los han alcanzado y Dennis retrocede. Ozzy también, aunque parece que quiere lanzarse al ataque.

—Aquí vamos —dice William en voz alta, sintiendo que su corazón late con fuerza en su pecho—. Todo o nada.

Da un paso hacia el zombie más cercano, una mujer delgada un poco mayor que él que parecía estar embarazada cuando murió, y el tiempo parece detenerse.

William tiene tiempo de pensar una serie muy clara de pensamientos.

Si esto funciona, hará la llamada al Sargento Everton, diciéndole que siga adelante.

Si no, entonces la guerra nuclear sucederá y arrasará con el mundo moderno.

Y todo se reduce al agua dentro de esta botella de Coca-Cola usada.

Lanza el agua hacia el zombie.

DIECIOCHO

Stefan mira por encima del hombro mientras camina rápidamente por el pasillo.

Nadie lo está siguiendo.

Si John lo hubiera visto tomar la bolsa, sin duda ya habría venido por él.

Aun así, el pulso de Stefan sigue alto mientras llega a la escalera y comienza a descender los escalones de dos en dos. Si alguno de los hombres de John lo ve con la bolsa, podrían encontrarlo sospechoso y alertar a John. Así que necesita mantenerlo en secreto, al menos por ahora.

El estadio es un edificio grande con muchas habitaciones, pasillos y escaleras. Stefan ha tenido suficiente tiempo durante estos últimos días para explorar parte de él, especialmente en esos periodos donde no hay nada más que hacer que esperar a que el campo se llene de zombies.

Sabe que los vestuarios no son seguros; allí es donde guardan la munición y otros equipos. Así que, en su lugar, se dirige a los baños de mujeres en el ala este; ninguno de los hombres tiene motivos para aventurarse en esa parte del edificio.

Stefan cierra el cubículo con llave, y se desploma sobre el asiento, tomando varias respiraciones profundas y tratando de calmarse. Luego abre la cremallera de la bolsa y revisa el contenido. Hay algo de ropa de repuesto, algo de comida, el teléfono y la pistola de agua que confiscaron del chico. También hay tres botellas de agua.

Stefan las saca y las estudia. Dos de ellas tienen el texto AGUA BENDITA escrito.

¿Qué fue lo que dijo el chico? ¿Algo sobre cómo solo necesitabas rociar un poco de agua sobre un zombie, y se curaría?

Esto suena demasiado bueno para ser verdad, por supuesto. Parte de Stefan sospecha que John tiene razón, en que esto es sólo un truco del chico para intentar salir de la situación en la que se

ha metido. Stefan puede simpatizar con esto; después de todo, él había hecho lo mismo. Pero otra parte de él siente curiosidad. Esa parte sigue preguntándole: «¿Y si...?».

El hecho de encontrar la botella como el chico dijo que lo harían si revisaban la bolsa hace que las esperanzas de Stefan aumenten un poco. Después de todo, ¿por qué el tipo andaría con una botella marcada como "agua bendita" y una pistola de agua si él mismo no creyera al menos que funcionaba? Si no funcionara, eso significaría que el tipo estaba delirante, y Stefan no cree que ese sea el caso. Había estudiado los ojos del tipo con atención, y aunque se veía exhausto, no había ninguna locura que Stefan pudiera detectar.

Destapa la botella y huele el agua. No tiene ningún olor particular. Nada que indique que esto es algo más que agua del grifo.

Sólo hay una manera de averiguarlo...

Stefan revisa la pistola de agua y encuentra el tanque lleno. Solo puede asumir que es agua bendita. Así que, lleva la pistola con él mientras se levanta, dejando la bolsa junto al inodoro. No quiere que lo vean llevando la pistola de agua, así que la coloca discretamente bajo su brazo, sintiéndose estúpido mientras se desliza por el pasillo.

Llega a la salida de emergencia en el extremo este del edificio, y se detiene a escuchar. No puede oír nada del otro lado, y no hay ventanas para verificar. Sabe que los zombies son atraídos hacia el estadio, por lo que sería arriesgado abrir la puerta. Pero puede abrirla unos centímetros para comprobar. Luego, si hay demasiados ahí fuera, encontrará otro lugar para probar el agua.

Revisa una última vez que está solo, luego gira la manilla.

Normalmente, la sirena de incendio sobre la puerta habría comenzado a sonar, pero John ya desactivó todas las alarmas alrededor del estadio, ya que sonarían constantemente cada vez que quemaran a los zombies.

Así que, sólo hay silencio mientras Stefan asoma la cabeza al estacionamiento y a la calle detrás de él. No hay zombies a la vista. Está a punto de empujar la puerta un poco más, cuando una mano la agarra y tira con fuerza.

Stefan suelta un grito y momentáneamente pierde el control de la manilla antes de agarrarla de nuevo e intentar cerrar la puerta. Pero la mano tira hacia el otro lado, y el rostro muerto de una mujer alta aparece frente a él, gruñendo.

Stefan casi logra cerrar la puerta cuando la mujer mete su otro brazo para intentar agarrarlo, y no tiene más remedio que soltar la manilla y retroceder.

La mujer inmediatamente aparta la puerta y atraviesa la abertura. Estira ambos brazos mientras avanza tambaleándose hacia él.

Stefan retrocede, mirando a la mujer muerta y a la puerta abierta detrás de ella. No hay manera de que pueda rodear a la mujer y cerrar la puerta, lo que está invitando a cualquiera a entrar. Necesita correr en busca de ayuda, necesita alertar a los demás para que vengan y disparen a la mujer. Pero tomará al menos unos minutos, y para entonces, el pasillo estará lleno de zombies, y se habrán dispersado por todo el edificio.

Todo esto se le hace claro a Stefan en un instante, mientras retrocede de la mujer.

La cagué... La cagué tanto... John me matará...

Está a punto de girar sobre sus talones y correr cuando recuerda la pistola de agua que aún tiene en la mano. Apunta y dispara, sin esperar realmente que suceda nada. El delgado chorro de agua golpea el cuello y la clavícula de la mujer. Inmediatamente, se desploma en el suelo, como un robot al que le cortan la energía. Se queda completamente quieta, con los ojos cerrados.

Stefan la mira fijamente durante varios segundos.

—Oh, mierda... ¡funcionó!

No tiene mucho tiempo para asimilarlo, porque otra figura atraviesa la puerta abierta: un anciano con un traje con una manga arrancada, su brazo roído hasta el hueso.

Stefan le dispara con el agua, y él también cae inerte al suelo.

Una amplia sonrisa se extiende por el rostro de Stefan.

—¡Santo cielo... esto es increíble!

Pasa por encima de la mujer y del anciano también. Asoma la cabeza por la puerta y ve a un grupo de cuatro zombies cruzando el estacionamiento, atraídos hacia él.

Stefan sale para encontrarlos. Dispara tan pronto como están al alcance de la pistola de agua, derribándolos uno por uno. Se ríe estridentemente cuando los cuatro han caído.

No puede creerlo, pero el chico tenía razón; realmente hicieron una cura. Necesita llevar esto a John. Necesita mostrárselo...

Un fuerte golpe se escucha detrás de él. Stefan se da la vuelta. La puerta está cerrada. Una ráfaga de viento debe haberla cerrado. No hay manilla en el exterior.

—No, no, no... —examina la puerta frenéticamente, pero no hay forma de abrirla desde este lado—. ¡Mierda!

Se da la vuelta para ver a tres zombies más acercándose a él.

Stefan adopta un enfoque ofensivo, corriendo hacia ellos y disparándoles a todos con el agua. Tan pronto como han sido pacificados, revisa el tanque de la pistola de agua. Aún está tal vez al ochenta por ciento lleno. Lo que significa que puede derribar... ¿qué? ¿Otros treinta zombies?

Quizás más si tiene cuidado de no fallar ningún tiro. Parece que sólo se necesita un pequeño chorro.

Pero mientras mira hacia a los lados, no hay puertas en ese lado del estadio, lo que significa que tendrá que recorrer al menos la mitad del edificio. Y ambas entradas principales probablemente están fuera de consideración, ya que es por donde están entrando los zombies, lo que significa que tendría que abrirse paso, disparando por lo menos a cincuenta de ellos, para entrar por ahí.

Su mejor opción es encontrar otra puerta, una que pueda abrir desde el exterior. O tal vez una ventana abierta que pueda alcanzar.

El problema es que está bastante seguro de que John y sus hombres aseguraron todas las entradas al estadio cuando llegaron, para que ningún zombie u otro invitado no deseado pudiera entrar y sorprenderlos.

—¡Mierda! —murmura Stefan, moviéndose ansiosamente en el lugar, sin saber qué hacer.

No tiene walkie y no puede llamar a ninguno de los otros. Tal vez podría gritar lo suficientemente fuerte para que lo oigan, si encuentra una ventana desde la que puedan verlo. Pero incluso entonces, hay una buena posibilidad de que John les ordene no dejarlo entrar.

No, Stefan necesita arreglar esto él mismo.

¿Tal vez no necesito volver adentro? Tengo el agua... Podría simplemente irme... Encontrar un coche y huir...

Pero, ¿a dónde iría? ¿Cuánto tiempo duraría el agua? ¿Cuánto tiempo duraría él solo?

No, necesitaba la protección de John y sus hombres. Necesitaba volver a entrar al estadio.

—Piensa —murmura para sí mismo, escaneando constantemente el estacionamiento. No han aparecido más zombies, pero podría suceder en cualquier momento—. ¡Piensa, por el amor de Dios!

DIECINUEVE

Iver se muerde el labio y ajusta su agarre en la barra de metal, luego sigue trabajando, el sonido rítmico de crujidos está llenando el baño.

Es básicamente un proyecto inútil. Lo sabe.

Y sin embargo, sigue trabajando en ello. Si no es por otra cosa, al menos es para mantenerse ocupado. Ayuda a ahuyentar el pánico que constantemente intenta apoderarse de él.

Son las cuatro de la tarde, y ha estado en esto ¿cuánto? ¿Tres horas? Y aún así, sólo ha logrado aflojar un ladrillo. Ahora está trabajando en el segundo. El extremo de la barra de metal, que desatornilló de la pared, es lo suficientemente puntiagudo como para que pueda presionarlo entre los ladrillos debajo de la ventana. Al moverlo de un lado a otro, puede ir raspando lentamente el mortero, el polvo gris está cayendo al suelo como nieve.

Antes de llegar a los ladrillos, tuvo que despegar el papel tapiz, lo cual fue una tarea en sí misma. Quitar el papel tapiz sólo con las uñas no es una tarea agradable. Afortunadamente, encontró una lima de uñas en el armario, agradeciendo internamente a Agnete.

A este ritmo, tendrá suerte si ha despejado seis ladrillos para cuando anochezca. Necesita al menos ocho para hacer la ventana lo suficientemente grande como para que pueda trepar por ella.

Incluso si logra sacar los ocho ladrillos de la pared, aún queda la parte inferior de la ventana, que consiste en un grueso pedazo de madera. Si puede romperlo o arrancarlo sigue siendo muy dudoso.

Luego, si logra tener éxito en eso también, el siguiente desafío será realmente salir. Como están en el segundo piso, la caída será de varios pies, demasiado alta para que un niño pequeño la haga, incluso Iver mismo arriesgará a tener una lesión grave si salta. Además, el césped de Agnete abajo está lleno de zombies. Algunos deambulan sin rumbo, otros están arañando la pared justo debajo de la ventana.

«Si salto, podrían amortiguar mi caída», piensa Iver, mientras sigue trabajando la barra de metal entre los ladrillos.

No hay razón para pensar tan lejos todavía. Aún tiene al menos tres grandes "si" que necesita superar antes de siquiera considerar cómo hará el salto.

En general, es trabajo para mantenerse ocupado.

Y sin embargo, es mejor que quedarse sentado esperando morir.

Adam está jugando en la bañera. Afortunadamente, es sorprendentemente bueno entreteniéndose a sí mismo. Iver le dio lo que pudo encontrar que no fuera peligroso en los armarios de Agnete: un cepillo de pelo, un secador de pelo, un desodorante roll-on, algunos artículos de maquillaje y una barra de jabón. Hasta ahora, Adam ha estado contento con examinar las cosas, charlando consigo mismo, de vez en cuando mirando a Iver para enviarle una sonrisa tentativa.

El sonido de los zombies golpeando la puerta parece haberse convertido en ruido de fondo para el niño. Sólo reacciona cuando hay un golpe particularmente fuerte, lanzando una mirada nerviosa en esa dirección, antes de reanudar su juego.

Iver le ha ofrecido comida y agua de vez en cuando durante el día. A veces, el niño come y bebe, otras veces sacude la cabeza.

Iver mismo no ha sentido ni la sombra del hambre, y sin embargo ha forzado algunos bocados. Necesita mantenerse alimentado. Necesitará su fuerza. Si no es por otra cosa, al menos para la lucha final cuando la puerta finalmente ceda.

Al principio, Iver todavía tenía la esperanza de que la puerta del baño resistiera. Ya no tiene ilusiones; la puerta se romperá. Y probablemente será en cuestión de horas en lugar de días. La bisagra superior ya ha comenzado a desprenderse del marco. Iver intentó arreglarla, intentó usar la moneda para apretar los tornillos, pero la razón por la que se están soltando lentamente es que la madera del marco se está desintegrando, rompiéndose desde adentro.

En algún momento, la bisagra simplemente se soltará, y la puerta colapsará, permitiendo que los zombies trepen sobre ella y entren al baño.

No hay nada aquí que pueda usar para bloquear la puerta, ya intentó mover los armarios, pero están asegurados a las paredes. Aun así, probablemente no sean lo suficientemente altos ni pesados como para proporcionar una verdadera obstrucción.

Si la barra de metal fuera solo unos pocos centímetros más larga, podría haberla colocado entre la manilla y el suelo.

Pero no lo es.

Y no hay otra manera que pueda imaginar para sostener la puerta, y evitar que se rompa.

«Está jodido», se dice a sí mismo, moviendo la barra de metal furiosamente de arriba a abajo.
«Estamos atrapados como ratas. Nos devorarán vivos».

Los pensamientos no son útiles, lo sabe. Pero también son ciertos. Y necesita encontrar otra forma. Una forma más misericordiosa. No dejará que los zombies lleguen a Adam.

En las afueras de su mente consciente, ideas horribles están circulando, tratando de salir a la luz. Las mantiene a raya con firmeza, tratando de decirse a sí mismo que todavía hay tiempo. Pero una parte más profunda de él, insiste en que pronto tendrá que enfrentar esas imágenes horribles.

Hay una de la barra de metal, donde el extremo está goteando sangre.

Hay otra de la bañera llenándose de agua.

Una tercera acerca los cordones de los zapatos de Iver.

¿Cuál causará menos dolor?

«Deja eso. No pienses en eso».

«Debes hacerlo».

«No todavía. La puerta aún resiste».

«Trabaja más rápido».

«No lo sabes. En realidad, podría ceder en cualquier momento».

«No, resistirá. Todavía hay tiempo».

«Necesitas tomar esta decisión. Antes de que te des cuenta, podría ser demasiado tarde».

«¡Cállate!»

«Entonces, ¿cuál será?»

«¡Cállate!»

Iver se quita una gota de sudor de la frente. Está sujetando la barra de metal con tanta fuerza que sus manos amenazan con acalambrarse, y se obliga a aflojar su agarre.

Se da cuenta de que ha hundido la barra de metal lo suficiente. Golpea el ladrillo con el extremo de la barra, y este se suelta.

Con una sonrisa sombría, Iver lo saca y se vuelve hacia la bañera.

—Mira, Adam. Son dos.

Adam lo mira. Ve el ladrillo, con una mirada curiosa en sus ojos. Como si estuviera haciendo una pregunta silenciosa.

«¿Cuál será?», insiste el pensamiento en el fondo de la mente de Iver, y tiene que apartarse del niño. ¿Cuál causará menos dolor? ¿Estrangulamiento, ahogamiento o un golpe mortal?

Iver ignora la pregunta y vuelve a trabajar en el tercer ladrillo con renovado vigor.

VEINTE

Stefan se mueve por el estacionamiento sosteniendo la pistola de agua lista. De niño, pasaba muchos días en la playa con sus amigos, fingiendo ser soldados o asesinos. Se escondían entre los coches y se acechaban, disparándose con pistolas de agua.

Sólo que esto no es un juego.

Es cuestión de vida o muerte.

Stefan mantiene la cabeza baja, asomándose de vez en cuando para asegurarse de que nadie lo esté acechando.

Sin embargo, no importa cuán sigiloso sea; los zombies pueden sentirlo y son atraídos hacia él. Cada cierto tiempo, algunos de ellos aparecen y vienen por él, y tiene que dispararles con el agua.

Lentamente, avanza alrededor del estadio.

Todavía no está seguro de cuál es exactamente su plan, aparte de que necesita encontrar una manera de volver adentro.

Entonces, de repente, ve una ventana con luz. Está en lo alto, tal vez en el segundo piso, así que Stefan salta sobre un coche en un esfuerzo por ver si hay alguien allí. No puede decirlo. Pero podría ser la cantina donde Jack y Simon están comiendo.

Stefan toma una piedra y la lanza a la ventana. Le toma tres intentos antes de golpear el vidrio.

La cara de Jack aparece.

Stefan agita los brazos.

Jack se limpia la boca y luego abre la ventana. —¿Qué diablos haces ahí afuera? —Entrecierra los ojos—. ¿Y estás corriendo con una maldita pistola de agua?

—¡Ayúdame! —suplica Stefan—. ¡Me quedé fuera por accidente!

—No hay manera de que pueda dejarte entrar —dice Jack, sacudiendo la cabeza—. Ya conoces las reglas, Stefan.

—¡Pero tengo algo que necesito mostrarles! ¡John querrá ver esto, créeme!

Jack duda. —¿Qué es?

Stefan escucha un gruñido detrás y se gira. Tres zombies vienen hacia él. Vuelve a mirar a Jack. —¡Sólo mira esto! ¡Mira muy de cerca, Jack!

—Estoy mirando.

Stefan dispara a los zombies uno a la vez. Caen sin hacer ruido. Vuelve a mirar a Jack. Jack lo mira boquiabierto.

—Santa maldita sea...

—¡Lo sé! Es el agua, Jack. El agua de la que hablaron cuando los capturamos. Es lo que hay en esta cosa. ¡Realmente funciona!

—Sí, ya lo creo. Joder. Espera, Stefan.

—¡Espera, no te vayas!

Pero Jack ya se ha ido.

Pasan un par de minutos. Stefan tiene que disparar y pacificar a una docena más de zombies antes de que Jack finalmente regrese a la ventana. Simon también está allí.

—Será mejor que no me estés tomando el pelo —dice Simon en un tono oscuro—. John te matará por esto, Stefan.

—Solo muéstraselo —urge Jack.

Aparece un puñado de zombies frescos, y Stefan los derriba.

—¿Ves? —sonríe Jack—. Es increíble.

—Maldición —murmura Simon—. Tenemos que mostrarle esto a John.

—Lo sé —dice Jack, perdiendo la sonrisa—. Pero... no creo que le haga gracia.

Stefan frunce el ceño. —¿Por qué no?

—Porque no quiere oírlo —dice Jack claramente—. Nos lo dijo en cuanto llegamos aquí. No se suponía que hablaríamos con los nuevos ni que tocáramos sus cosas. No quería que nos metiéramos con ello. —Simon se encoge de hombros—. Para serles sincero, creo que no quiere saber. Simplemente así. Creo que tiene que ver con su hijo, ¿sabes? Quiere matar a todos los malditos zombies como si eso fuera a devolverle a su hijo. Se molestará si le llevamos esto.

—¡Pero... tenemos que intentarlo! —urge Stefan, disparando a otro zombie—. ¡Al menos déjenme entrar! Casi no me queda agua.

—No podemos dejarte entrar —dice Simon—. Las reglas de John.

—John no tiene por qué saber —ofrece Jack en voz baja.

Simon se muerde el labio.

—Mira —dice Stefan, suplicante—. Si me dejas entrar, yo mismo se lo llevaré a John. Lo juro. Le haré ver. No tendremos que hacer esto más, las quemas. Sé que ustedes también lo odian.

Simon y Jack intercambian una mirada.

—Está bien, trae la maldita cuerda —dice Simon.

Jack regresa en un minuto con una cuerda. La lanzan por la ventana para que Stefan la alcance. Salta del coche y agarra la cuerda, apretando la pistola de agua bajo el brazo. —¡Lo tengo! ¡Tíren de la cuerda hacia arriba!

—¡Cuidado! —grita Jack.

Stefan gira la cabeza para ver a un niño zombie viniendo hacia él. Se movía tan silenciosamente, y Stefan estaba tan ansioso por llegar a la cuerda, que no lo escuchó.

—¡Mierda! —grita Stefan cuando el niño se lanza hacia él. Stefan suelta la cuerda y retrocede tambaleándose, luchando por girar la pistola de agua. Finalmente logra rociar al niño en la cara, y este cae. Respira con dificultad. —Joder, eso estuvo cerca...

—¡Vienen más! —advierte Simon desde arriba.

Stefan los ve acercándose por ambos lados. Apunta la pistola de agua y... no pasa nada. Está vacía. Stefan la deja caer y corre hacia la cuerda. Salta, la agarra y grita: —¡Tírenme hacia arriba! ¡Tírenme hacia arriba!

Jack y Simon tiran con todas sus fuerzas. Pero los zombies están demasiado cerca. Dos de ellos logran agarrar sus piernas. Stefan grita y pateo salvajemente. Se libera y es izado fuera del alcance de los zombies.

Jack y Simon lo levantan y lo arrastran hacia adentro. Se desploma en el suelo, jadeando. —Gracias... gracias chicos... Les debo una enorme...

Simon apunta su rifle a la cara de Stefan. —¿Te arañaron?

—No —dice Stefan, sacudiendo la cabeza—. No se preocupen, estoy bien.

—Revisa tus piernas —dice Jack—. Te agarraron bien, por lo que pude ver.

—Te digo que estoy bien —dice Stefan, algo molesto, levantando la tela de su pantalón en cada pierna—. ¿Ves? Nada. No tuvieron tiempo de...

Se interrumpe al ver dos largas, delgadas y brillantes marcas rojas justo sobre su tobillo.

—Joder —murmura Simon—. ¡Joder!

—Maldita sea, lo sabía —dice Jack con voz sombría—. Ahora tenemos que matarlo.

—¡No! —grita Stefan, levantando las manos—. ¡No, esperen! Puedo arreglarlo. Si... si vierto agua sobre esto... me curará... estoy seguro...

—Usaste la última —le recuerda Simon.

—¡Hay más! —suplicó Stefan—. ¡En sus mochilas! Vi varias botellas de ella. Por favor, sólo... sólo déjenme ir a buscarla... —Intenta levantarse, pero Simon usa su pie para empujarlo de nuevo hacia abajo.

—Quédate aquí. Jack, ve a buscar una de esas malditas botellas. Asegúrate de que John no te vea.

Jack asiente y luego sale de la habitación.

Esperan en un tenso silencio. Simon nunca deja de apuntar con el rifle a Stefan. Saca una silla y se sienta frente a él.

—Nos pusiste a todos en peligro —gruñe Simon.

—Lo sé —susurra Stefan—. Pero mira lo que descubrí. Esto podría cambiarlo todo, Simon.

Simon no responde.

Stefan mira las marcas de arañazos. Le duelen. Están supurando sangre. Y la piel que las rodea ya comienza a ponerse verde. Las venas a su alrededor se están volviendo negras. Stefan está horrorizado por la rapidez con la que avanza. Discretamente se baja el pantalón para que Simon no lo note.

—¿Qué le está tomando tanto tiempo a Jack? —murmura.

La puerta se abre y Jack entra, llevando una de las botellas.

Stefan la alcanza. —¡Déjame tenerla! ¡Rápido!

Jack se agacha, coloca la botella en el suelo y luego la desliza hacia él. Stefan la agarra, la destapa y vierte un poco sobre el rasguño.

No hay dolor.

Esperaba que ardiera. Pero no lo hace.

Sin embargo, hay un claro efecto. El tono verde desaparece de su piel de inmediato, la hinchazón baja y la oscuridad de las venas se disipa.

—¿Lo ven? —dice, sonriéndoles—. ¿Lo vieron, verdad? ¡Estoy curado! Ahora son sólo unos rasguños normales.

—Joder, creo que tiene razón —murmura Jack.

Simon baja lentamente el rifle. —Parece que sí. Está bien, dijiste que le llevarías esto a John. Ahora hazlo.

—Lo haré —dice Stefan, poniéndose de pie. Su tobillo todavía está un poco adolorido. Cojea hacia la puerta—. Tal vez aún haya tiempo de salvar a las personas en la jaula.

Jack niega con la cabeza. —No lo creo. Ya encendió los aspersores.

VEINTIUNO

—Pero, mamá, ¿y si no ha tenido agua todo este tiempo? ¡Hemos estado fuera por siete días!

—Escucha, Dan —dice mamá, girándose en su asiento para mirarlo—. No lo sabemos. Tienes que esperar y ver.

—Pero, ¿y si olvidé llenar su cuenco? Estoy casi seguro de que lo olvidé.

La voz de Dan es suplicante. Como si le estuviera pidiendo a mamá que lo solucione. Como si pudiera hacerlo. Como si alguien pudiera. Lo hecho, hecho está. Y Dan es el culpable.

Mamá suspira. —No hay nada que podamos hacer ahora.

—Pero, mamá...

—Por favor, Dan, ¿podemos dejar de hablar de esto? Todos estamos muy cansados. —Ella se vuelve de nuevo y cierra los ojos.

Dan mira por la ventana las casas que pasan. —¿Cuánto falta para llegar a casa, papá?

Papá revisa su reloj. —Diez minutos.

Diez minutos. En diez minutos, Dan sabrá si Luna está viva o muerta. Si Dan la mató. Quiere llorar. Quiere golpearse a sí mismo. Luna es su mejor amiga. La idea de dejarla sola en casa fue agonizante. Tenía un trabajo: recordar llenar su cuenco antes de irse. Y lo había olvidado. Está casi seguro de ello.

Dan comienza a llorar suavemente. No puede evitarlo.

—Vamos —dice Jennie, mirándolo con desdén—. Sólo es un gato, ¿vale? Podemos conseguir otro.

Dan está horrorizado ante la idea. No quiere otro gato. Quiere que Luna esté bien. Pero si realmente olvidó llenar su cuenco antes de irse, entonces Luna está definitivamente muerta. Habrá muerto de sed. Lentamente.

—¿No podría... no podría haber abierto el grifo? —pregunta Dan, limpiándose una lágrima—. Es una gata inteligente. Tal vez haya aprendido a hacerlo.

—¿No la encerraste en el sótano? —pregunta Jennie.

—Sí, pero...

—No hay grifos ahí abajo.

—Bueno... bueno, entonces tal vez haya aprendido a abrir la puerta.

—Mira —suspira Jennie—. Tienes que dejar de hacer esto, Dan. Sólo te estás torturando.

La cara de Dan se desmorona y la entierra en sus manos.

—No estoy de acuerdo con eso —dice papá, mirando por el espejo.

—¿Qué? —pregunta Jennie—. ¿Crees que el gato está vivo?

—No lo sé. Ninguno de nosotros lo sabe. Entonces, ¿por qué asumir lo peor?

—Vamos, Henrik —dice mamá en voz baja—. No le hagas esto al chico.

—¿Qué? —dice papá, quitando la vista de la carretera para mirar a mamá.

—No le des falsas esperanzas. Todos sabemos que el gato no pudo haber sobrevivido siete días sin agua.

—No es justo —susurra Dan—. Luna no puede estar muerta. No es justo.

Mamá se gira de nuevo y mira a Dan. Dan odia la expresión en sus ojos. Es oscura, manchada por la depresión que su madre está enfrentando. —El mundo no es un lugar justo, Dan. Cuanto antes lo aprendas, mejor.

—Oh, vamos, cariño.

—¿Qué?

—Ahora estás siendo cruel.

—¿Cruel? ¿Cómo estoy siendo cruel? ¿Por prepararlo para lo que va a pasar cuando lleguemos a casa?

—No lo sabemos con certeza...

—Te diré lo que pasará. Encontraremos al gato muerto en el sótano. Porque revisé dos veces la maldita puerta y la escuché maullar del otro lado. Y como Dan olvidó llenar su cuenco, habrá muerto de sed. Mantener sus esperanzas de que un milagro haya ocurrido, eso es ser cruel. Sólo romperá su corazón aún más cuando la encuentre muerta.

Mamá deja de hablar y por un largo momento, nadie más dice nada. Jennie se pone los auriculares de nuevo. Mamá cruza los brazos y mira por la ventana.

Dan mira hacia el espejo, esperando captar la mirada de papá. Esperando que diga algo. Pero él sólo está ahí, conduciendo el coche, frunciendo el ceño.

Entonces, de repente, dice: —Esto es lo que pienso, Dan.

—Aquí vamos —murmura Jennie.

—Creo que tu madre tiene razón. El mundo no es un lugar justo.

Las palabras golpean a Dan en el estómago como un puño cerrado. Incluso mamá gira la cabeza para mirar a su esposo.

—Pero eso no significa que no debemos tener esperanza en los milagros. No creo que esté mal mantener la esperanza, incluso cuando parece imposible, o incluso cuando hay una gran probabilidad de que te rompan el corazón. ¿Y sabes por qué? Porque un corazón roto puede sanar, pero un corazón que ha perdido la esperanza... bueno, eso es mucho más difícil de arreglar.

Hay un momento de silencio en el coche. Dan siente que la tensión en su vientre se suaviza, y se vuelve cálida. No puede evitar sonreír al captar la mirada de papá en el espejo.

—El mundo es un lugar cruel —continúa papá—. Eso es cierto. También es cierto que a veces te da lo que quieres. Pero sólo si no pierdes la esperanza.

—Gracias por el sermón, ministro —gruñe Jennie.

—No tienes remedio —dice mamá, sacudiendo la cabeza—. Y será tu trabajo recoger los pedazos de esto.

Papá sólo asiente y le envía un guiño a Dan.

Es entonces cuando llegan a la calle donde viven y Dan ve la casa acercándose. Siente que su corazón comienza a latir más rápido, y...

VEINTIDÓS

—¡John! ¡Espera!

Stefan irrumpe en el salón, casi tropezando con sus propios pies. Su tobillo sigue doliendo, pero considerablemente menos. Ve a John de pie junto a la ventana abierta sosteniendo la bengala, a punto de encenderla, y se da cuenta de que llegó justo a tiempo.

John se vuelve para mirarlo, con una expresión de fastidio en su rostro. —¿Qué? Esto más te vale que sea importante.

—¡Lo es! —dice Stefan, tambaleándose hacia la habitación—. Créeme, es muy importante.

—¿Qué te pasó? —dice John, frunciendo el ceño—. Pareces un desastre. ¿Qué le pasa a tu pie? ¿Te lo torciste?

—Déjame... explicar —jadea Stefan, colocando la botella en la mesa y desplomándose en una silla, aliviando el peso de su tobillo.

—Hazlo rápido —gruñe John—. No tenemos tiempo para tonterías. ¡Dime qué te pasó!

—¡Salí del estadio!

Los ojos de John se agrandan. —¿Qué hiciste?

—Salí fuera del estadio, John. Pero fue un accidente. No era mi intención. Sólo... la puerta se cerró detrás de mí. Pero tenía esto... ¡el agua! —Señala la botella—. La tenía conmigo. Y la usé en ellos, John. La usé en los muertos. —Stefan no puede evitar sonreír, a pesar de lo loco que debe parecer—. Funcionó. De verdad funcionó. Simplemente... dejaron de moverse. Murieron, de verdad. En un instante. Unas pocas gotas, eso es todo lo que se necesita. Es mucho más fácil que dispararles. Podemos...

—Cállate un segundo —lo interrumpe John—. Vamos por partes. Primero, ¿por qué saliste fuera del estadio?

Los ojos de Stefan titilan. —Yo... quería probar el agua... quería ver si decían la verdad sobre ella.

—¿Entonces desobedeciste mis órdenes porque les creíste más a ellos que a mí? —John señala hacia la jaula sin apartar los ojos de Stefan.

—No, no les creí... no hasta que lo vi por mí mismo... por eso quería probarlo... ¡y funcionó, John! Te lo digo, funcionó...

—Segundo —dice John, su voz creciendo más fuerte—. ¿Qué exactamente le pasó a tu pie?

Stefan respira rápido. Puede sentir el sudor rodando por su frente. —Yo... me hice un rasguño.

La expresión de John se vuelve en blanco. —¿Un rasguño?

—De... de uno de los muertos —admite Stefan en apenas un susurro.

John deja caer la bengala y en su lugar gira el rifle, apuntando a Stefan.

—No, espera —grita Stefan, saltando de su asiento, volcando la silla—. ¡Espera, John! ¡No estoy infectado! ¡Ya no! Usé el agua bendita. ¡Me curó! Puedes verlo tú mismo; no hay infección, lo juro.

John respira de manera constante por un momento. —Muéstrame tu pie —dice.

Stefan duda brevemente, luego sube su pierna sobre la mesa y se sube la pernera del pantalón. Los rasguños se ven aún mejor que antes.

—¿Ves? —dice, respirando aliviado—. No está infectado, te lo dije. Mi piel estaba toda verde antes, pero ahora se ha ido. El agua funcionó, John. De verdad funcionó.

John mira de cerca el rasguño. Luego mira el rostro de Stefan. —¿Estás seguro de que funcionó?

—¡Absolutamente!

—¿No lo dices sólo para salvar tu vida?

—Te lo juro, John. Nunca te mentaría.

John asiente. Baja el cañón hacia el suelo. —Dame la botella.

Stefan la toma y se la lanza con entusiasmo. —Te lo dije, de verdad funciona. Todo lo que necesitamos es...

—Lo entiendo —dice John—. Ahora deja de hablar y siéntate.

Stefan toma asiento.

John sostiene la botella, girándola, estudiando el agua en su interior. —Parece agua corriente normal para mí —murmura.

—Puedes verlo tú mismo, John. Sólo vierte un poco por la ventana y...

—¿No te dije que dejaras de hablar?

Stefan se calla.

John se acerca a la ventana. Se queda allí un momento, aparentemente considerando qué hacer. Destapa la botella y huele el agua. Luego la voltea y comienza a verterla. Pero no la vierte por la ventana; en su lugar, simplemente la derrama en el suelo.

—¡No! —dice Stefan, levantándose de un salto—. ¡¿Qué estás haciendo?!

John deja caer la botella vacía, luego se da la vuelta para enfrentarse a Stefan. Su rostro es una máscara vacía. —Saliste fuera y te rasguñaste. Lo siento, hijo, pero no hay cura.

Stefan abre la boca. John levanta el rifle, lo apunta y aprieta el gatillo.

Stefan nunca escucha el disparo.

VEINTITRÉS

Dan escucha el disparo del rifle resonar en todo el estadio. Todos saltan y miran hacia la ventana del salón VIP.

—¿Qué... qué fue eso? —pregunta la mujer.

—Pareció que alguien recibió un disparo —dice el hombre mayor.

Entonces, una figura aparece en la ventana. Es John. Está sosteniendo la bengala de nuevo.

—Oh, no... —grita la mujer—. ¡Lo va a hacer ahora!

—¿Qué hacemos? —pregunta Dan, mirando a Liv—. ¿Qué hacemos, Liv?

—¡No lo sé! No... ¡espera!

Algo parece captar la atención de Liv. Dan se gira para ver qué está mirando, pero no logra descifrarlo. Todo lo que ve son zombies trepando en la jaula. —¿Qué? ¿Qué es?

—Tal vez —murmura ella y pasa a su lado.

—¡Esto es todo! —grita John, su voz alcanzándolos a través del mar de zombies, a pesar de no estar amplificada por los altavoces—. ¡El mundo no los olvidará!

Dan mira hacia arriba y lo ve encender la bengala. La luz es brillante y parpadeante, e ilumina el rostro pálido de John. Incluso desde aquí abajo, Dan puede notar que sus ojos están oscuros y vacíos.

Todos en la jaula comienzan a gritar y a chillar.

Dan se da la vuelta para mirar a Liv. —¿Qué estás haciendo?

Su pregunta queda ahogada en el ruido. Además, es obvio lo que Liv está haciendo: está extendiendo la mano a través de la jaula. Los zombies al otro lado no parecen prestarle atención. Uno de ellos está vestido con un uniforme de policía. Está ensangrentado y hecho jirones, pero definitivamente es un uniforme de policía. En su cinturón lleva un arma.

Liv la arranca y corre hacia el frente de la jaula.

—Hazlo —murmura Dan para sí, sintiendo una salvaje sensación de euforia—. Hazlo, Liv. ¡Dispárale!

Liv toma posición y apunta con el arma a la ventana abierta del salón VIP justo cuando John echa hacia atrás la bengala para lanzarla.

Dan está lo suficientemente cerca como para escuchar a Liv decir: —Esto es por Sol, imbécil.

Luego dispara el arma cuatro veces en rápida sucesión.

Por lo que Dan puede ver, es la tercera bala la que impacta. Esperaba que golpeará a John en la cabeza o en el pecho. En cambio, le arranca la mano, haciendo que la bengala salga volando de regreso a la habitación.

John agarra su mano herida y retrocede tambaleándose, desapareciendo de la vista mientras ruge de agonía. El salón VIP se ilumina con la luz parpadeante y naranja de la bengala que aún arde en algún lugar.

Dan mira a Liv, quien baja el arma y lo mira de vuelta, sonriendo tímidamente. —Lo conseguí...

—Lo hiciste —susurra Dan—. Joder, Liv...

Entonces John reaparece en la ventana, sosteniendo la bengala aún encendida con la única mano que le queda. Está encorvado, apoyando su peso en el marco de la ventana. Su expresión ya no es indiferente, sino una de rabia y furia.

—¡No me detendrán! —ruge, con la voz quebrada—. ¡Voy a sanar el mundo!

Liv apunta de nuevo, pero esta vez, el arma no dispara. Ella mira a Dan con ojos grandes y aterrorizados. —Está vacía...

VEINTICUATRO

Stefan abre los ojos y mira un techo que no reconoce.

Por un momento, piensa que ha salido de fiesta y ha pasado la noche con uno de sus amigos. Pero luego los sonidos regresan, y lo ayudan a recordar.

El coro de gruñidos de los zombies. El silbido furioso de la bengala de señalización.

Stefan se sienta, sintiendo un débil dolor en el pecho. Mira hacia abajo y ve un agujero enorme justo por encima de su pezón derecho. Su camisa está empapada de sangre. Jadea, pero el jadeo se convierte en un gruñido de agonía. La sangre llena su boca.

Me dispararon. Estoy muriendo.

Entonces todo vuelve a él. El rasguño. El agua bendita. John apuntándole con el rifle.

Entonces la voz de John llena la habitación: —¡No me detendrán! ¡Voy a sanar el mundo!

Stefan ve a John de pie allí, al otro lado de la habitación frente a la ventana. Está levantando la bengala, a punto de lanzarla. Stefan también ve el rifle tirado en el suelo justo frente a él, como si John lo hubiera dejado caer o lo hubiera arrojado a un lado.

Es curioso. John nunca dejaría su rifle tirado así. Siempre lo lleva consigo. Entonces nota sangre fresca en el rifle.

Stefan no pierde más tiempo pensando en ello. En su lugar, recoge el rifle, apunta y dispara. El retroceso lo golpea en el pecho, lo envía de nuevo al suelo, dejándolo inconsciente.

El último pensamiento que cruza la mente de Stefan antes de morir es: Realmente espero haberlo conseguido...

VEINTICINCO

El segundo disparo del rifle resuena en la noche cuando el cuello de John es volado y una nube oscura de su sangre sale volando por la ventana.

La bengala cae de su mano al suelo justo antes de que John colapse y desaparezca de la vista.

Dan mira a Liv. —¿Fuiste tú?

Ella lo mira de vuelta. —No. Alguien más lo hizo. Le dispararon por la espalda.

Todos contienen la respiración, esperando lo que vendrá a continuación.

Dan espera que alguien aparezca. Pero eso no sucede. Al menos no por varios minutos.

Entonces, finalmente, aparecen dos de los hombres de John. Ambos parecen confundidos. Uno de ellos toma el micrófono.

—Tenemos un problema aquí... John está muerto y... bueno, ninguno de nosotros realmente quiere seguir con su plan...

Dan siente que su corazón se llena de alivio. —¡No tienen que hacerlo! —grita, formando un embudo alrededor de su boca con las manos—. ¡Solo usen el agua!

—Realmente queríamos dejarlos ir, pero no hay forma de hacerlo...

—¡Pero sí la hay! —grita Liv y salta—. ¡Solo usen el agua! ¡El agua!

El hombre con el micrófono le pregunta algo al otro. Luego dice: —Vimos cómo funcionaba el agua. Pero John la derramó toda.

—¡Hay más en mi mochila! —grita Liv.

—¿Qué dijiste?

—¡Hay más en nuestras mochilas! —grita Dan.

El hombre niega con la cabeza. —Sí, lo sabemos, pero no hay suficiente para todos esos zombies.

—¡Pueden hacer más! —grita Dan—. ¡Solo añadan más agua! ¡Luego viértanla en los aspersores!

Dan escucha a Liv jadear a su lado. —¡Eso es brillante!

Los hombres en el salón VIP se miran entre sí.

—¡Solo háganlo! —grita Dan—. ¡Les prometo que funcionará!

El hombre con el micrófono se encoge de hombros y luego dice: —Está bien. Denos diez minutos.

Desaparecen de la vista.

Diez minutos después, Dan escucha que los aspersores se encienden. Esta vez, no sale gasolina, sino agua.

En dos minutos, cada zombie dentro del estadio ha colapsado y dejado de moverse.

Cuando los aspersores se apagan de nuevo, un silencio sobrenatural se apodera del campo. Las personas dentro de la jaula se miran con incredulidad absoluta, pero nadie habla.

Dan se gira hacia Liv y sonrío. —Funcionó.

VEINTISÉIS

Un fuerte timbre saca a William de su somnolencia.

Se incorpora en el asiento trasero, mirando a su alrededor, buscando el teléfono. Está en el asiento delantero. Afuera del coche, Dennis y Ozzy están vigilando. Todavía están junto a la bahía, y acordaron turnarse para dormir hasta que escucharan algo del sargento.

Y así es. Finalmente.

William toma el teléfono y contesta la llamada. —¿Hola? ¿Sargento?

Una breve pausa. —¿William? Soy Dan.

—Oh. Hola. Intenté llamarte varias veces. Estaba preocupado. ¿Están bien?

—Estamos bien.

—¿Encontraste a tu papá?

—Todavía no. Tuvimos un pequeño problema. Te lo contaré después. ¿Subiste el video?

—Claro, lo hicimos hace mucho. Los americanos no nos creyeron, así que tuvimos que proporcionarles pruebas físicas. Así que escucha esto: Condujimos hasta la bahía y vertimos una gran cantidad de agua bendita. Y creo que funcionó. Creo que toda la bahía ahora está llena de agua bendita. Y si eso es cierto, entonces tal vez todos los malditos océanos también lo estén.

Dan guarda silencio por un largo momento. —Eso es... eso es increíble.

—Lo sé. Puede solucionar todo. Si realmente funcionó, claro. Todavía estoy esperando que el sargento me llame de vuelta. Dijo que llamaría a la Casa Blanca y les urgiría a que tomaran una

muestra del océano para probarlo ellos mismos.

—Buen trabajo. Tal vez cancelen los ataques entonces.

—Tal vez, sí. Al menos no han lanzado ninguna bomba nuclear aún. No estaríamos hablando si lo hubieran hecho.

—Descubrimos algo más importante —continúa Dan—. Si bebes el agua bendita, te vuelves inmune.

William parpadea. —¿Lo haces? Joder. ¿Por qué no se me ocurrió probar eso?

—Funcionó en Liv y en mí. A los zombies ya no les interesamos.

—Vaya, maldición. Necesitamos llevar esa información a los americanos. Llamaré al sargento de inmediato.

—Sólo una cosa más, William.

—¿Sí?

—Necesito tu ayuda. ¿Puedes llegar a Viborg?

—Claro, ¿por qué?

—Perdimos el ATV, y mi papá sigue en el otro extremo de la ciudad.

—¿No pueden encontrar un coche?

—Podríamos, pero... —William percibe algo en la voz de Dan. ¿Es duda? ¿Miedo?—. Me gustaría que estuvieras aquí conmigo.

William sonríe. —Claro, amigo. Iremos de inmediato. ¿Dónde estás?

—En el estadio.

—De acuerdo. Estaremos allí en treinta minutos. Hablamos pronto.

William cuelga. Dennis se ha acercado al coche. —¿Escuché bien? ¿El agua te hace inmune?

—Sí —dice William, levantando una de las botellas—. ¡Salud, amigo! —Toma un trago y luego se lo pasa a Dennis—. Aaah. Fresca y refrescante. Bien, será mejor que nos pongamos en marcha.

Suben al coche, y William toma el volante mientras conducen de regreso a la ciudad. William hace la llamada al sargento Everton, contándole sobre el efecto inmunizante. El sargento promete transmitir la información.

Cuando William cuelga, ya casi han llegado a la ciudad.

—Creo que los océanos están conectados al suministro de agua —dice Dennis de repente—. Creo que el agua que sale de los grifos en todo el país ahora es agua bendita.

—¿De verdad? —dice William, mirándolo—. Pero no bebemos agua salada.

—Es filtrada y limpiada antes de llegar a las casas. Pero todo está conectado. Estoy bastante seguro de ello.

—Maldita sea —murmura William—. Realmente les dimos a las personas otra oportunidad, ¿eh?

—Creo que sí. Pero si la gente no lo sabe, no sirve de mucho. Tenemos que difundir la noticia. Debe haber millones de personas en toda Europa todavía escondidas o atrincheradas. Si pueden volverse inmunes simplemente bebiendo un sorbo de agua, necesitamos decírselo...

—Tienes razón —dice William—. Tendremos que hacer otro video en YouTube.

—Tal vez eso no sea suficiente —dice Dennis pensativo—. Tal vez necesitemos encontrar otra forma de llegar a la gente.

VEINTISIETE

Jasmine camina rápido para mantenerse al ritmo de los demás. Es la más baja del grupo y también la única mujer.

El grupo avanza por el corredor en un silencio apresurado, ninguno de ellos pronuncia una palabra.

Al frente, liderando el camino, hay tres guardias armados. Luego vienen Evan y Peters, los asesores más cercanos. Después, el propio presidente, caminando junto a su hijo mayor, quien lleva un traje similar al de su padre. Luego vienen tres soldados más, cada uno llevando un contenedor sellado, y finalmente Jasmine.

No se hace ilusiones de que ella es la imprescindible del grupo, tal vez sólo está allí porque necesitan a alguien que administre el teléfono satelital. Incluso en esta época, cuando las cosas se ponen difíciles, los hombres todavía tienen el desagradable hábito de ver a las mujeres como secretarias.

Jasmine no ha estado en el búnker antes, al menos no tan abajo. ¿En qué nivel están? No tiene idea. El ascensor simplemente siguió bajando y bajando.

Llegan a una puerta doble blindada custodiada por dos soldados que se enderezan al ver a su comandante en jefe. El presidente da un paso adelante y escanea sus iris. Las puertas se abren, revelando una habitación sacada directamente del *Día de la Independencia*. Es un laboratorio; Jasmine lo sabía de antemano, ya que así es como todos se refieren a él, pero es más pequeño de lo que esperaba.

A lo largo de un lado, hay filas de equipos médicos y computadoras. El personal médico está ocupado trabajando en diferentes estaciones. La mayoría de ellos se detiene y mira a los recién llegados. A lo largo de la otra pared hay cinco celdas aseguradas detrás de un vidrio grueso. Las cinco están ocupadas por al menos tres pacientes; esa sigue siendo la palabra oficial para ellos,

aunque Jasmine puede decir a simple vista, que estas criaturas no son más pacientes de lo que ella es un lagarto. Sus ojos ciegos, su piel grisácea y sus movimientos bruscos e inseguros mientras palpan el vidrio revelan que estas pobres almas ya no son seres humanos.

Zombies; esa es la palabra que los medios siguen usando.

A Jasmine no le gusta esa palabra, pero le gusta aún menos engañarse a sí misma, y zombies es la palabra exacta para las criaturas en las celdas.

Las celdas son a prueba de sonido, lo que significa que no pueden escuchar a los zombies, que parecen estar gimiendo y rascando el vidrio con sus uñas.

Han sido secuestrados de Europa y traídos aquí en aviones de seguridad hace varios días. Los doctores han estado realizando todas las pruebas posibles en ellos. Hasta ahora, nada se ha acercado a funcionar como cura.

El presidente camina directamente hacia allí. Evan extiende una mano y lo detiene. —No debería acercarse demasiado, señor.

El presidente se sacude su mano con un gruñido de molestia. —Si estas celdas no fueran seguras, no estaría aquí, Evan. —Se inclina hacia adelante y mira directamente al zombie al otro lado. El muerto lo mira de vuelta y araña aún más ansiosamente el vidrio. —Dios mío —murmura el presidente—. ¿Ves esto, hijo?

El hijo del presidente parece que preferiría no ver, pero asiente.

—Te lo dije —continúa el presidente—. ¿No te lo dije? No soy médico, pero esto no es una enfermedad. Ni siquiera es algo médico. A estas pobres personas les han arrancado el alma.

Jasmine nota que los demás intercambian miradas inciertas, pero ninguno habla.

El presidente se persigna, luego retrocede. Junta las manos ruidosamente y mira alrededor. —Muy bien, gente, pongámonos en marcha. Quiero saltarme la mierda burocrática e ir directamente al grano. ¿Funciona esta agua mágica? Eso es lo único que me interesa.

Uno de los doctores se aclara la garganta. No lleva bata de laboratorio ni sostiene una carpeta como lo haría si esto realmente fuera *El Día de la Independencia*. En su lugar, lleva una camisa y pantalones normales, y parece que no ha dormido en días.

—Nos preparamos para tres pruebas, señor. La primera expondrá a los pacientes al agua. Esperamos, por supuesto, ver un efecto, pero honestamente, señor, soy escéptico de que logremos una recuperación completa o incluso...

—Todos somos escépticos —interrumpe el presidente—. Pero nuestro hombre allá en Europa ha visto cosas que afirma que son casi milagros, y como no estamos ni cerca de una vacuna, un milagro es exactamente lo que necesitamos.

El doctor asiente. —Por supuesto, señor. La segunda prueba administrará el agua a un sujeto de prueba, lo que nos permitirá ver si esa persona será inmunizada. Esta información nos fue proporcionada hace sólo minutos. Y la tercera prueba será ver si el agua se puede escalar de la manera que nos dijeron.

Incluso mientras habla, el otro personal ha tomado los contenedores de los soldados y los están abriendo con cuidado.

—Entonces, ¿cómo lo hacemos? —pregunta el presidente, colocando ambas manos en sus caderas, revelando una barriga prominente—. ¿La inyectamos en uno de ellos o qué?

—La inyección no debería ser necesaria según lo que nos han informado, señor —dice el doctor, mirando a Evan como si quisiera una confirmación de esto.

—No me preguntes a mí —dice Evan, sacudiendo la cabeza—. Sólo vi el video. No hablé con Everton.

Se vuelve hacia Jasmine, y el presidente también.

Jasmine se tensa, sintiéndose como una colegiala. —Uh, no señor, señor presidente, el sargento Everton fue muy claro en que el contacto físico con el agua es todo lo que se necesita. Incluso una porción muy pequeña debería ser suficiente.

—Genial, entonces sólo los empapamos —dice el presidente, volviéndose impacientemente hacia las celdas de nuevo.

Jasmine se siente tensa ante la idea de que los doctores abran alguna de las celdas para rociar agua sobre los zombies, incluso después de haber hablado con Christian, todavía duda de que esto funcione. Pero los doctores simplemente aseguran el contenedor a una estación frente a las celdas. Un tubo de goma corre hacia el techo, donde se ha quitado un panel. El tubo ha sido conectado a una tubería de metal de manera improvisada; es bastante obvio que los doctores hicieron esta instalación muy recientemente.

—Las celdas uno y dos están preparadas —dice uno de ellos mientras se sienta en la estación—. Listos para la prueba número uno.

—Un momento —dice el presidente, levantando la mano—. Creo que deberíamos rezar por estas pobres almas. —Inclina la cabeza y junta las manos. Los demás lo siguen, incluso los soldados inclinan la cabeza. El presidente murmura una oración rápida, luego vuelve a mirar. —Bien, hagámoslo.

El doctor en la estación escribe un comando y mueve el ratón. —Ejecutando prueba uno —dice en voz alta, haciendo clic con el ratón.

Un gorgoteo proviene del contenedor y un sonido de silbido del tubo. Luego, dos segundos después, un rociador dentro de la celda envía una llovizna de agua. Los tres zombies están pegados contra el vidrio, fuera del alcance del agua.

—Necesitamos más presión —dice uno de los doctores.

El de la estación sacude la cabeza. —Eso no es posible. Tendríamos que cambiar la bomba del sistema de rociadores.

—Maldita sea —murmura el presidente—. ¿Cómo los hacemos acercarse?

—No será necesario —Jasmine se escucha decir mientras da un paso adelante y señala hacia abajo—. Miren.

El agua del rociador está formando un charco en el suelo, y está corriendo hacia los zombies. Uno de ellos da medio paso atrás y coloca su pie en el agua.

Es su talón lo que realmente toca el agua.

Pero es suficiente.

Levanta los ojos al techo y se desploma de espaldas. Cae en el charco de agua, y algo de ella salpica sobre las piernas del siguiente zombie, una mujer joven de aspecto español, de la edad de Jasmine. Ella también cae de inmediato.

—Santa madre de Dios —murmura alguien.

—Está funcionando —dice alguien más.

Los demás simplemente miran asombrados, mientras el charco de agua llega al tercer zombie. Le toca los pies, lo roza y lo derriba al suelo instantáneamente.

Varios segundos de silencio siguen. El único sonido es el lento bombeo del contenedor.

—Apaguen... apaguen el agua —murmura uno de los doctores—. Prueba número uno... exitosa.

El rociador se apaga, y el personal gradualmente vuelve a la vida. Jasmine los escucha hablar sobre realizar más pruebas en los zombies. Ella observa los cuerpos sin vida dentro de la celda. Ahora parecen cadáveres normales.

El presidente es quien corta el ruido: —Bien, sigamos con esto. ¿Cuál era la segunda prueba?

—Prepárense para la prueba número dos —dice uno de los doctores—. Necesitamos saber si el agua tiene un efecto inmunizante en cualquiera que la ingiera.

Jasmine los ve abrir uno de los otros contenedores y aspirar un poco de agua con una gran jeringa de plástico. Se la entregan al doctor que ha estado a cargo hasta ahora. Todos lo miran mientras sostiene la jeringa, observando el agua sucia en su interior.

—Vamos —lo insta uno de los otros doctores—. Estamos listos cuando tú lo estés, Sean.

Sean no parece estar listo en absoluto. De hecho, parece que lo último que quiere hacer es beber el agua.

—¿Cuál es el problema? —exclama el presidente.

—Lo siento, señor —dice Sean, bajando la jeringa—. No puedo hacerlo. Tengo una esposa y un hijo.

—Te ofreciste como voluntario —dice uno de los doctores.

—Lo sé —replica Sean—. Y ahora estoy retirando mi voluntariado, ¿de acuerdo? No tenemos idea de qué es esta sustancia, ni siquiera hemos tenido tiempo de hacer un análisis. Y viste lo que les pasó a los pacientes. Sea lo que sea esta agua, es tremendamente potente. No la voy a beber hasta que sepamos más sobre ella.

—Jesucristo —bufa el presidente, luego mira alrededor, molesto e impaciente—. ¿Algún otro voluntario? Lo haría yo mismo si no tuviera un país que dirigir. Entonces, ¿alguien?

Todos evitan mirar al presidente.

Y entonces, de repente, Jasmine los ve a todos por lo que realmente son. Pueden llamarse a sí mismos doctores, soldados y políticos. Pero no son más que chicos asustados.

—Yo lo haré —dice Jasmine, dando un paso adelante.

El presidente la mira sorprendido. Obviamente, era la última persona de la que esperaba escuchar. Incluso parece no estar seguro de si tomarla en serio. Pero como Jasmine simplemente sostiene su mirada sin pestañear, su expresión se suaviza.

—Bueno, supongo que a veces se necesita una mujer para hacer el trabajo de un hombre. Muy bien, denle la jeringa a la señora Everton.

Jasmine recibe la jeringa de Sean, quien le lanza una mirada agradecida y avergonzada.

—Por favor, acérquese al vidrio frente a la celda número dos —le indica uno de los doctores.

Jasmine lo hace, llevando la jeringa. Tan pronto como se acerca al vidrio, los tres zombies se acercan, empujándose entre ellos para alcanzarla.

—Ahora, muévase de un lado a otro —dice el doctor.

Jasmine da un paso hacia la izquierda, luego hacia la derecha. Los zombies siguen cada uno de sus movimientos, mirándola con sus ojos ciegos.

—Bien, estamos listos. Cuando esté lista, señora Everton.

Jasmine asiente, luego les lanza una mirada.

El presidente le envía un asentimiento reafirmante. —Tu sacrificio no será olvidado.

Jasmine coloca la punta de la jeringa en sus labios, luego empuja el émbolo suavemente. El agua salada y tibia fluye por su lengua y traga una vez, dos veces, luego hace una mueca por el

sabor.

Christian dijo que una sola vez debería ser suficiente, así que baja la jeringa y se limpia los labios. Mira hacia atrás para ver que todos la están mirando con los ojos muy abiertos, como si esperaran que le salieran alas en cualquier momento.

—Me siento bien —dice—. No hay diferencia.

—Por favor, muévase de nuevo de un lado a otro, señora Everton —le instruye uno de ellos.

Jasmine se mueve hacia un lado.

Esta vez, ninguno de los zombies la sigue. Simplemente se quedan donde están, arañando el vidrio. Ella camina de nuevo frente a ellos, luego se mueve hacia el otro lado.

—Dios mío —murmura alguien—. Es como si ni siquiera la vieran...

Jasmine siente que su corazón se hincha al doble de su tamaño, mientras se vuelve para mirar a los hombres. —Funcionó. Soy inmune.

El presidente la mira por otro segundo, luego se vuelve hacia los doctores, con los ojos desorbitados. —¡Lo tenemos! ¡Tenemos una cura y un inmunizador! ¿Qué están esperando?

—Señor, necesitamos realizar más...

—¡Hemos terminado con las pruebas! —Señala a Evan, luego a Jasmine—. ¡Quiero que esta agua salga de cada grifo de todo el maldito país para el amanecer! ¡Luego quiero lotes distribuidos por toda Europa y Asia! ¡Llamen a la ONU! ¡Y llamen de vuelta a los bombarderos!

VEINTIOCHO

Iver está sentado en el suelo, abrazando sus rodillas, mirando a la nada.

Adam está llorando en la bañera.

Los zombies están gimiendo.

La puerta se está rompiendo.

Ha intentado todo. Ha pasado por todo el ciclo de emociones. Desde el pánico a la ira, al dolor, a la insensibilidad y ahora... ahora sólo hay una vacía aceptación.

El alféizar de la ventana está prácticamente intacto. Logró sacar tres ladrillos, pero no es ni cerca suficiente. Sus manos están llenas de ampollas. Se rindió hace diez minutos. Fue cuando la bisagra de la puerta comenzó a ceder. Fue entonces cuando finalmente se dio cuenta de que todo fue en vano.

Sabe lo que tiene que hacer. Lo único que queda. Es simple. Ya no hay más “y si...” no hay más «si tan sólo...». Sólo queda un camino por recorrer.

Pero no puede hacerlo.

Porque aún parece haber una elección. Una elección entre dos resultados imposibles.

O deja que los zombies lleguen a Adam. Lo que significa que cuando derriben la puerta en cuestión de minutos, simplemente se queda donde está y no hace nada para defenderse a sí mismo ni al niño pequeño.

O se levanta ahora y pone fin a la vida del niño de una manera más piadosa.

Ambos escenarios son demasiado horribles para siquiera pensarlo. No puede elegir entre ellos. Y, sin embargo, sabe cuál es el correcto. Es simple. Ya que ambos caminos conducen a lo mismo, el menos doloroso debe ser el elegido.

Lo que lo detiene es que él tendrá que ser quien lo haga.

Y no puede.

No puede matar a Adam.

Ni siquiera por misericordia.

«Tienes que hacerlo».

No puede. No hay manera.

«Tienes que hacerlo». Piensa en lo que pasará si no lo haces.

Iver inclina la cabeza y aprieta los labios mientras una ola de mareo y náuseas sube por su pecho. Casi vomita, pero logra tragarlo de nuevo.

No puede hacerlo. Simplemente no hay manera.

Pero tampoco puede no hacerlo.

Es una elección imposible.

Y es una que tiene que tomar.

Un sonido seco, crujiente, viene de la puerta.

Iver la mira. La bisagra superior acaba de ceder. La puerta ahora cuelga. Hay una abertura lo suficientemente grande como para que algunos de los zombies puedan meter sus brazos. Empujan con más entusiasmo. Adam llora aún más fuerte.

Tienes que hacerlo. Ahora. Esto es todo. En treinta segundos, será demasiado tarde.

Iver siente que su cuerpo comienza a moverse. Se pone de pie. Realmente no tiene control sobre el asunto. Aún está allí, en algún lugar, pero muy lejos. Está mirando a través de un túnel. Todo es borroso, distante e irreal.

Esto es todo. Así es como mueres. Matas a un niño pequeño y luego te devoran vivo.

Iver ya no puede contener los pensamientos. Tampoco siente mucho ya. Todo ha sido tragado por este vacío interior, que ha dejado a su cuerpo actuar por su cuenta.

Mira a Adam. El niño está llorando y extiende los brazos hacia él. Quiere ser consolado. Quiere que Iver haga que los muertos se vayan. Que los salve a ambos, de la horrible muerte que está a punto de romper la puerta del baño.

Y puede hacerlo.

Pero sólo de una manera.

—Está bien —dice Iver. Su voz es sorprendentemente calmada. Incluso puede sentir una sonrisa en su rostro. Eso lo aterrera—. Está bien, amigo. Todo se acaba en un minuto.

Iver extiende la mano hacia la barra. Está sobre el mostrador. En su lugar, su mano encuentra la radio. La encendió antes, esperando escuchar buenas noticias. Pero solo había estática. Ahora, una nueva idea le viene a la mente.

—¿Quieres escuchar algo de música, amigo?

Enciende la radio y gira el dial. De repente, una mujer comienza a cantar.

Iver sonríe. Las lágrimas empiezan a derramarse por sus mejillas. Adam mira la radio y deja de llorar.

—Ahí —dice Iver—. ¿No es mejor?

Toma la barra y la pesa en sus manos.

«Hazlo. No dudes. Sólo lo hará más difícil».

Iver da un paso más cerca de la bañera. Todo dentro de él comienza a gritar. Agujas rojas y calientes pinchan cada terminación nerviosa, mientras sus pensamientos entran en una guerra total entre sí, luchando por el control.

¡No lo hagas!

¡Hazlo!

¡No lo hagas!

¡Hazlo!

Iver mira a Adam, quien está mirando la radio.

Detrás de él, la puerta cruje de nuevo y los sonidos de los zombies se vuelven más fuertes, mezclándose con la música. Parece que alguien está hablando.

Iver levanta la barra. Su cuerpo tiembla. No sabe si terminará el golpe o se desmayará.

—... muy importante... solución a todo esto...

Está escuchando voces. Todo está en caos. Todos los sonidos están amplificadas.

¡Hazlo!

¡Hazlo!

Adam lo mira. Señala la radio y pronuncia una palabra, que suena como una pregunta: — ¿Teléfono?

—No es un teléfono —Iver se escucha a sí mismo jadear entre dientes apretados—. Es una radio. Está tocando música. Es...

Deja de hablar mientras escucha realmente. Entre las líneas de la canción viene otra voz que no tiene nada que ver con la letra.

—... cualquiera que me escuche... está en el agua...

Iver parpadea. Baja la barra y se da vuelta para mirar la radio.

—... tenemos una cura... agua del grifo regular...

Iver extiende la mano y gira el dial suavemente, buscando la voz. La música es reemplazada por estática, y por un momento, está seguro de que ha perdido a quien estaba hablando. Entonces, de repente, vuelve a escucharla fuerte y clara.

—... cualquiera que esté infectado. Este es un mensaje muy importante. Encontramos una solución a todo esto. Para cualquiera que me escuche: Tenemos una cura. Está en el sistema de agua. Incluso el más mínimo contacto con agua del grifo regular pacificará instantáneamente a cualquier infectado. Si la bebes, te vuelves inmune. Este es un mensaje muy importante...

Iver no puede decidir si está soñando o si ha perdido la cabeza.

Y no tiene tiempo para averiguarlo. Porque en ese momento, los zombies rompen la puerta.

Iver se da vuelta para verlos invadir la habitación, cayendo unos sobre otros. Uno de ellos se abalanza sobre él, e Iver lo empuja hacia atrás y él mismo retrocede tambaleándose. Choca contra el borde de la bañera y pierde el equilibrio, cayendo en la bañera y por poco golpea a Adam. El niño grita de miedo mientras los monstruos no muertos invaden la habitación.

Iver lo agarra por la cintura y lo acerca, protegiéndolo al girar su espalda hacia los zombies. Luego, con su mano libre, busca el mango, lo encuentra y lo gira.

Oye a los zombies rugir.

Oye el agua subir por la manguera.

Los no muertos son más rápidos, alcanzando la bañera e inmediatamente cayendo sobre Iver. Siente cómo lo agarran y arañan su espalda, siente el peso de ellos mientras se amontonan, escucha sus dientes chasquear cerca de sus oídos.

Y entonces siente el agua.

Y los zombies dejan de morder, dejan de arañar, dejan de gemir.

Iver se queda sentado allí por un largo tiempo, sosteniendo a Adam cerca, luchando contra el peso de los zombies, sintiendo el agua tibia derramarse sobre ellos y correr hacia el desagüe.

Adam sigue llorando suavemente.

Los zombies sobre ellos ya no se mueven.

Puede oír a los que están más atrás todavía arrastrándose y empujando para llegar a la bañera, pero parecen estar bloqueados por la pila de sus compañeros caídos.

Sobre los gemidos, Iver aún puede oír la radio.

—... si la bebes, te vuelves inmune...

Iver baja la mano y recoge un puñado de agua del fondo de la bañera. Logra llevarla a su boca y la sorbe. Luego repite el gesto, sólo que esta vez le ofrece el agua a Adam. El niño deja de llorar y toma un sorbo.

—Buen chico —susurra Iver.

El peso de los zombies está comenzando a volverse abrumador. Lo presionan, dificultándole la respiración. Iver se siente atrapado. Apretado. Claustrofóbico. Pero necesita resistir.

Pasa un minuto.

Entonces, de repente, el sonido de los zombies se vuelve más débil. Y más débil. Hasta que ya no puede oírlo.

Iver se mueve con un gruñido de esfuerzo. Empuja hacia arriba y cambia su peso lo suficiente como para liberarse de la pila de cuerpos inertes. Se levanta en la bañera, todavía sosteniendo a Adam.

Ambos miran a los zombies. Hay diez o doce de ellos. Todos están mojados por el agua. Todos yacen allí, como cadáveres normales.

El resto ha dejado el baño. Incluso han salido de la casa.

Iver se acerca a la ventana y mira hacia afuera. Incluso en la oscuridad, puede distinguir la horda de zombies saliendo por la puerta principal. Se dispersan por el césped, caminando en todas direcciones, buscando nuevas presas.

—Lo logramos —dice Iver.

Adam lo mira, con una expresión curiosa en su rostro. —¿Logramos? —repite, sonando como una pregunta.

Iver esboza una amplia y temblorosa sonrisa. —Eso es. Lo logramos de verdad.

VEINTINUEVE

Dan está sentado en el asiento del pasajero, con el teléfono descansando en su regazo.

Ocasionalmente lo revisa para asegurarse de que están en el camino correcto. Su papá no se mueve muy rápido, así que no es difícil seguirle el rastro.

William está conduciendo. En el asiento trasero está Ozzy.

Dejaron a Dennis y a Liv en la estación de radio. Liv y Dan pasaron el tiempo esperando revisando algunas casas cerca del estadio. Abrieron los grifos y sacaron agua para probarla en los zombies que pasaban. Funcionó. El sistema de agua de la ciudad ahora estaba distribuyendo agua bendita. Probablemente lo mismo ocurría en todas las demás ciudades del país, tal vez incluso en los países vecinos.

Dennis estaba bastante seguro de que podría averiguar cómo hacer que un mensaje saliera en todas las frecuencias en repetición, informando a la gente sobre el agua. Después de eso, comenzarían a hacer videos para subirlos en todas partes, esperando que se hicieran virales.

—Así que, sólo somos tú y yo otra vez, ¿eh? —dice William, enviándole una sonrisa a Dan—. Sam y Frodo, al pie del Monte del Destino.

Dan sonríe débilmente. Está tan cansado que apenas puede pensar.

—No puedo creer que lo hayamos logrado —continúa William, su mirada volviéndose distante—. No puedo creer que encontramos la cura y la distribuimos. Prácticamente salvamos al mundo, amigo.

—Supongo que sí —dice Dan, recostando su cabeza hacia atrás. Si parpadea demasiado lento, casi se queda dormido—. Al menos le dimos una oportunidad.

—Si recuperamos a tu papá, voy a llevarnos a todos a desayunar. No me importa si tengo que cocinarlo yo mismo. Todos vamos a comer huevos con tocino.

—Suenas genial.

Un fuerte plonk se escucha cuando una gota de lluvia golpea el parabrisas. Luego otra. Y otra. En menos de treinta segundos, está lloviendo a cántaros.

—Finalmente —dice William, encendiendo los limpiaparabrisas—. Empezaba a pensar que esa ola de calor duraría para siempre. Tal vez sea una señal de que vienen cambios.

—Tal vez.

William lo mira.

—¿Está cerca?

Dan mira el teléfono.

—A dos cuadras más.

Hay un momento de silencio.

—Sé que volverá contigo, Dan.

—Eso espero —Dan mira por la ventana y de repente recuerda el sueño que tuvo cuando se quedó dormido en la jaula del estadio—. Una vez tuve una gata —dice—. La amaba más que a nada en el mundo.

—No te veía como una persona de gatos.

Dan se encoge de hombros.

—Fue hace mucho tiempo. Una vez, mi familia y yo nos fuimos de vacaciones. Estuvimos fuera una semana. Se suponía que debía encerrarla en el sótano y asegurarme de que tuviera comida y agua. Sólo que olvidé lo del agua.

—Oh —dice William en voz baja.

—No había pensado en ella en años —continúa Dan—. Pero el recuerdo me vino de repente esta noche. Fue mi primer encuentro con la muerte, ¿sabes? La primera vez que enfrenté la pérdida de alguien a quien amaba. Recordé lo del agua en el camino a casa, y... corrí dentro de la casa tan pronto como llegamos. La encontré en el sótano. El tazón estaba vacío, tal como temía. Había olvidado llenarlo —Dan respira hondo.

—Lo siento, amigo.

—Luna estaba bien.

William lo mira.

—¿Lo estaba? Pero dijiste que no tenía agua...

—Había agua por todo el suelo. Provenía del congelador. Un rayo había causado un breve corte de energía mientras estábamos fuera. Había apagado el congelador y todo el hielo se había derretido e inundado el suelo, proporcionando a Luna mucha agua para beber. Y escucha esto: nuestra casa fue la única en toda la ciudad afectada.

—Santo cielo —dice William, sonriendo—. Fue una coincidencia muy afortunada.

Dan niega con la cabeza.

—Fue un milagro. Sucedió porque no perdí la esperanza. Estoy seguro de eso. Y ahora... — Mira hacia el teléfono—. Ahora necesito un milagro aún más grande. Detente, William. Está aquí.

William detiene el auto, los limpiaparabrisas aún luchan contra la lluvia.

Están en una calle casi vacía.

Dan se desabrocha, saca la botella de agua de la guantera y sale. La lluvia empapa inmediatamente su cabello y su ropa, pero Dan apenas lo nota. Sus ojos están fijos en la pantalla. El punto rojo está parpadeando justo en la esquina.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta William.

Dan no responde. Ni siquiera lo escucha. Camina por la calle bajo la intensa lluvia, metiendo el teléfono de nuevo en su bolsillo. Cuando llega a la intersección, se detiene y mira hacia la calle adyacente.

Y ahí lo ve. Está caminando solo. Tiene la espalda vuelta, pero Dan reconoce su camisa. Las lágrimas empiezan a llenar sus ojos.

—Papá —murmura.

Su papá no reacciona al sonido. La lluvia lo ahoga.

William aparece de repente detrás de él.

—Necesitas acercarte —dice suavemente—. No podemos atraerlo, recuerda.

Dan asiente, traga grueso y camina más cerca. No siente sus piernas.

Dan puede escuchar los sonidos de su padre. Sus pies arrastrándose por el asfalto mojado. Los bajos gemidos que escapan de su garganta. Dan cierra los ojos mientras camina. Se esfuerza por recordar una imagen de su papá cuando estaba vivo. Se imagina su rostro. Su sonrisa. Su voz. Es difícil.

De repente, todo se vuelve claro. Los ojos de papá, sonriéndole desde el espejo retrovisor. Su voz, suave.

«A veces, el mundo te da lo que quieres. Pero sólo si no pierdes la esperanza».

Dan se detiene.

Abre los ojos.

Frente a él está su padre. A menos de diez pasos de distancia. Todavía de espaldas. Pero ha dejado de caminar. Como si, después de todo, sintiera a Dan.

Entonces su padre se da la vuelta para enfrentarlo. Dan se obliga a no apartar la mirada. Obliga a que la imagen del rostro sonriente de su padre se superponga sobre la máscara sombría que lo está mirando.

—Hola, papá —dice Dan, su voz temblando con cada respiración—. Siento haber tardado tanto.

Su padre emite un bajo gemido y da un paso hacia Dan.

Dan le arroja el agua.

Su padre se desploma.

Dan deja caer la botella y corre hacia él. Se arrodilla y agarra la cabeza de su padre con ambas manos, mirando su rostro mientras el color verde se desvanece y sus rasgos humanos regresan.

—Vuelve a mí, papá —repite—. Vuelve a mí, por favor. Te necesito. Vuelve a mí.

Sus manos se deslizan hacia el cuello de su padre, buscando un pulso. No lo encuentra. Se inclina y acerca su oído a la boca abierta de su padre. Tampoco siente su aliento.

—Podría tardar un minuto —dice William desde algún lugar lejano—. Dale un minuto, Dan.

Dan le da un minuto a su padre. Todo el tiempo, sigue repitiendo.

—Vuelve a mí. Por favor, vuelve, papá. Te necesito.

Pero a medida que pasan los minutos, pensamientos oscuros comienzan a invadir la mente de Dan.

Ha pasado demasiado tiempo.

Las probabilidades ya eran demasiado pequeñas para empezar.

Ni los padres de Liv regresaron, ¿por qué iba a regresar mi papá?

Dan no tiene idea de cuánto tiempo ha pasado, pero se siente como una eternidad. Mira hacia atrás a William. William mira su reloj, luego levanta los brazos.

—Lo siento... supongo que podríamos darle unos minutos más...

Dan empieza a llorar. Se inclina sobre el cadáver de su padre, sintiendo la piel fría y muerta a través de la camisa.

—No es justo. Se suponía que ibas a despertar, papá. Se suponía que ibas a volver a mí. Nunca perdí la esperanza. Nunca. No es justo.

Pero el mundo no es justo. Ya no. Es un lugar cruel y frío. Un lugar donde la muerte y el caos han tomado el control. Un lugar donde las buenas personas mueren y no regresan. Un lugar sin segundas oportunidades ni milagros.

—Lo siento, papá. Lo siento mucho. Pensé que podría salvarte. De verdad lo pensé. —Las palabras apenas son más que un susurro ronco.

Levantarse de nuevo es lo más difícil que Dan ha hecho en su vida. No tanto porque esté agotado más allá de la imaginación, sino porque toda su voluntad de continuar de repente se ha desvanecido.

Se da la vuelta y tambaleándose regresa hacia William.

Su amigo extiende los brazos, atrapando a Dan en un cálido abrazo cuando prácticamente se derrumba. Finalmente se rinde y se deja ir. Lloro y sollozo y tiembla en los brazos de William, y siente que nunca se detendrá.

El mundo no es justo. Es cruel.

—¿Dan?

La voz de William.

El mundo es cruel e injusto.

—¿Dan?

Excepto que a veces...

Dan parpadea, alejando el velo de lágrimas y mira a William. Su amigo está mirando más allá de él, a algo detrás de Dan. Una ligera sonrisa asoma en la esquina de su boca.

—Creo que deberías revisar de nuevo.

A veces, el mundo te da lo que quieres.

Pero sólo si no pierdes la esperanza.

Dan se da la vuelta.

* * *

En caso de que te lo estés preguntando, este fue el final de la serie. Gracias por acompañarme hasta el final; no puedo decirte cuánto significa esto para mí.

Cuando comencé a escribir Carne Muerta, no tenía idea de que Dan sería nuestro protagonista principal. No tiendo a planificar, tiendo a ir donde la historia me lleva. Así que una vez que me di cuenta de que Thomas (¿lo recuerdas?) moriría ya en el primer libro, pensé que alguien igual de fuerte aparecería. Dan llevaría la antorcha hasta entonces.

Pero el joven tímido rápidamente me conquistó, y para el Día 4 todavía estaba allí. Fue entonces cuando finalmente me di cuenta de que él sería quien nos llevaría hasta el final.

El final comenzó a aparecer en el horizonte alrededor del Día 6. Vi a Europa infestada de zombies. Vi al mundo al borde del desastre nuclear. Vi una posible cura. Y vi a Dan caminando por una calle desierta hacia su padre, esperando contra todo pronóstico que lo recuperara. Estoy agradecido de haber podido convertir esas imágenes en palabras que pudieras leer.

Una cosa más. Si aún no has leído la precuela, Día 0, todavía puedes conseguirla gratis aquí:
nick-clausen.com/dia0

Recibirás tu copia gratis del libro en cuanto te unas a mi boletín. Puedes darte de baja de inmediato, pero me encantaría que te quedaras para que podamos conocernos. Realmente disfruto charlando con gente que ha leído mis libros. Además, al recibir mi boletín, serás el primero en saber cuándo publique un nuevo libro en español.

¡Por muchas más historias!

—Nick